

MAGISTERIUM

LA
LLAVE
DE
BRONCE

HOLLY
BLACK

CASSANDRA
CLARE

Lectulandia

Se supone que los alumnos del Magisterium están en un lugar seguro. Bajo la mirada atenta de los profesores, aprenden a usar la magia para traer orden en un mundo caótico. Pero ahora el caos lucha por desatarse.

Call, Tamara y Aaron deberían preocuparse de cosas como los exámenes sorpresa que tendrán y los retos de magia a los que se tendrán que presentar. Sin embargo, después de una inesperada muerte, deberán ir tras la pista de un siniestro asesino y arriesgar sus propias vidas.

Lectulandia

Holly Black & Cassandra Clare

Magisterium. La llave de bronce

Magisterium - 3

ePub r1.1

Titivillus 13.03.2018

Título original: *The Bronze Key*
Holly Black & Cassandra Clare, 2016
Traducción: Patricia Nunes
Ilustraciones: Scott Fischer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA JONAH LOWELL CHURCHILL,
QUE QUIZÁ SEA EL GEMELO MALVADO.

↑ ≈ Δ ○ @



CAPÍTULO UNO

Call le hizo unos últimos retoques a su robot antes de enviarlo al *ring*, un trozo del suelo del garaje delimitado por una línea de tiza azul. Lo consideraba la zona de combate de los robots que Aaron y él habían construido meticulosamente con partes de coches, la magia del metal y muchísima cinta adhesiva. Sobre ese suelo empapado de gasolina, uno iba a ser hecho trizas trágicamente y el otro resultaría victorioso. Uno se alzaría y el otro caería. Uno...

El robot de Aaron chirrió al avanzar. Uno de sus pequeños brazos se alargó de golpe, se balanceó en el aire y le cortó la cabeza al de Call. El aire se llenó de chispas.

—¡No es justo! —gritó Call.

Aaron bufó despectivo. Tenía una mancha en la mejilla y parte del pelo se le había quedado de punta después de habérselo mesado de pura frustración. El sol implacable de Carolina del Norte le había dejado la nariz quemada y pecas en las mejillas. No parecía en absoluto el pulcro makaris que se había pasado el verano anterior en fiestas elegantes, charlando con adultos importantes y aburridos.

—Supongo que construir robots se me da mejor que a ti —dijo Aaron sin darle importancia.

—¿Ah, sí? —replicó Call, concentrándose. Su robot comenzó a moverse, despacio al principio y luego cada vez más deprisa mientras la magia del metal reanimaba el cuerpo decapitado—. ¡Toma esta!

El robot de Call alzó un brazo y disparó un chorro de agua como si fuera una manguera, regando a su contrincante, que comenzó a soltar humo por todas partes. Aaron trató de invocar la magia del agua para apagarlo, pero era demasiado tarde: la cinta adhesiva ya se estaba quemando. El robot se desmoronó, convertido en un

montón de chatarra humeante.

—¡Yuju! —exclamó Call, que nunca se había tomado muy en serio el consejo de su padre sobre ganar con elegancia. *Estrago*, su lobo caotizado, se despertó de repente cuando le cayó una chispa y comenzó a ladrar.

—¡Eh! —gritó el padre de Call, Alastair, que salió corriendo de la casa y miró alrededor de forma ligeramente severa—. ¡No tan cerca del coche! Acabo de arreglarlo.

A pesar de ese toque de atención, Call estaba tranquilo. Todo el verano había estado bastante relajado, e incluso había dejado de asignarse Puntos de Señor del Mal. Para el mundo en general, el Enemigo de la Muerte, Constantine Madden, estaba muerto; Alastair lo había derrotado. Solo Aaron, Tamara, su supuesto amigo Jasper deWinter y Alastair sabían la verdad: que Call era la reencarnación de Constantine Madden, pero sin ninguno de sus recuerdos y, con suerte, sin su tendencia al mal.

Como el mundo consideraba muerto a Constantine y a los amigos de Call no les importaba que fuera quien era, sentía que se había quitado un peso de encima. Aaron, a pesar de ser el makaris, podía volver a hacer el burro con él. Pronto regresarían al Magisterium, y ese año estarían en el Curso de Bronce, lo que significaba que se iniciarían en una magia realmente guay: hechizos de lucha y hechizos de vuelo.

Todo había mejorado. Todo era fantástico.

Y además, el robot de Aaron era un despojo humeante.

A Call le costaba imaginar que las cosas pudieran ir mejor.

—Espero que no lo hayáis olvidado, chicos —dijo Alastair—. Esta noche es la fiesta del Collegium. Ya sabéis... la que dan en nuestro honor.

Aaron y Call se miraron horrorizados. La verdad era que lo habían olvidado. Los días habían pasado a toda prisa entre ir en monopatín, helados, pelis y videojuegos, y a los dos se les había ido de la cabeza que la Asamblea de Magos organizaba en el Collegium una fiesta de la victoria, para celebrar que el Enemigo de la Muerte había sido derrotado después de treinta largos años de guerra.

La Asamblea había decidido honrar a cinco personas: Call, Aaron, Tamara, Jasper y Alastair. Había sido una sorpresa que Alastair aceptara asistir; desde que Call tenía uso de razón, su padre había odiado la magia, el Magisterium y todo lo que tenía que ver con los magos. Sospechaba que había accedido solo porque quería ver a la Asamblea aplaudiendo a su hijo, ver que todos aceptaban que estaba del lado de los buenos, que era un héroe.

Call tragó saliva; de repente, se había puesto nervioso.

—No tengo nada que ponerme —se quejó.

—Yo tampoco. —Aaron parecía sobresaltado.

—Pero si Tamara y su familia te compraron toda esa ropa elegante el año pasado —le recordó Call. Los padres de Tamara estaban tan contentos de que su hija fuera amiga del makaris, uno de los pocos magos que podía controlar la magia del caos,

que prácticamente habían adoptado a Aaron; lo habían alojado en su casa y habían gastado dinero en caros cortes de pelo, ropa y fiestas para él.

Call seguía sin entender por qué su amigo había decidido pasar ese verano con él y no con los Rajavi, pero Aaron había sido tajante al respecto.

—Ya se me ha quedado pequeña —contestó Aaron—. Lo único que tengo son vaqueros y camisetas.

—Y por eso nos vamos de compras —repuso Alastair, con las llaves del coche en la mano—. Vamos, chicos.

—Los padres de Tamara me llevaron a Brooks Brothers —comentó Aaron, mientras los tres se dirigían hacia la colección de coches remodelados de Alastair—. Fue muy raro.

Call pensó en el pequeño centro comercial de su barrio y sonrió.

—Bueno, pues prepárate para un rato diferente —dijo—. Vamos a viajar hacia atrás en el tiempo sin ayuda de la magia.



—Me parece que soy alérgico a esta tela —declaró Aaron ante el espejo de cuerpo entero de la parte trasera de J. L. Dimes. Vendían de todo: tractores, ropa, lavavajillas baratos... Alastair siempre se compraba allí sus monos de trabajo. Call odiaba esa tienda.

—Yo lo veo bien —replicó Alastair, que había cogido un aspirador en uno de sus paseos por la tienda y lo estaba examinando, seguramente pensando en desmontarlo y usar sus partes. También había cogido una chaqueta, pero no había llegado a probársela.

Aaron echó otra mirada al traje gris alarmantemente brillante que llevaba puesto. Los pantalones le hacían bolsas a la altura de los tobillos y a Call las solapas le recordaban a las aletas de un tiburón.

—Vale —repuso Aaron con timidez. Era muy consciente de que todo lo que le compraban era un regalo. Sabía que no tenía ni dinero ni padres para eso. Siempre se mostraba agradecido.

Tanto Aaron como Call habían perdido a su madre. El padre de Aaron estaba vivo, pero en la cárcel, y a él no le gustaba que se supiera. A Call no le parecía tan grave, pero seguramente fuera porque su propio secreto era mucho peor.

—No sé, papá —dijo mientras se miraba en el espejo con los ojos entrecerrados. Se había puesto un traje azul oscuro de poliéster que le quedaba demasiado ajustado bajo los brazos—. Quizá no sean de nuestra talla.

Alastair suspiró.

—Un traje es un traje. Aaron crecerá. Y tú, bueno... quizá deberías probarte otra cosa. No vale la pena comprar algo que solo te sirva para esta noche.

—Voy a hacer una foto —informó Call, mientras sacaba el móvil—. Tamara nos

puede aconsejar. Ella sabe lo que hay que llevar a una fiesta de magos estirados.

Se oyó un zumbido cuando le envió la foto. Unos segundos después, Tamara le respondió con un mensaje de texto: «Es como si a Aaron le hubiera alcanzado un rayo reductor y tú parece que vayas a un colegio de curas».

Aaron miró por encima de las hombreras de Call e hizo una mueca de dolor al ver el mensaje.

—¿Y bien? —preguntó Alastair—. Podríamos hacerle un dobladillo con cinta adhesiva para acortarle las perneras un poco.

—O podríamos ir a otra tienda y no hacer el ridículo delante de la Asamblea —intervino Call.

Alastair miró a su hijo y luego a Aaron, y se resignó con un suspiro mientras dejaba el aspirador que había cogido.

—De acuerdo. Vámonos.

Fue un alivio salir del centro comercial. Después de un corto trayecto en coche, llegaron a una tienda de baratillo que vendía todo tipo de objetos *vintage*, desde tapetes a cómodas, pasando por máquinas de coser. Call había estado allí antes con su padre, y recordaba que a la dueña, Miranda Keyes, le encantaba la ropa *vintage*. Siempre la llevaba, sin fijarse demasiado en si los estilos o los colores pegaban, por lo que muchas veces se la veía pasear por el pueblo vestida con una falda con vuelo, botas altas setenteras y una camiseta de lentejuelas con un dibujo de gatos furiosos.

Pero Aaron no sabía nada de eso. Miraba la tienda, sonriendo inseguro, mientras a Call se le caía el alma a los pies. Iba a ser aún peor que J. L. Dimes. Lo que había empezado de un modo más o menos divertido estaba comenzando a hacer que Call se sintiera mal por dentro. Sabía que su padre era excéntrico, lo cual era una manera educada de decir raro, y nunca le había importado mucho, pero no era justo que Aaron también tuviera que parecer excéntrico. ¿Y si lo único que tenía Miranda eran trajes de terciopelo rojo o algo aún peor?

Ya era bastante malo que Aaron se hubiera pasado el verano bebiendo limonada hecha de polvos y no de limones frescos, como la hacían en casa de Tamara; durmiendo en un jergón militar que Alastair había colocado en la habitación de Call; saltando sobre un aspersor hecho a base de agujerear una manguera con un cuchillo y desayunando siempre los mismos cereales en vez de huevos preparados a su gusto por un chef. Si Aaron aparecía en la fiesta con pinta de panoli, podría ser la gota que colmara el vaso. Call perdería la Guerra por el Mejor Amigo para siempre.

Alastair salió del coche. Con un mal presentimiento, Call siguió a su padre y a Aaron hacia el interior de la tienda.

Los trajes estaban al fondo, detrás de unas mesas cubiertas con extraños instrumentos musicales de viento y un cuenco de jadeíta lleno de llaves oxidadas. Se parecía mucho a la tienda que tenía Alastair, DE VEZ EN CUANDO, excepto porque del techo colgaban abrigos con cuello de pieles y fulares de seda, mientras que él se especializaba más en antigüedades industriales. Miranda salió de la trastienda y

charló con Alastair durante unos minutos sobre lo que se había agenciado en Brimfield, una enorme feria de antigüedades que se hacía al norte, y a quién había visto allí. Los temores de Call aumentaron.

Finalmente, su padre encontró el modo de decirle lo que necesitaban. Miranda echó a cada uno de los chicos una aguda mirada escrutadora, como si les estuviera atravesando y viendo en su interior. Hizo lo mismo con Alastair, y entrecerró los ojos antes de desaparecer en la trastienda.

Aaron y Call se entretuvieron paseando por la tienda en busca del objeto más extraño. Aaron había descubierto un reloj despertador con forma de Batman que decía DESPIERTA, CHICO MARAVILLA si lo apretabas por arriba, y Call había desenterrado un jersey hecho de piruletas enganchadas, cuando Miranda reapareció con un largo «ummm» y un montón de ropa que apiló sobre el mostrador.

Lo primero que sacó fue una americana para Alastair. Parecía hecha de satén, con un sutil estampado verde oscuro y una solapa forrada de seda brillante. Sin duda era vieja y rara, pero no ridícula.

—Y ahora —dijo Miranda, señalando a los chicos—, os toca a vosotros.

Le pasó a cada uno un traje de lino, doblado. El de Aaron era de color crema y el de Call, gris paloma.

—Igual que tus ojos, Call —comentó Miranda, que parecía muy satisfecha de sí misma.

Se probaron los trajes encima de los pantalones cortos y las camisetas. Miranda aplaudió y les indicó con un gesto que se miraran en el espejo.

Call contempló su reflejo. No entendía mucho de ropa, pero el traje le iba bien y no le hacía parecer un bicho raro. De hecho, se veía más adulto. Y lo mismo Aaron. Los colores claros hacían que los chicos parecieran bronceados.

—¿Es para una ocasión especial? —preguntó Miranda.

—Y que lo digas. —Alastair sonó complacido—. Les van a premiar a ambos.

—Por... um... servicios a la comunidad —añadió Aaron. Miró a los ojos del reflejo de Call en el espejo. Él supuso que sí que era una especie de servicio a la comunidad, aunque normalmente el servicio comunitario no tuviera nada que ver con cabezas cortadas.

—¡Fantástico! —exclamó Miranda—. Estáis muy guapos los dos.

Guapo. Call nunca había pensado en sí mismo como guapo. Aaron era el guapo. Él era el bajo, cojo, demasiado intenso y con rasgos demasiado afilados. Pero supuso que la gente que vendía esas cosas tenía que decir a sus clientes que estaban guapos. Tuvo un impulso y sacó el móvil, hizo una foto del reflejo de Aaron y el suyo en el espejo y se la envió a Tamara.

Un minuto después llegó la respuesta: «Bien». Adjunto al mensaje había un vídeo de alguien cayéndose de una silla de la sorpresa. Call no pudo contener la risa.

—¿Necesitáis algo más, chicos? —preguntó Alastair—. ¿Zapatos, gemelos... algo?

—Bueno, camisas, evidentemente —respondió Miranda—. Y tengo un montón de corbatas muy bonitas...

—No hace falta que me compre nada más, señor Hunt —replicó Aaron, que parecía nervioso—. De verdad.

—Oh, no te preocupes por eso —repuso Alastair con una voz sorprendentemente despreocupada—. Miranda y yo nos dedicamos a lo mismo. Ya lo arreglaremos entre nosotros.

Call miró a Miranda, y la encontró sonriendo.

—Tenías un pequeño broche victoriano en tu tienda al que le había echado el ojo.

Al oírla, la expresión de Alastair se tensó un poco, pero casi inmediatamente se relajó con una carcajada.

—Bueno, a cambio de eso, sin duda nos llevamos los gemelos. Y también zapatos, si tienes.

Cuando por fin salieron, llevaban bolsas enormes llenas de ropa, y Call se sentía muy bien. Volvieron a casa con el tiempo justo para ducharse y peinarse. Alastair salió de su dormitorio apestando a alguna colonia antigua, muy elegante en su nueva chaqueta y con unos pantalones negros que debía de haber desenterrado del fondo del armario. Mascullando algo, comenzó inmediatamente a buscar las llaves del coche. Call casi no podía reconocer al padre que trabajaba en casa con un mono vaquero y chaqueta de franela, el padre que se había pasado el verano ayudándole a hacer robots con recambios viejos.

Parecía un extraño, lo que hizo que Call se pusiera a pensar en lo que iba a suceder dentro de poco.

Durante el verano se había sentido bastante satisfecho con el fin del Enemigo de la Muerte. Constantine Madden llevaba años muerto, conservado en una sombría tumba, esperando que su alma regresara a su cuerpo. Pero como nadie lo sabía, todo el mundo mágico había estado esperando que Constantine comenzara la Tercera Guerra de los Magos. Cuando Callum regresó al Magisterium con la cabeza cortada del Enemigo, la prueba irrefutable de su muerte, todo el mundo de los magos suspiró aliviado.

Pero lo que no sabían era que el alma de Constantine seguía viviendo... en él. Esa noche, el mundo de los magos iba a homenajear al verdadero Enemigo de la Muerte.

Y aunque Call no tenía ningunas ganas de hacer daño a nadie, la amenaza de una Tercera Guerra de los Magos estaba lejos de haber desaparecido. El segundo de Constantine, el Maestro Joseph, tenía el control del ejército de caotizados de Constantine. También tenía el poderoso Alkahest, una especie de guante capaz de destruir a los magos que podían controlar el caos, como Aaron y como Call. Si se cansaba de esperar a que se pasara a su bando, podría atacar él solo.

Abatido, se sentó junto a la mesa de la cocina. *Estrago*, que había estado durmiendo debajo, alzó la mirada con sus inquietantes ojos, como si notara su inquietud. Aunque eso debería haber mejorado su ánimo, en realidad le hizo sentirse

un poco peor.

Casi pudo oír la voz del Maestro Joseph: «Has hecho que todo el mundo de los magos baje la guardia, Call, buen trabajo. No puedes escapar de tu naturaleza».

Rechazó esa idea con firmeza. Durante todo el verano, se había esforzado para no estar siempre comprobando si mostraba indicios de estar volviéndose malvado. Durante todo el verano, se había repetido que era Callum Hunt, que Alastair Hunt le había criado y que no iba a cometer los mismos errores que Constantine Madden. Que era una persona diferente. Que seguía siendo él.

Unos minutos después, Aaron salió de la habitación de Call, muy elegante en su traje color crema. Llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás y los gemelos le brillaban en los puños. Parecía tan contento como cuando llevaba los trajes de diseño que le había comprado la familia de Tamara.

O al menos parecía feliz hasta que miró a Call y se sorprendió.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Estás un poco verde. No te habrá entrado el miedo escénico, ¿verdad?

—Quizá —contestó Call—. No estoy acostumbrado a que la gente me mire mucho. Quiero decir, la gente me mira a veces por lo de la pierna, pero no es una manera buena de mirarme.

—Intenta pensar en la última escena de *La Guerra de las Galaxias*, cuando todos aplauden mientras la Princesa Leia pone medallas a Han y Luke.

Call alzó las cejas.

—¿Y quién sería la Princesa Leia en este caso? ¿El Maestro Rufus?

El Maestro Rufus era el profesor de su grupo de aprendices en el Magisterium. Era brusco, malhumorado y sabio, y tenía muchas más canas que la Princesa Leia.

—Después —dijo Aaron con toda solemnidad— se pondrá un bikini dorado.

Estrago ladró. Alastair alzó las llaves del coche, triunfante.

—¿Os sentiríais mejor si os prometiera que esta noche va a ser aburrida y no va a pasar nada? Se supone que la fiesta es en nuestro honor, pero os garantizo que es sobre todo para que la Asamblea se felicite a sí misma.

—Parece que ya hayas estado en alguna —repuso Call, mientras se ponía en pie. Se alisó el traje, nervioso; el lino se arrugaba con facilidad. Se moría de ganas de volver a sus vaqueros y camisetas.

—Ya has visto la muñequera que llevaba Constantine cuando éramos alumnos en el Magisterium —explicó Alastair—. Ganó un montón de premios y trofeos. Todo nuestro grupo de aprendices los ganó.

Sí que había visto la muñequera. Alastair se la había enviado al Maestro Rufus el primer año de Call en el Magisterium. A todos los alumnos se les daba una muñequera de cuero y metal; el metal cambiaba cuando el alumno comenzaba un nuevo curso. La muñequera también estaba tachonada de piedras, y cada una representaba un logro o una capacidad. La de Constantine tenía más piedras que ninguna otra que hubiera visto.

Se tocó su muñequera. Aún tenía el metal de un alumno de Cobre, de segundo curso. En ella brillaba la piedra negra del makaris, al igual que en la de Aaron. Su mirada se cruzó con la de su amigo mientras dejaba caer la mano, y tuvo la certeza de que Aaron sabía lo que estaba pensando: ahí estaba él, recibiendo un premio, homenajeadó por hacer el bien, y hasta eso era algo que le hacía parecerse a Constantine Madden.

Alastair sacudió las llaves del coche y sacó a Call de su ensoñación.

—Vamos —dijo—. A la Asamblea no le gusta que sus invitados de honor lleguen tarde.

Estrago los siguió hasta la puerta, se sentó bruscamente y dejó escapar un leve gemido.

—¿Puede venir? —pidió Call mientras salían por la puerta—. Se portará bien. Y también se merece un premio.

—Claro que no —respondió Alastair.

—¿Es porque no te fías de él en medio de la Asamblea? —preguntó, aunque en cuanto lo hizo se dio cuenta de que quizá no quisiera oír la respuesta.

—Es porque no me fío de la Asamblea con él en medio —contestó su padre con una mirada muy seria. Luego se alejó, y Call no pudo hacer más que seguirle.



CAPÍTULO DOS

El collegium, al igual que el Magisterium, estaba construido de tal forma que quedaba oculto para los que no eran magos. Se hallaba bajo la costa de Virginia, y sus pasillos en espiral se hundían en las profundas aguas. Call había oído hablar de su ubicación, pero aun así se sorprendió cuando Alastair les hizo parar mientras caminaban por un embarcadero y les señaló una reja a sus pies, parcialmente cubierta de hojas y tierra.

—Si acercas la oreja, normalmente podrás oír alguna lección increíblemente aburrida. Pero esta noche, es posible que oigas música. —Aunque las palabras de Alastair no dejaban especialmente bien al Collegium, las pronunció con cierta melancolía.

—Pero tú no has estado nunca, ¿no? —preguntó Call.

—No como alumno —respondió Alastair—. Hubo toda una generación de la que no fue casi nadie. Estábamos demasiado ocupados muriendo en la guerra.

Call pensaba a veces, sin demasiada piedad, que deberían haber dejado en paz a Constantine Madden. Claro que había hecho experimentos terribles, en los que introducía el caos en el alma de los animales y con los que había creado a los caotizados. Claro que había violado la ley. Pero tal vez, si le hubieran dejado en paz, mucha gente aún seguiría viva. La madre de Call seguiría viva.

«El auténtico Call seguiría vivo», no pudo evitar pensarlo.

Pero no podía decir nada de eso en voz alta, así que permaneció en silencio. Aaron miraba el sol, que se ponía sobre las olas. Tenerlo en casa ese verano había sido como tener un hermano, alguien con quien bromear, alguien que siempre estaba con él para ver pelis o destrozar robots. Durante el viaje hacia el Collegium, Aaron se había ido quedando cada vez más callado. Para cuando Alastair hubo aparcado su

Rolls-Royce Phantom de 1937 cerca del paseo marítimo y hubieron pasado ante una extraña estatua gigante de Poseidón, Aaron ya había dejado de hablar del todo.

—¿Estás bien? —le preguntó Call mientras seguían caminado.

Aaron se encogió de hombros.

—No lo sé. Es que estaba preparado para ser un makaris. Sabía que era peligroso y tenía miedo, pero entendía lo que debía hacer. Y cuando la gente me daba cosas, sabía por qué lo hacían. Entendía que quedaba en deuda con ellos. Pero ahora, ya no sé qué significa ser un makaris. Quiero decir: si ya no hay guerra contra el Enemigo, es genial, pero entonces, ¿qué tengo...?

—Hemos llegado —avisó Alastair, deteniéndose. Las olas rompían contra las rocas negras que los rodeaban, salpicándoles de agua salada y formando espuma en los pequeños charcos. Call notó la suave llovizna como una brisa fresca en la cara.

Hubiera querido decir algo para tranquilizar a Aaron, pero este ya no le prestaba atención. Observaba cómo un cangrejo correteaba sobre un manojo de algas que había quedado enredado en un trozo de cuerda vieja, cuyos extremos deshilachados flotaban en el agua como el cabello suelto de alguien.

—¿Es seguro? —fue lo que dijo Call.

—Tan seguro como cualquier cosa que tenga que ver con los magos —respondió Alastair mientras golpeaba el suelo con el pie, con un ritmo rápido y repetitivo. Durante un momento, no pasó nada; luego se oyó un chirrido y un cuadrado de roca se deslizó hacia un lado y dejó a la vista una larga escalera de caracol. Iba más y más hacia abajo, como la de la biblioteca del Magisterium, excepto que en esta no había filas de libros; solo la escalera curvada y, al fondo de todo, el destello de un cuadrado de suelo de mármol.

Call tragó saliva. Para cualquiera hubiera sido un largo camino, pero para él parecía imposible. La pierna se le agarrotaría antes de llegar a la mitad. Y si se tropezaba, sería una caída peligrosa.

—No creo que pueda...

—Levita —replicó Aaron en voz baja.

—¿Qué?

—La levitación es magia del aire. Estamos rodeados de rocas: tierra y piedra. Presiona contra ellas y te alzarán. No tienes que volar, solo flotar a unos centímetros del suelo.

Call miró a Alastair. Todavía le ponía nervioso hacer magia delante de su padre, debido a que, durante años, le había oído decir que la magia era mala, que los magos eran malos y que lo querían matar. Pero Alastair, mirando hacia la larga escalera, solo asintió secamente.

—Yo iré delante —propuso Aaron—. Si te caes, te cogeré.

—Al menos nos hundiremos juntos —bromeó Call. Volvió a mirar la escalera y colocó un pie delante del otro con mucho cuidado. Oyó un ruido de voces y de cubiertos que procedía de abajo. Respiró hondo y se concentró para tocar la fuerza de

la tierra, para llegar a ella y atraerla hacia sí. Luego se dejó caer, como si estuviera saltando desde el borde de una piscina al agua.

Notó el tirón en los músculos y se sintió ligero mientras se alzaba en el aire. Como Aaron le había dicho, no trató de elevarse más de unos centímetros. Con solo el espacio suficiente para superar los escalones, comenzó a bajar. Aunque se aseguró de que no se iba a caer, era agradable saber que, si lo hacía, alguien estaba preparado para agarrarle.

Los firmes pasos de Alastair también lo tranquilizaban. Con cuidado, fueron bajando; Alastair y Aaron a pie, Call flotando sobre los escalones. A unos pasos del final, descendió lentamente. Tocó la escalera y se tambaleó.

Fue Alastair quien lo cogió por el hombro.

—Firme —dijo.

—Estoy bien —replicó Call, molesto, y rápidamente bajó los últimos escalones cojeando. Los músculos le dolían un poco, pero no era comparable con el dolor que hubiera sentido de haber bajado andando. Aaron ya estaba en el suelo y lo recibió con una gran sonrisa.

—Fíjate —dijo—. El Collegium.

—¡Guau! —Call nunca había visto nada igual. Los espacios del Magisterium solían ser muy amplios, algunos enormes, pero siempre se notaba que eran cavernas subterráneas excavadas en la roca. El Collegium era diferente.

Ante ellos se abría un vestíbulo gigantesco. Las paredes, el suelo y las columnas que sujetaban el techo eran de mármol blanco con motas doradas. Un tapiz con el mapa del Collegium decoraba una de las paredes. Había una enorme grada que se extendía por un lado de la sala y tras ella colgaban pancartas multicolores. Citas de las obras de Paracelsus y de otros famosos alquimistas las cubrían en letras de oro.

«Todo está relacionado —decía una—. Fuego y tierra, aire y agua. Son todos tan solo una cosa, no cuatro, ni dos, ni tres, sino una. Si no se hallan juntos, se trata de una pieza incompleta».

Una enorme lámpara de araña colgaba del techo. De ella pendían gruesos cristales como lágrimas que esparcían la luz en todas direcciones sobre un numeroso grupo de personas: miembros de la Asamblea con túnicas doradas, Maestros del Magisterium vestidos de negro y otras importantes personas, enfundadas en elegantes trajes y vestidos.

—Sofisticado —opinó Alastair, sombrío—. Demasiado sofisticado.

—Sí —repuso Call—. El Magisterium es un antro, en comparación. No tenía ni idea.

—No hay ninguna ventana —dijo Aaron, mirando alrededor—. ¿Por qué no hay ventanas?

—Seguramente porque estamos bajo el agua —contestó Call—. ¿La presión no rompería los vidrios?

Antes de que pudieran continuar con sus especulaciones, el Maestro North,

director del Magisterium, fue hacia ellos abriéndose camino entre la gente.

—Alastair, Aaron, Call. Llegáis tarde.

—Tráfico submarino —soltó Call.

Aaron le dio un codazo.

El Maestro North lo miró muy serio.

—Bueno, ya estáis aquí. Los demás están esperando con la Asamblea.

—Maestro North —le saludó Alastair con un gesto seco—. Mis disculpas por llegar tarde, pero somos los invitados de honor. No ibais a empezar sin nosotros, ¿verdad?

El Maestro North esbozó una fina sonrisa. Alastair y él no tardarían mucho en cansarse del esfuerzo de ser correctos el uno con el otro.

—Venid conmigo.

Aaron y Call intercambiaron una mirada antes de seguir a los adultos por la sala. Cuando se adentraron en la densa multitud, la gente comenzó a acercarse a ellos, mirando a Aaron, y también a Call. Un hombre entrado en años con una gran panza le cogió por el brazo.

—Gracias —le susurró el hombre antes de soltarle—. Gracias por matar a Constantine.

«No lo hice».

Call avanzó a trompicones mientras más manos se extendían hacia él. Estrechó algunas, esquivó otras. A una le «chocó los cinco» y luego se sintió estúpido.

—¿A ti te pasa esto todo el rato? —le preguntó a Aaron.

—Antes del verano pasado, no —contestó este—. Además, creía que querías ser un héroe.

«Supongo que es mejor que ser el malo», pensó Call, pero dejó que las palabras le murieran en la lengua.

Finalmente llegaron a la zona donde les esperaba la Asamblea, separada del resto de la sala por unas cuerdas de plata flotantes. Anastasia Tarquin, uno de los miembros más poderosos de la Asamblea, estaba hablando con la madre de Tamara. Tarquin era una mujer mayor, muy alta, con una masa de cabello despeinado blanco brillante. La madre de Tamara tenía que echar la cabeza hacia atrás para mirarla a la cara.

Tamara estaba con Celia y Jasper, los tres riendo de alguna cosa. Era la primera vez que Call veía a Tamara desde que comenzó el verano. Llevaba un vestido amarillo brillante que hacía que le reluciera la oscura piel. El cabello le caía en densas ondas negras alrededor del rostro y por la espalda. Celia se había hecho algo raro, elegante y complicado en su cabello rubio. Se había puesto un ligero vestido de gasa del color verde de la espuma del mar, que parecía flotar a su alrededor.

Las chicas se volvieron hacia ellos. El rostro de Tamara se iluminó y Celia sonrió. Call se sintió como si hubiera recibido una patada en el pecho. Pero, curiosamente, no era una sensación desagradable.

Tamara corrió hacia Aaron y le dio un abrazo breve. Celia se quedó atrás como si

hubiera tenido un repentino ataque de timidez. Fue Jasper el que se acercó a Call y le dio unas palmaditas en el hombro, lo que fue un alivio, porque nada en su actitud le hizo sentir que el mundo se estaba volviendo del revés. Jasper tenía el aspecto de siempre, creído y con el pelo de punta lleno de gel.

—¿Y cómo está el viejo E-d-M? —le susurró Jasper, sobresaltándolo—. Eres la estrella de la noche.

Call no soportaba que supiera la verdad sobre él. Estaba bastante seguro de que Jasper jamás revelaría su secreto, pero eso no le impedía hacer comentarios y meterse con él siempre que podía.

—Venid —dijo el Maestro Rufus—. Estamos perdiendo el tiempo. Tenemos que participar en una ceremonia, queramos o no.

Call, Aaron, Tamara, Jasper, el Maestro Rufus, la Maestra Milagros y Alastair se dirigieron hacia el estrado. Celia les despidió con la mano.

Call supo que la cosa se iba a complicar en cuanto vio que había sillas sobre el estrado. Eso implicaba una ceremonia larga. No se equivocaba. La ceremonia transcurrió de un modo monótono; monótono, largo y aburrido. Varios miembros de la Asamblea pronunciaron discursos sobre lo muy importante que ellos, personalmente, habían sido para la misión.

—No podrían haberlo hecho sin mí —afirmó un miembro de la Asamblea, un rubio al que Call no había visto nunca.

El Maestro Rufus y la Maestra Milagros recibieron alabanzas por tener tan excelentes aprendices. Los Rajavi, alabanzas por haber criado a una hija tan valiente. Alastair, alabanzas por su diligencia al dirigir la expedición. A los chicos los consideraron los mayores héroes de su tiempo.

Les aplaudieron, les besaron en la mejilla y les dieron palmaditas en los hombros. A Alastair le colgaron del cuello una pesada medalla. Su mirada comenzó a volverse un poco salvaje después de que le hicieran ponerse en pie para la sexta ronda de aplausos.

Nadie mencionó ninguna cabeza cortada, ni que se habían equivocado al creer que Alastair estaba confabulado con el Enemigo, ni que nadie en el Magisterium había sabido que los chicos habían partido en una misión. Todos actuaron como si ese hubiera sido el plan desde el principio.

Les dieron sus muñequeras del Curso de Bronce y piedras de brillante berilio rojo para mostrar la valía de su logro. Call se preguntó qué significaría exactamente la piedra roja; cada color tenía un significado: amarillo por curar, naranja por valentía, y así.

Se acercó al Maestro Rufus para que este le colocara la piedra en la muñequera. El berilio se enganchó con un *clic*, como si se hubiera cerrado un candado.

—¡Callum Hunt, makaris! —gritó alguien en la sala. Otra persona se levantó y gritó el nombre de Aaron. Call dejó que los gritos resbalaran sobre él como una desconcertante marea.

—¡Call y Aaron! ¡Makaris, makaris, makaris!

Notó que una mano le rozaba el hombro. Era Anastasia Tarquin.

—En Europa —le confió—, cuando descubren que alguien es un mago del caos, no le hacen un homenaje. Lo matan.

Call se volvió para mirarla, horrorizado, pero ella ya se estaba perdiendo entre el grupo de miembros de la Asamblea. El Maestro Rufus, que sin duda no la había oído porque ella lo había dicho solo para Call, se acercó a los chicos.

—Makaris —dijo—, esto no es solo una celebración. Tenemos algo de lo que hablar.

—¿Aquí mismo? —preguntó Aaron, claramente sorprendido.

Rufus asintió con la cabeza.

—Es hora de que veáis algo que muy pocos aprendices conocen: la Sala de Guerra. Venid conmigo.

Tamara miró preocupada a Aaron y Call mientras los conducían entre la multitud.

—¿La Sala de Guerra? —murmuró Aaron—. ¿Qué es eso?

—No lo sé —le contestó Call en un susurro—. Creía que la guerra había acabado.

El Maestro Rufus los condujo detrás de las cuerdas flotantes, evitando hábilmente los ojos de la multitud, hasta que llegaron a una puerta en la pared del fondo. Era de bronce, tallada con dibujos de altos barcos navegando, cañones y explosiones en alta mar.

Rufus empujó la puerta para abrirla, y entraron en la Sala de Guerra. Call recordó su opinión sobre la falta de ventanas, porque allí había muchas. El suelo era de mármol, pero todas las demás superficies eran de vidrio y brillaban con una luz encantada. Al otro lado del vidrio, vio criaturas marinas nadando: peces con bandas de brillantes colores, tiburones de ojos negros como el carbón y rayas que ondeaban elegantemente.

—¡Guau! —exclamó Aaron, echando la cabeza hacia atrás—. Mira arriba.

Al hacerlo, Call vio el agua sobre ellos, brillando con la luz de la superficie. Un banco de peces plateados pasó por encima y luego torció, siguiendo alguna señal invisible, para dirigirse en una nueva dirección.

—Sentaos —dijo el Asambleísta Graves, un hombre viejo, gruñón y desagradable—. Sabemos que esto es una celebración, pero hay cosas de las que tenemos que hablar. Maestro Rufus, tus dos aprendices y tú deberíais sentaros aquí. —Señaló unas sillas a su lado.

Call y Aaron intercambiaron una mirada de reticencia antes de sentarse donde les indicaban. El resto de miembros de la Asamblea se colocaron alrededor de la mesa, charlando de naderías. Sobre ellos, visible al otro lado del vidrio, una anguila pasó ondeando y atrapó a un pez más lento. Call se preguntó si sería una mala señal.

Cuando se hizo el silencio en la sala, Graves siguió hablando.

—Gracias a los esfuerzos de nuestros invitados de honor de esta noche, nuestra charla va a ser muy diferente de la que podríamos haber previsto. Constantine

Madden está muerto. —Miró alrededor como para esperar a que los demás asimularan esa información. Call no pudo evitar pensar que si aún no la habían asimilado, nunca lo harían, teniendo en cuenta las muchísimas veces que se había repetido «¡El Enemigo de la Muerte ha muerto!» durante la ceremonia—. Y sin embargo —Graves dio un fuerte golpe al apoyar la mano sobre la mesa; Call pegó un brinco, sobresaltado—, ¡no podemos descansar! Constantine Madden habrá sido derrotado, pero su ejército sigue ahí afuera. Debemos atacar ahora y acabar con todos los caotizados y con todos los aliados de Constantine.

Un murmullo recorrió la sala.

—Nadie ha podido detectar el rastro de los caotizados desde la muerte de Madden —dijo el Maestro North—. Es como si hubieran desaparecido a la vez que él.

Varios magos parecían esperanzados, pero Graves negó con la cabeza, muy serio.

—Están en algún lugar. Debemos reunir equipos que los localicen y los destruyan.

Call se sintió un poco mareado. Los caotizados eran básicamente zombis sin cerebro a los que les habían extraído toda la humanidad para sustituirla por el caos. Los había oído hablar, los había visto moverse e incluso arrodillarse ante él. La idea de una pira de esos cuerpos ardiendo le revolvía el estómago.

—¿Y qué hay de los animales caotizados? —preguntó Anastasia Tarquin—. La mayoría nunca ha servido al Enemigo de la Muerte; son los descendientes de las desgraciadas criaturas que le sirvieron. A diferencia de las personas caotizadas, están vivos, no son cadáveres reanimados.

—Pero siguen siendo peligrosos. Propongo que los exterminemos a todos —dijo Graves.

—¡A *Estrago* no! —gritó Call antes de que nadie pudiera pararle.

Todos los miembros de la Asamblea se volvieron hacia él. Anastasia sonreía un poco, como si disfrutara con su desliz. Parecía el tipo de persona a quien no le importa que las cosas no ocurran de la manera esperada. Observaba a Aaron, para ver su reacción.

—La mascota de los makaris —dijo Anastasia, volviendo a mirar a Call—. Sin duda, se podría exceptuar a *Estrago*.

—Y la Orden del Desorden ha estado estudiando otras bestias caotizadas. Dejar vivas a unas cuantas para que sigan su investigación resultaría valioso —añadió Rufus.

La Orden del Desorden eran un pequeño grupo de magos rebeldes que vivían en el bosque cerca del Magisterium, estudiando la magia del caos. Call no tenía una opinión muy clara sobre la Orden. Habían intentado obligar a Aaron a quedarse con ellos para ayudarles con sus experimentos sobre el caos, y no lo habían hecho de un modo muy agradable.

—Sí, sí —repuso Graves sin interés—. Quizá se pueda salvar a un pequeño grupo, aunque nunca me ha gustado mucho la Orden del Desorden, como todos

sabéis. No debemos quitarles el ojo de encima; hemos de asegurarnos de que ninguno de los conspiradores de Constantine se esconde entre ellos. Y tenemos que encontrar al Maestro Joseph. No podemos olvidar que sigue siendo peligroso y que, sin duda, intentará utilizar el Alkahest contra nosotros.

Anastasia Tarquin anotó algo en un papel. Varios magos susurraron entre ellos; muchos estaban sentados muy tiesos, tratando de hacerse los importantes. El Maestro Rufus asentía, pero Call sospechó que a él tampoco le gustaba mucho Graves.

—Por último, debemos asegurarnos de que Callum Hunt y Aaron Stewart usen sus capacidades de makaris al servicio de la Asamblea y de la comunidad de magos en general. Maestro Rufus, va a ser crucial que nos informes regularmente de su aprendizaje mientras avanzan por los cursos de Bronce, Plata y Oro, y se preparan para el Collegium.

—Son mis aprendices. —El Maestro Rufus alzó una ceja—. Debo tener independencia para enseñarles como me parezca oportuno.

—Podemos discutir eso más tarde —replicó Graves—. Son makaris antes que alumnos del Magisterium. Será lo mejor que tanto tú como ellos recordéis eso.

Aaron le lanzó a Call una mirada de preocupación. El Maestro Rufus parecía enfadado.

Graves continuó.

—Debido a la gran cantidad de animales caotizados que hay en las proximidades del Magisterium, esperamos que la escuela se haga cargo de su destrucción.

—No puedes esperar que nuestros alumnos se pasen el curso matando animales —protestó el Maestro Rufus, poniéndose en pie—. Me opongo firmemente a esta sugerencia. ¿Maestro North?

—Estoy de acuerdo con Rufus —contestó el Maestro North después de un silencio.

—No son animales, son monstruos —replicó Graves—. Hace años que los bosques que rodean el Magisterium están llenos de esas alimañas, y no hemos tratado esa situación con la seriedad que merece porque el Enemigo siempre podía crear más. Pero ahora... ahora tenemos la oportunidad de exterminarlos.

—Quizá sean monstruos —insistió Rufus—, pero tienen aspecto de animales. Y hay algunos, como *Estrago*, que nos hacen pensar en si, tal vez, no podríamos salvarlos en vez de destruirlos. Sin duda, a todo el mundo de los magos le interesa que nuestros alumnos aprendan a ser compasivos. Constantine Madden —añadió en voz baja— nunca lo fue.

Graves le lanzó una mirada cargada de algo muy parecido al odio.

—Muy bien —dijo con voz seca—. Entonces, de los animales caotizados se encargará un equipo dirigido por mí y por otros miembros de la Asamblea. Y, por favor, no esperéis que haga caso a ninguna queja referente a cómo ocupamos el bosque donde practican vuestros alumnos. Esto es más importante que vuestra escuela.

—Naturalmente —repuso el Maestro Rufus, aún en voz baja. Call trató de captar su mirada, pero Rufus era imperturbable.

—Y solo nos queda un último asunto —dijo Graves—. El espía.

Esta vez, el murmullo que corrió por la mesa subió de volumen.

—Tenemos razones para creer que hay un espía en el Magisterium —afirmó Graves—. Alguien liberó al monstruo elemental Automotones y lo envió a matar al makaris Aaron Stewart.

Todos miraron a Aaron y a Call.

—Sí —dijo Call—. Así fue.

Graves asintió.

—Vamos a colocar varias trampas para espías en la escuela y Anastasia vigilará los túneles donde retenemos a los grandes elementales. Cogeremos al espía y nos ocuparemos de él adecuadamente.

«¿Trampas para espías?». Aaron formó las palabras con la boca mirando a Call. Este intentó no reír, porque lo que se estaba imaginando era un enorme agujero oculto en el suelo con papeles importantes o alguna otra cosa dentro. Pero como, por una vez, parecía que la Asamblea y el Magisterium tenían un verdadero plan para ocuparse de un peligro real, quizá Call podría pasarse el Curso de Bronce aprendiendo cosas y metiéndose en líos divertidos y normales, en lugar de correr peligros de los que podían llevar al fin del mundo.

Mientras mantuviera a *Estrago* lejos de los bosques y de los asesinos de animales.

Mientras el Maestro Joseph no regresara.

Mientras no le pasara nada realmente malo en el alma.



CAPÍTULO TRES

Después de la reunión de la Asamblea, Call y Aaron regresaron a la fiesta. Estaban sirviendo canapés, pero Call no tenía hambre. Pensaba en la familia de *Estrago* y en los otros animales caotizados del bosque. No recordaba haber sido Constantine Madden, pero eso no quería decir que no les debiera algo a esas criaturas inocentes que Constantine había transformado. Seguro que había algo que él pudiera hacer.

—¿Qué tal ha ido la reunión secreta? —preguntó Jasper, mientras se les acercaba con Celia y Tamara. Los tres tenían aspecto relajado y los ojos brillantes, como si hubieran estado riéndose mucho. O tal vez bailando. Había gente bailando en la otra punta de la fiesta. Call miró hacia allí con recelo y alarma.

—Rara —contestó Aaron, sin fijarse en Call. Cogió un pastelillo de queso de la bandeja de uno de los camareros que pasaban y se lo metió en la boca. Luego hizo un ruido ahogado, como si hubiera pensado decir algo más antes de que el hambre se apoderara de él.

Call les informó.

—Ha ido todo sobre gente y animales caotizados. Básicamente, sobre librarse de ellos.

—¡De *Estrago* no! —exclamó Tamara, con una expresión de horror en sus oscuros ojos. Call se alegró de que hubiera reaccionado igual que él. Era agradable comprobar que *Estrago* también era importante para sus amigos.

Se acercaron dos camareros más con bandejas y canapés. Call cogió tres tostaditas con gambas de una y un pincho de pollo de la otra. Pensó que debería comer algo, aunque tenía un nudo en el estómago. Jasper se puso un montón de comida en el plato y la atacó con la determinación de un tiburón.

—*Estrago* ha conseguido un indulto —informó Call—, pero Graves está en plan

limpieza. Quiere borrar todo lo que queda de la época del Enemigo de la Muerte.

Era evidente que Tamara tenía mil preguntas.

—¿Has...? —comenzó, pero luego miró a Celia y dejó la frase a medias. Celia no había estado con ellos cuando salieron de la escuela en busca de Alastair, y no sabía el secreto de Call—. No importa. Esta noche deberíamos divertirnos. Aaron, ven, baila conmigo.

Aaron consiguió coger otro pastelillo de queso antes de que su amiga se lo llevara. Le pasó el plato vacío a Jasper y, tras un destello de la falda amarilla de Tamara, desaparecieron entre la masa de gente que bailaba.

Celia lanzó a Call una mirada esperanzada, que él fingió no ver. Con su pierna, lo único que podía hacer en la pista era el ridículo, así que sonrió, pero no dijo nada. Después de un momento incómodo, que se alargó tanto como se puede alargar un momento incómodo, Celia suspiró.

—Voy a buscar algo de beber —dijo, y se dirigió hacia un enorme bol de ponche.

—Muy fino —soltó Jasper—. Supongo que todo lo que dicen sobre el gran carisma de Constantine podría no ser tan cierto.

De todos ellos, Jasper era el único al que Call pillaba a veces mirándolo preocupado o con sospecha, como si quizá no lo conociera en absoluto.

—No soy el Enemigo —replicó Call entre dientes.

—Demostrémoslo —propuso Jasper, mirando su plato—. El Enemigo de la Muerte nunca me daría su último pincho de pollo.

Call se lo pasó sin decir nada. De todas formas, no tenía hambre.

—El Enemigo de la Muerte nunca me presentaría a esa chica guapa que acaba de saludarte.

Se dio cuenta, sorprendido, de que la chica guapa que decía Jasper era una chica que ya conocía, una amiga de la hermana mayor de Tamara, Kimiya. Tenía el pelo largo y negro y unos pómulos muy elegantes. Ella le saludó con la mano cuando lo vio mirándola.

Call lanzó a Jasper su mirada más siniestra.

—Tienes razón —contestó, y se fue a buscar a Alastair. Creía haberlo visto hablando con Anastasia Tarquin, cuyo cabello canoso se agitaba por encima de la multitud. Se estaba abriendo paso entre un apretado grupo de gente cerca de la mesa de las bebidas cuando alguien le tocó el hombro.

Era la chica a la que Jasper se había referido, Jennifer Matsui. Estaba en el Curso de Oro, como Kimiya, y le sacaba una cabeza a Call.

—¡Callum! —le saludó alegremente—. Felicidades por el premio.

—Gracias —respondió Call, torciendo el cuello para ver a Jasper observarle desde la otra punta de la sala como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo—. Ha sido un gran... premio.

Eso no era en absoluto lo que había querido decir.

—Tengo algo para ti —dijo Jennifer, bajando la voz hasta convertirla en un

susurro confidencial—. Me lo ha dado una chica rubia muy guapa.

Le tendió un papel doblado con el nombre de Call escrito. Lo cogió, confuso. Jennifer le lanzó un beso y se perdió entre la gente, en dirección a Kimiya y el pequeño grupo de alumnos mayores que reían juntos. Call vio un rostro familiar: Alex Strike, uno de los pocos alumnos mayores que era amigo suyo. Alex y Kimiya habían roto el curso anterior, pero por el modo en que estaban divirtiéndose juntos, o bien habían vuelto o al menos habían recuperado la amistad.

Abrió la nota.

«Call, necesito hablar contigo a solas. Reúnete conmigo en la Sala de Trofeos. Celia».

Por un momento, se quedó quieto, mirando el papel, mientras se le aceleraba el corazón. Intentó convencerse de que no debía preocuparse; Celia era su amiga y habían dado montones de paseos juntos con *Estrago* alrededor del Magisterium. Eso no iba a ser muy diferente. Sin embargo, por lo que sabía, cuando alguien «necesitaba hablar contigo» solía ser algo malo.

O podría ser lo otro, lo de «salir». En la Galería había visto a alumnos del Curso de Bronce cogidos de la mano, compartiendo refrescos y soltando un montón de risitas. Esperaba de verdad que Celia no quisiera eso. Pero ¿y si sí lo quería? ¿Y si a él todo eso no se le daba bien?

Además, ni siquiera sabía dónde estaba la Sala de Trofeos.

Le habían comenzado a sudar las manos.

Apretó los dientes y se secó las manos en los pantalones. ¿No le había propuesto Jasper comprobar si era un Señor del Mal? Eso era en lo que necesitaba concentrarse. Los Señores del Mal, incluso los que no recordaban haber sido Señores del Mal, no deberían tener miedo de encontrarse a solas con sus amigos que resultaban ser del sexo opuesto. No iba a tener ningún problema.

Con un optimismo renovado, y un poco desesperado, se dirigió hacia el tapiz del mapa. Vio a Tamara y Aaron, aún bailando en la pista con los demás. Se preguntó si a Tamara se le habría ocurrido pedirle bailar, pero sabía que siempre elegiría primero a Aaron. Hacía tiempo que había aceptado eso. Y ni siquiera le importaba.

De todas formas, Celia le había dicho que fuera solo, y debía hacerlo si la cosa iba sobre salir juntos. Aunque realmente esperaba que no fuera eso.

Según el mapa, la Sala de Trofeos no estaba lejos. Se apartó de la multitud, cruzó una puerta doble y recorrió un pasillo de mármol con pequeñas hornacinas en las paredes, en las que se guardaban viejos manuscritos y artefactos. A Call le gustó el repiqueteo de sus zapatos sobre el suelo. Se detuvo para observar una vieja muñequera que debía de haber sido el prototipo de la que él llevaba. El cuero se había desgastado hasta quedar muy fino y faltaban varias piedras de sus engastes. No reconoció el nombre del mago inscrito en la placa que había detrás, pero la fecha de su muerte era 1609, lo que le pareció muchísimo tiempo atrás.

Unos cuantos pasos más y llegó a la Sala de Trofeos. Sobre la puerta, un cartel

decía TROFEOS Y DIPLOMAS. La puerta estaba abierta y Call entró sin hacer ruido.

Era una habitación solemne y seria, más pequeña que el salón principal. Al igual que este, estaba iluminada por una enorme lámpara. Esta tenía brazos de cristal soplado con forma de tentáculos de pulpo, y de cada ventosa colgaba una lágrima de cristal, como si fueran gotas de agua. Las paredes estaban cubiertas de una colección de placas y medallas que debían de haber sido otorgadas a los alumnos del Collegium.

Call estaba totalmente solo.

Dio una vuelta a la sala, mirando los cuadros de magos que colgaban de las paredes, mientras echaba de menos una ventana por la que contemplar peces o cualquier otra cosa para pasar el rato. Estaba seguro de que Celia llegaría enseguida.

Pasados varios minutos, sacó la nota y la volvió a leer. Quizá la hubiera entendido mal. Tal vez Celia había escrito que se encontrarían en quince minutos o en una hora. Pero no, la nota no especificaba ningún tiempo.

Después de esperar un rato más, decidió que Celia no iba a aparecer.

Se sintió inesperadamente triste. Si esa era su primera cita, había sido todo un fracaso. Seguramente, Celia habría escrito la nota y luego habría encontrado a alguien con quien bailar, alguien que sí pudiera hacerlo, y se habría olvidado de él. Igual estaba bailando con Jasper. O comiéndose la pista con algún impresionante alumno del Curso de Oro, que le estaría explicando todos sus logros y dejándola tan embobada que había plantado a Call. En unos días se encontrarían fuera del Magisterium para pasear a *Estrago* y ella le quitaría importancia. «Iba a reunirme contigo —le diría—, pero ¡ya sabes cómo es cuando encuentras a alguien realmente interesante! ¡El tiempo vuela!».

Call miró su reflejo en el vidrio del aparador de los trofeos. Tenía el pelo de punta. Seguramente, se quedaría solo para toda la vida y moriría solo, y Alastair lo enterraría en un cementerio de coches.

Se abrió la puerta y se oyeron pasos. Call se volvió, pero no era Celia la que había entrado. Eran Tamara y Aaron.

—¿Qué estás haciendo en la Sala de Trofeos? —preguntó Tamara—. ¿Estás bien? Aaron miró alrededor, desconcertado.

—¿Te estás escondiendo?

Call estaba completamente seguro de que a Aaron nunca le había ocurrido nada parecido a que le dejaran plantado y humillado. Y estaba doblemente seguro de que tampoco le había ocurrido a Tamara.

Pensándolo bien, ¿qué hacían Tamara y Aaron allí juntos? ¿Y si habían ido para hacer esas cosas de darse la mano que se hacía en las citas? Ya era bastante malo que Call supiera que Tamara siempre escogería a Aaron primero, pero si estaban saliendo, entonces sería peor porque Aaron también escogería primero a Tamara.

—¿Estás bien? —repitió Aaron, frunciendo el ceño, confuso ante el silencio de Call—. Tu padre nos ha dicho que habías salido hacia aquí.

Se sintió aliviado al saber que no habían ido allí para estar solos, sino para buscarle. Ya solo le quedaba pensar cómo explicar lo que estaba haciendo allí.

—Bueno —comenzó, dando un paso hacia ellos—, veréis...

Le cortó un terrible chirrido metálico. Alzó la mirada y vio la enorme lámpara cayendo hacia él, con todos sus brazos de pulpo y deslumbrantes cristales.

—¡Call! —gritó Tamara. La lámpara caía, reluciente, hacia él. Algo le golpeó con fuerza en el costado. El dolor le subió por la pierna cuando se chocó contra el suelo, y sintió que los dedos de alguien le arrastraban, clavándose en la parte trasera de su chaqueta.

Era Tamara. Call vislumbró una mancha de su vestido amarillo y su pelo oscuro, y en ese momento la lámpara se estrelló contra el suelo a su lado. Fue como si estallara una bomba. Esquirlas de cristal volaron hacia ellos. Intentó cubrir a Tamara con su cuerpo. La oyó gritar y, de repente, todo se volvió oscuro y silencioso.

Por un momento, Call se preguntó si estaría muerto. Pero no era probable que la vida del más allá fuera estar tirado sobre un suelo de piedra junto a Tamara mientras una nube negra pendía sobre ellos. Tamara tenía la boca y los ojos muy abiertos. Call rodó hacia un lado torpemente y se quedó mirando.

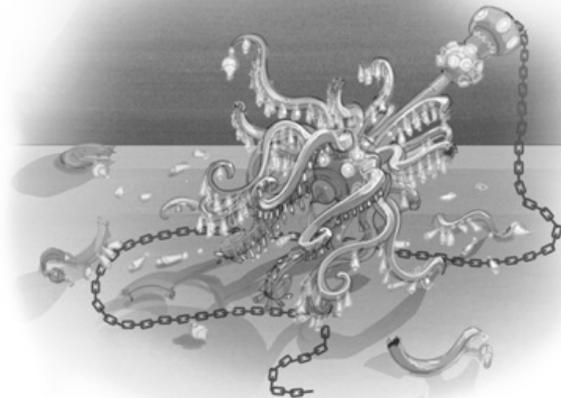
Aaron estaba sobre ellos, con la mano extendida. El caos, nebuloso y oscuro, le surgía de la palma y formaba un muro alrededor de ellos, absorbiendo los trozos de vidrio y las esquirlas de cristal de la destrozada lámpara. Intentó llamar a Aaron, pero el caos se tragó su voz.

Notó un tirón en su interior; Call era el contrapeso de Aaron, y cuando este empleaba la magia del caos, lo sentía. Detrás de él, la sala parecía rodar. Entonces, Aaron bajó la mano y la oscuridad se desvaneció.

Call se puso en pie trabajosamente y se inclinó para echarle una mano a Tamara, que tenía un corte que le sangraba en la mejilla. Tamara continuaba agarrándole el brazo con fuerza, pero como ya estaba en pie, Call pensó que quizá lo estuviera sujetando para que él no cayera. Aaron se apoyó en la pared, jadeando por el esfuerzo.

—¿Qué —preguntó con voz rasposa— acaba de pasar?

Antes de que Call pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y el resto de los asistentes a la fiesta inundaron la sala.



CAPÍTULO CUATRO

A call le daba vueltas la cabeza y lo veía todo un poco raro. La gente fue entrando en la sala, asombrada y boquiabierta. Voces, susurros y gritos le llenaron los oídos.

La lámpara parecía un enorme animal desplomado en medio de la sala. La mayoría de los brazos se habían partido, y por todos lados había cristales rotos formando pequeñas pilas relucientes y afiladas.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó un hombre moreno.

De la ceremonia, Call tenía el vago recuerdo de que era uno de los profesores del Collegium y de que se llamaba Maestro Sukarno. Era un hombre grande, imponente, y tenía la cara roja de furia.

—¡Eso ha sido magia del caos! —Se volvió hacia Aaron y Call—. ¿Estabais jugando por aquí con la magia del vacío? Pero ¿cómo podéis ser tan estúpidos? La magia del caos está estrictamente controlada en todas partes, y está totalmente prohibida en estas salas. ¡Estamos bajo el agua, no podemos arriesgarnos a que unos niños arrogantes dañen la integridad de la estructura para divertirse! ¡Podríamos habernos ahogado!

Tamara parecía estar a punto de explotar de rabia.

—¡Cómo te atreves! —soltó—. ¡Nadie ha estado jugando! Estábamos aquí en la sala y de repente la lámpara se ha desplomado. Casi nos aplasta. Si Aaron no hubiera hecho lo que ha hecho, ¡Call y yo estaríamos muertos! ¡No le ha pasado nada a tu precioso Collegium! ¡Está perfectamente!

—¿Y qué habéis hecho para que se cayera la lámpara? —preguntó el Maestro Taisuke, uno de los Maestros del Magisterium—. Lleva cientos de años colgada ahí. Vosotros tres entráis en la sala ¿y de repente se desploma?

—¡Ya basta! —intervino el padre de Tamara. Los Rajavi habían cruzado el

destrozo levitando para llegar hasta su hija. Al otro lado de la sala, Call vio a Kimiya y Alex juntos, ambos contemplando la escena con ojos desorbitados de horror. La madre de Tamara fue rápidamente hacia su hija, la apartó de Call y le acarició el cabello mientras la miraba preocupada. Le limpió la sangre del corte de la mejilla con un pañuelo. Luego fue Alastair el que se abrió paso entre la multitud hacia su hijo. Estaba pálido, mucho más pálido de lo que Call hubiera esperado. Ni siquiera se molestó en levitar, se abrió paso a patadas entre los cristales rotos y el metal retorcido, y al llegar junto a él lo agarró y lo estrechó entre sus brazos.

—Callum —dijo con voz gruesa. Por encima del hombro de su padre, Call vio a Aaron, aún apoyado contra la pared. No había nadie que le limpiara los cortes o le abrazara. Se estaba mirando la mano, la que había usado para desatar el caos, con una expresión extraña en el rostro.

—Mi hija no causa problemas —soltó el señor Rajavi—. Por si lo habéis olvidado, estamos todos aquí para honrar su heroísmo...

—Y el heroísmo de otros alumnos —añadió el Maestro North, que había hecho retroceder a los mirones hasta la pared para que el Maestro Rufus y él pudieran examinar los destrozos de la lámpara.

—Desde el principio, he estado en contra de esta ceremonia —declaró Taisuke—. A los niños no se les debe premiar la desobediencia, incluso si el resultado acaba siendo positivo.

Mentalmente, Call colocó al Maestro Taisuke en la categoría «No es mi fan». Era una lista que iba creciendo.

—Los makaris, sobre todo, deberían ser controlados —continuó Taisuke—. Como nos enseñó Constantine Madden, el joven makaris que no conoce su propio poder es el ser más peligroso del mundo.

—¿Estás diciendo que deberíamos matar a los jóvenes makaris, como se hace en otros países? —preguntó el Maestro Rufus. No habló muy alto, pero su voz era clara, potente y llegó a todas partes—. Porque alguien lo ha intentado. La lámpara se ha caído porque la han manipulado. Alguien ha tratado de asesinar a los makaris.

—¿Asesinar? —repitió el Maestro Sukarno, deshinchándose un poco.

Otro profesor del Collegium hizo un seco gesto en el aire y dijo una palabra rara.

De repente, un rugido ensordecedor inundó la sala. Alastair cogió a Call con más fuerza, los padres de Tamara la agarraron y el Maestro Rufus fue a por Aaron. Se había activado algún tipo de sistema de alarma: un camino se iluminó ante ellos y pudieron ver puertas, antes invisibles, iluminándose en las paredes. A Aaron, Tamara y él los metieron por una de esas puertas y luego por un pasillo hasta una habitación poco iluminada y sin ventanas llena de sofás y sillas. El personal del Collegium corría para asegurar el área.

Alguien les llevó mantas y tazas de té azucarado, que parecía ser una disculpa del Maestro Sukarno por acusarlos de ser unos delincuentes descuidados. Anastasia Tarquin apareció con una barrita energética y se la dio a Aaron, diciéndole que

emplear tanta magia del caos, incluso con un contrapeso, seguramente lo había dejado muy cansado.

Por un momento, Call pensó que eso significaba que los adultos los iban a dejar solos. Tamara estaba acurrucada en un sofá con sus padres, y Aaron estaba hecho un ovillo en un sillón; parecía agotado y triste. Pero, claro, nada de eso importaba. En cuanto el personal del Collegium se marchó, el Maestro Rufus, el Maestro North, Anastasia y Graves comenzaron a hacerles una serie inacabable de preguntas difíciles.

¿Por qué había ido Call a la Sala de Trofeos? ¿Le había amenazado alguien durante la fiesta? ¿Sabía que Aaron iría tras él?

No tenía ningún sentido quedar como un tonto delante de los profesores del Magisterium y del Collegium, por no hablar de la Asamblea, así que mintió. No, nadie sabía que había ido a la Sala de Trofeos. No, nadie sabía que Aaron iba a estar con él. Solo era que no le gustaba nada bailar y se había ido a dar una vuelta, a contemplar las antigüedades. En absoluto lo habían dejado plantado en una posible cita. No era para nada un perdedor cuyos amigos habían estado a punto de ser aplastados por una lámpara por su culpa.

Entonces, permitieron entrar a Celia y a Jasper, seguidos de sus padres: las dos madres de Celia, y la madre y el padre de Jasper. El señor DeWinter dio un pequeño empujón a su hijo mientras le lanzaba una severa mirada, como advirtiéndole que no hiciera nada potencialmente humillante para el nombre de su familia.

Call suspiró, preparándose para lo peor. Ya había sido bastante malo imaginarse a Celia explicándole por qué había decidido no reunirse con él, pero que lo contara delante de todos los demás sería la guinda extra de humillación encima de su ya horrible pastel de vergüenza. Se preguntó si sería malo desear que la lámpara lo hubiera aplastado.

—Sois amigos de esos tres —les dijo el Maestro North a Celia y Jasper, apuntando a Call, Tamara y Aaron. Celia parecía contenta de oírle decir eso. Jasper lo miró como si le hubiera acusado de algo—. ¿Habéis notado algo raro esta noche; alguien que se comportara de una forma extraña con ellos?

—Jennifer Matsui estuvo hablando con Call —contestó Jasper—. Eso es raro, porque ella es guapa y popular, y Call es feo y nada interesante. —Jasper vio cómo lo miraba Alastair y se sonrojó—. Es broma. Pero no sabía que se conocieran.

—Se conocen un poco —intervino Tamara—. Jennifer es amiga de mi hermana.

—Pero no es amiga de Call —replicó Celia. Se volvió hacia él—. ¿Por qué estabas hablando con Jennifer?

Aquello fue el colmo.

—Me estaba dando una nota —contestó—. Tu nota.

—¿Qué nota? —preguntó Celia, totalmente perpleja—. No te he escrito ninguna nota.

Call sacó el papelito del bolsillo.

—Entonces, ¿qué es esto?

Celia frunció el ceño al mirarlo.

—Pero esta no es mi letra. Y no está firmado por mí ni nada; solo tiene mi nombre escrito. ¿Te dije que era de mi parte? —Luego, releyó las palabras y se sonrojó hasta el cuello—. ¿Pensabas que ibas a encontrarte conmigo? ¿Por eso estabas en la Sala de Trofeos?

Tamara parecía enfadada.

—No nos lo habías dicho.

—Callum —intervino el Maestro North, con una voz tan severa que todos los demás se callaron—. Volvamos a repasar lo que ha sucedido hoy, muy despacio. Y esta vez no vas a dejarte nada en el tintero. ¿Me entiendes? Es demasiado importante.

—De acuerdo —repuso Call—. Pero es que yo...

—Sin excusas —le cortó el Maestro North—. Empieza.

—Estaba buscando a Alastair cuando Jennifer Matsui me dio una nota y me dijo que era de... una chica rubia muy guapa —explicó Call, y deseó haber sabido suficiente magia para volverse invisible o convertirse en una niebla que pudiera colarse entre las tablas del suelo.

Celia le sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad?

Jasper comenzó a reír por lo bajo. Al ver al Maestro Rufus fruncir el ceño, trató de parar, pero no pareció lograrlo.

—Eres la única chica rubia que conoce —replicó Tamara, que claramente no estaba de tan buen humor. Haber estado a punto de ser aplastada por diez toneladas de vidrio y cristal seguramente le había quitado las ganas de avergonzar a Call.

El Maestro North tendió la mano y Celia le pasó la nota. La observó durante un buen rato y luego miró a Celia.

—¿Esto no lo has escrito tú? ¿Estás segura?

Celia negó con la cabeza.

—No la he escrito. Y la verdad... —Miró a Call con tristeza—. Lamento mucho que alguien haya usado mi nombre para intentar hacerte daño.

—No tiene importancia —repuso Call, intentando aparentar que no le afectaba ni una cosa ni la otra. Pero se dio cuenta de que era bastante absurdo decir que haber estado a punto de morir aplastado no tenía importancia. Miró a su padre, consternado. Este se encogió de hombros.

—¿Y dónde está Jennifer Matsui? —preguntó el Maestro Rufus, claramente irritado por la indecisión de Call—. La persona que le ha dado la nota puede ser la persona que ha manipulado la lámpara. A no ser que lo haya hecho ella misma.

—¿Jennifer? —preguntó Tamara—. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Aaron arrugó la frente.

—¿Y por qué querría alguien matar a Call?

—Bueno, Call es un makaris —contestó el Maestro Rufus—. Igual que tú.

Aaron, Tamara y Call intercambiaron una rápida mirada. Era cierto que Call era un makaris, pero en la pregunta de Aaron se escondía la otra pregunta que todos los que conocían su secreto se estaban haciendo. La pregunta que no podían formular ni compartir. Porque aunque todos pensaran que la persona que había intentado matar a Call tenía como objetivo matar a uno de los makaris, había otra posibilidad: que esa persona estuviera intentando asesinarlo porque sabía quién era en realidad.

«Quizá si se descubre la verdad —pensó Call—, quien fuera que ha tratado de tirarme encima una lámpara de araña también reciba un premio».

—Sí, con su arrebatadora personalidad, es difícil imaginar que alguien quiera matar a Call —se burló Jasper.

—¡Jasper! —le reprendió Tamara, pero, por una vez, a Call no le afectó lo que decía. Que Jasper se metiera con él era lo normal, y en ese momento, la normalidad era lo que más deseaba.

Pero no iba a ser así. Un grito cortó el aire, y luego otro, y otro. Alguien en el Collegium estaba gritando aterrorizado.

Tamara se puso en pie al instante. La barrita energética de Aaron salió volando. Alastair parecía horrorizado.

—¿Qué está pasando? —inquirió la señora Rajavi, volviéndose hacia los Maestros.

Call estaba en pie y corría hacia la puerta. Le dolía la pierna, pero no hizo caso al dolor; incluso así, no era tan rápido como los demás. Oía voces, gritos y alaridos, todos resonando desde un extremo del Collegium. Siguió a los otros, que corrían por el largo pasillo, cruzando otra sala para volver a la Sala de Guerra.

La habitación estaba llena de gente. Alguien seguía gritando. Era Kimiya. Con una mano se aferraba el vestido por delante, con la otra apuntaba hacia arriba.

Al otro lado del limpio vidrio, Call vio el agua que rodeaba el Collegium, resplandeciendo de un color verde azul sucio. Los bancos de peces habían desaparecido. Solo había agua, y flotando en el agua había un cadáver. Una chica, descalza y con un vestido medio enrollado al cuerpo, como algas. La corriente le arrastraba el oscuro cabello.

Tamara corrió hacia su hermana, pero Alex ya estaba rodeando a Kimiya con los brazos. Tenía una expresión de horror en el rostro.

—Jen —lloró Kimiya sobre la camisa de Alex—. Jen...

Call notó como si la sangre se le fuera transformando en hielo. El cuerpo en el agua se movió y se volvió, y Call vio dos cosas: primero, que había una largo puñal de hierro clavado en el pecho de la chica. Segundo, que su rostro le era conocido.

Era Jennifer Matsui, y alguien la había asesinado.



CAPÍTULO CINCO

Se oyó una fuerte explosión.

—¡Todo el mundo fuera! —ladró el Maestro Graves, que se había subido sobre la mesa de la Sala de Guerra. Tenía una mano alzada y brillaba fuego en ella—. ¡Ahora!

Bajo la luz azul, el rostro del Maestro Rufus se veía arrugado y demacrado. Call se preguntó si habría conocido a Jen Matsui y cómo sería para él ver a un alumno morir. Había sido el profesor de Constantine Madden, había visto morir a muchos alumnos. Se preguntó si uno se acostumbraba a eso. Por la expresión del Maestro Rufus, supuso que no.

Rufus alzó la mano con la palma hacia fuera. Una luz surgió de sus dedos e iluminó un camino hacia las puertas.

—Vamos —dijo con una voz que no admitía discusión. Los otros Maestros y varios miembros de la Asamblea se adelantaron y ayudaron a guiar a los invitados, asustados, sollozantes e histéricos, hacia el exterior de la Sala de Guerra.

La gente fue saliendo al corredor y luego al gran salón. Anastasia Tarquin estaba allí con varios Maestros, entre ellos el Maestro Taisuke. Comenzaron a dirigir a la multitud hacia la escalera que conducía al exterior. Call vio a Celia desaparecer por los escalones con sus madres y se preguntó si estaría bien. Alastair, que tenía la mano sobre su hombro, lo empujó en esa dirección e hizo un gesto a Aaron para que los siguiera.

Call miró hacia atrás y vio a Tamara sumida en una intensa conversación con sus padres y los DeWinter. La señora DeWinter no parecía estar muy contenta, ni tampoco los Rajavi. La expresión del señor DeWinter era rara, como si estuviera satisfecho pero no quisiera demostrarlo. La gente les pasaba por ambos lados al ir hacia la salida. Al parecer, los miembros de la Asamblea no tenían que obedecer las

órdenes.

—Ni siquiera nos hemos podido despedir de Tamara —le dijo Call a su padre.

—Ahora no —contestó Alastair, y le empujó con más fuerza—. Tenemos que salir de aquí antes de que...

—Alastair —llamó el Maestro Rufus—. Espera.

Alastair se detuvo. Call lo notó tensarse de rabia. Su padre se volvió lentamente y lo mismo hicieron Aaron y él. Las cuerdas flotantes se habían alzado, acordonándolos.

—No os podéis marchar sin más —dijo la Maestra Milagros—. Han atacado a Call y asesinado a Jennifer. Nuestros aprendices deben estar en algún lugar donde podamos mantenerlos a salvo.

—Dado que no podéis mantener a salvo a los chicos en una fiesta, creo que es mucho prometer que lo haréis en cualquier otro lugar solo porque vosotros estéis allí. —La voz de Alastair era glacial.

—La escuela comienza en tres días —recordó el Maestro Rufus—. Espero ver allí a los dos makaris, y lo mismo espera la Asamblea. Los mantendremos a salvo; tendrás que confiar en nosotros.

Alastair se volvió hacia Rufus y parte de la furia que Call recordaba del día de la Prueba de Hierro le iluminó el rostro.

—Ha pasado mucho, mucho tiempo desde la época en que confiaba en ti, Rufus —replicó Alastair—. Y mira lo que pasó entonces. —Alzó la mano y las cuerdas que los rodeaban se convirtieron en ceniza. Le saltaban chispas entre los dedos. Call miró a Aaron, sorprendido—. Infórmame cuando hayáis encontrado a la persona que ha hecho esto, porque hasta entonces confiaré en ti como en la peste. Vámonos, chicos.

Call y Aaron se apresuraron a seguirle mientras se dirigía a la escalera. Sorprendentemente, la gente se apartó para dejarle pasar, incluso los miembros de la Asamblea. Seguramente porque todos pensaban que era la persona que le había cortado la cabeza a Constantine Madden y parecía dispuesto a cortar algunas más.

Los chicos intercambiaron miradas de asombro mientras Alastair los conducía hacia los escalones.

—¡Esperad! —gritó Tamara, y corrió hacia ellos, arrastrando a Jasper como si fuera un perrito. Sus padres seguían donde los había dejado; habían apartado a Alex de Kimiya y estaban consolando a su hija ellos mismos—. Me voy con vosotros. Vamos los dos.

—¿Qué? —protestó Jasper—. ¡No! No creía que estuvieras hablando en serio. Tu hermana necesita un hombro sobre el que llorar y yo me he ofrecido voluntario. Se me dará mucho mejor que quedarme en algún agujero con Call y el raro de su padre...

Tamara le dio una fuerte patada y Jasper se quedó callado y de morros.

Alastair los miró sorprendido.

—Bueno, sois bienvenidos, pero no creo que tus padres te den permiso. Hace

mucho que los conozco y me sorprendería que te dejaran alejarte de su vista.

Tamara apretó la mandíbula, con la determinación dibujada en cada línea de su rostro.

—Tendremos que hacer turnos para vigilar a Call. Es lo que les he dicho, y han estado de acuerdo.

—¿Turnos? —preguntó Aaron.

—Alguien ha tratado de matarle —replicó Tamara—. Eso significa que no le podemos quitar el ojo de encima. Tiene que haber alguien vigilándole constantemente, las veinticuatro horas del día.

—¿Incluso cuando duerma? —preguntó Call.

Tamara le taladró con la mirada.

—Sobre todo cuando duermas —contestó—. Es cuando estás más indefenso.

A Call no le hacía ninguna gracia ese plan.

—¿Qué? ¡No! No quiero que Jasper me vea dormir, me pone los pelos de punta. ¡No quiero que nadie me vea durmiendo!

—Podemos hablar de eso más tarde —repuso Alastair—. Si queréis venir con nosotros, nos vamos ya.

Call miró a Aaron, pero este no prestaba atención a la discusión. Estaba mirando más allá de ellos, hacia el pasillo que daba a la Sala de Guerra, y hacia arriba, donde el cadáver de Jen flotaba. Call pensó en su despreocupado verano construyendo robots y saltando sobre los aspersores, y se preguntó si había sido un tonto al pensar que solo porque había engañado a los magos para que creyeran que las cosas habían cambiado, estas lo habían hecho de verdad.

—Vamos —le dijo Tamara a Aaron, tocándole en el hombro para llamar su atención y traerlo de vuelta al presente. Call dejó que su padre lo condujera hacia la escalera. Pasaron ante la mesa de las bebidas donde Jen le había pasado la nota, que ahora estaba volcada.

Cuando Alastair llegó a la escalera, hizo que Call se elevara en el aire y lo fue llevando rápida y fácilmente sobre los escalones. Lo logró de una forma distraída, sin esfuerzo, igual que había hecho arder las cuerdas de terciopelo, como si no estuviera prestando demasiada atención a lo que hacía. Call estaba anonadado. Su padre había evitado usar la magia durante tanto tiempo que no creía que recordara cómo hacerlo.

Llegaron a lo alto de la escalera, y Alastair, con cuidado, hizo bajar a Call. Luego comenzó a avanzar por el malecón delante de los cuatro chicos, de vuelta a donde había aparcado el coche.

Acababan de pasar la extraña estatua gigante de Poseidón cuando Jasper se fijó en el Rolls-Royce Phantom de Alastair. Lanzó un largo silbido de admiración que acabó de golpe, con un sonido estrangulado, al darse cuenta de que el coche que estaba admirando pertenecía al padre de Call.

—¿No es lo que te esperabas? —le preguntó Call mientras Alastair abría la puerta para que entrasen en el espacioso asiento trasero.

Por una vez, Jasper no tuvo nada que decir. Se subieron al coche en silencio y Call se sentó delante con su padre. Mientras se apartaban de la acera, miró hacia atrás y vio a un grupo de magos al borde del océano, cerca de la entrada del Collegium. Uno de ellos fue hacia el agua y desapareció.

—Magos del agua. Van a recuperar el cuerpo de la chica —explicó Alastair en un tono sombrío.

Call apartó la mirada. Costaba creer que la alegre Jen, que había bromeado con él mientras le entregaba el mensaje, a la que Jasper había querido conocer, estuviera muerta. Esa tarde se habían reunido para celebrar el final de la guerra y, de algún modo, eso hacía que todo pareciera mucho más grotesco. ¿Podría haber paz, pensó Call, cuando el Enemigo de la Muerte no estaba muerto?



Llegaron a casa, y Alastair consiguió encontrar suficientes almohadas y mantas para todos. Aaron cedió su catre militar para que Tamara pudiera dormir en el estudio. Jasper se hizo con el sofá, aunque se quejó amargamente de que no se desplegaba y acusó a *Estrago* de llenarlo de pulgas. Call, que sabía perfectamente que *Estrago* no tenía ni una pulga, volvió a odiar a Jasper. Aaron cogió un montón de mantas, improvisó una cama en el suelo a los pies de la de Call y se puso a dormir.

Él también estaba casi dormido cuando oyó que llamaban a su puerta. Era Tamara, un poco avergonzada.

—¿Tienes algo con lo que pueda dormir? —preguntó—. Solo llevo esto —indicó su vaporoso vestido—, y sí, seguramente no debería...

Call se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Ojalá tener una mejor amiga no fuera tan complicado. Debería ser igual que con Aaron. No debería importar que Tamara fuera una chica. Sin embargo, se sentía torpe y estúpido mientras buscaba en el cajón de las camisetas hasta encontrar una muy grande en la que ponía BIENVENIDO A LAS CAVERNAS LURAY en letras amarillas fosforescentes. Se la pasó en silencio.

—Gracias —dijo Tamara—. La lavaré y te la devolveré...

—Da lo mismo, puedes quedártela...

—Y... Call...

—Quiero decir que de todas formas nunca me la pongo, me va muy grande y...

—Call —repitió Tamara, mirándolo con ojos serios—. Vamos a mantenerte a salvo, ¿de acuerdo?

Deseó poder creerla.

—De acuerdo —respondió.



Al día siguiente se sentaron en el patio, Tamara de nuevo con su vestido amarillo y Jasper en una extraña mezcla de ropa de Call y suya. Era un día brillante y soleado, y Alastair les había preparado limonada en polvo, a la que Tamara estaba mirando de reojo. Call sospechaba que no tenía muy buena opinión de las cosas reconstruidas. Jasper contemplaba con desdén el pequeño patio y la hierba demasiado crecida.

Alastair no parecía darse cuenta. Estaba sentado sobre una piedra, trabajando en un despertador roto. Aunque en la actualidad hubiera despertadores digitales y teléfonos móviles, la gente pagaba bastante por teléfonos antiguos y otros trastos arreglados para que funcionaran bien.

—Entonces, ¿qué quiere decir? —preguntó Tamara—. Si alguien está intentando matar a Call porque es el... —Tragó saliva.

—¿Enemigo de la Muerte? —aportó Jasper.

—No creo que sea una buena idea ir por ahí diciendo «Enemigo de la Muerte» —repuso Aaron—. Deberíamos usar un nombre en clave. Como Capitán Carapez.

Estrago ladró. Call estuvo de acuerdo con él en que era una tontería de nombre.

—¿Por qué Capitán Carapez?

—Bueno, tienes un aspecto un poco escamoso —contestó Jasper—. Además, nadie se imaginará nunca lo que queremos decir porque es un nombre que no asusta nada.

—Vale, lo que sea —cortó Tamara, con un tono que parecía indicar que todo eso era una pérdida de tiempo—. ¿Quién puede saber que Call es el Capitán Carapez?

—¡Me niego a que me llaméis eso! —exclamó Call—. Sobre todo en vista de los últimos acontecimientos.

Tamara gruñó como si esa conversación le estuviera fastidiando más de lo que le estaba fastidiando a él.

—Muy bien, ¿y cómo quieres que te llamemos?

—¿Qué os parece Comandante Cabezahueca? —propuso Aaron. Jasper soltó una carcajada, escupiendo la limonada.

Call apoyó la cabeza entre las manos y respiró hondo, aspirando los olores del verano: el perfume de la tierra caliente, la hierba, el aceite de motor. No podía ganar; acabaría con un nombre estúpido hiciera lo que hiciera.

—Me quedo con Capitán Carapez.

—Bien —zanjó Tamara, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y ahora podemos hablar de quién podría saber lo de Call?

—Su padre —contestó Jasper, y todos miraron a Alastair, que seguía a lo suyo. Estaba silbando una alegre tonada un poco desafinada.

—Mi padre no está intentando matarme —protestó Call. Un año antes, no hubiera estado tan seguro, pero en ese momento, sí—. Y tampoco creo que seáis ninguno de vosotros. Ni siquiera tú, Jasper. ¿Quién más queda?

—¿Se lo hemos dicho a alguien? —preguntó Tamara, mirándolos a todos.

—¿A quién se lo iba a decir? —soltó Jasper, y luego palideció bajo la prolongada

mirada de los otros tres—. ¡No! ¿Vale? ¡No se lo he dicho a nadie! Es un secreto demasiado importante, y yo también me metería en problemas.

—Yo tampoco he dicho nada —contestó Aaron.

Tamara suspiró.

—Ni yo. Pero tenía que preguntarlo. Muy bien, entonces queda el Maestro Joseph. Tiene que estar muy furioso con Call.

—Creía que le necesitaba —repuso Jasper—. ¿No es el Capitán Carapez la única razón de su existencia?

Aaron sonrió de medio lado.

—Creo que esperaba o que Call fuera mucho más obediente de lo que es, o poder usarlo para recuperar al Capitán Carapez con todos sus recuerdos intactos.

Call, que pensaba más o menos lo mismo, se estremeció.

—Puede que me culpe de la muerte de Drew.

—Seguramente me culpa a mí también —añadió Aaron—. Si eso hace que te sientas mejor.

Drew había sido el hijo del Maestro Joseph. Había ido al Magisterium, haciéndose pasar por un alumno normal, pero con el propósito de acercarse a Call. También había ayudado a su padre a raptar a Aaron y a colgarlo sobre una jaula que contenía a un elemental del caos. El mismo elemental del caos que, irónicamente, acabaría matando a Drew. Pero Call tenía que admitir que él también había tenido algo que ver con eso.

—Muy bien —dijo Tamara—. El primero de nuestra lista de sospechosos: el Maestro Joseph.

Call meneó la cabeza.

—No sé. Si quisiera matarme, ¿no emplearía el Alkahest? Y, bueno, tampoco creo que esté dispuesto a rendirse todavía. Intentó salvarme cuando estábamos en la tumba. Creo que aún tiene la esperanza de que vaya a volverme... más como el Capitán Carapez.

—¿Y qué hay de Warren? —preguntó Aaron. Todos le contemplaron durante un largo momento.

Call lo miró del mismo modo que Tamara había mirado la limonada.

—¿Crees que un lagarto me está intentando matar? ¿Y que él escribió la falsa nota de Celia?

—¡Es un elemental! Y estaba al servicio del Devorado que nos soltó aquella profecía macabra. —Aaron suspiró—. Vale, es una teoría bastante cogida por los pelos...

—No pasa nada —le apoyó Tamara—. Tenemos que pensar sin prejuicios. Por muy raras que sean, tenemos que poner todas nuestras ideas sobre la mesa. O al menos, sobre este trozo de hierba.

—No tenemos sospechosos —concluyó Call—. No tenemos ideas. Ni siquiera sabemos por qué iban a por mí. Quizá porque soy un makaris. Tal vez no haya tenido

nada que ver con el Capitán Carapez. Es posible que la persona que intentó aplastarme con la lámpara fuera la misma que soltó a Automotones para que nos matara.

—Eso es lo que van a suponer los magos. —Tamara suspiró—. Y supongo que podría ser verdad.

—Tendremos que hacer piña —dijo Aaron, sonriendo hacia el cielo azul—. Y vamos a resolver esto. Somos héroes, ¿no? Tenemos medallas. Podemos hacerlo.

Al cabo de un rato, Call sacó una baraja de cartas y jugaron un par de rondas de un juego en el que tenían que darse en las manos los unos a los otros. Hablaron sobre la vuelta al Magisterium y lo que esperaban conseguir ese curso. *Estrago* persiguió varias abejas, tratando de cazarlas con los dientes hasta que se fueron zumbando perezosamente más allá de su alcance. Por la tarde, Stebbins llegó con las maletas de Tamara y un mensaje de sus padres que solo podía comunicarle en privado. Jasper llamó a su casa desde uno de los teléfonos de cromo restaurados e informó tristemente a su familia de que podían enviar sus cosas directamente al Magisterium. Call se preguntó si había tratado de convencerlos de que le retiraran el permiso para estar allí. También se preguntó si sus padres le habrían obligado a ir con ellos desde el principio, pero apartó rápidamente esa idea.

—¿Qué estás mirando? —soltó Jasper, malhumorado, al ver a Call mirándole.

—Nada —contestó. Jasper era la última persona de la que tenía que preocuparse.

Esa noche, Alastair asó unos bistecs en la barbacoa y los comieron fuera, sobre platos de papel, acompañados de maíz con mantequilla, guisantes y trozos de sandía fría. Tamara le tiró sandía a Aaron, y se le metieron pepitas bajo la camisa. *Estrago* se le subió encima a Jasper cuando este se negó a darle un trozo de carne. Hicieron turnos para ver quién lograba que bailaran las chispas sobre los carbones de la barbacoa. Fue casi como una fiesta, excepto por el espectro de la muerte de Jen, que les impedía reír demasiado fuerte u olvidar durante mucho rato que ellos podían ser los siguientes.



Dos días después, Alastair los llevó a todos al Magisterium en el coche. Call iba en el asiento de delante, mirando por la ventana, mientras Aaron echaba una cabezada en el asiento trasero. Tamara escuchaba música en su móvil y Jasper estaba leyendo el último cómic que había encontrado en la habitación de Call y que lo tenía obsesionado. *Estrago* iba tumbado sobre sus regazos y dormía profundamente.

—Si quieres volver a casa, me lo dices —le dijo Alastair a su hijo la que debía de ser la millonésima vez—. Ya has hecho bastante. Sabes mucha magia, la suficiente para controlar tus capacidades. No necesitas el Magisterium.

Call recordó cómo Graves había insistido en que el Maestro Rufus tenía que pasar informes a la Asamblea sobre Aaron y él. También recordó todas las menciones que

habían hecho a los países en los que mataban, o les ataban la magia, a los magos con la capacidad de controlar el caos, y eso a pesar de que la fiesta era supuestamente en su honor. Cuando Constantine Madden vivía, los makaris habían sido lo más. Eran armas que se necesitaban desesperadamente. Representaban el fin de la guerra. Pero con Constantine muerto, Aaron y Call solo eran un recordatorio de la guerra y de lo que podía volver a ocurrir. Dudaba que le permitieran dejar el Magisterium, por mucho que Alastair lo creyera.

—No pasa nada, papá —repuso Call—. Estaré bien.

A medida que se acercaban, las carreteras se fueron haciendo más estrechas y retorcidas. No había ninguna indicación: solo los que sabían dónde estaba el Magisterium podían llegar a él. Muchas veces, Call se había preguntado qué tipo de magia impedía que los excursionistas y la gente de los pueblos cercanos se toparan casualmente con él. Algo de magia avanzada, supuso. Tendría que ver con la tierra. El bosque que se extendía a ambos lados de la carretera era muy espeso. No pudo evitar pensar en la Orden del Desorden; era evidente que la Asamblea conocía su existencia y la toleraba, pero Call no acababa de entender por qué.

Se oyó un pitido por delante, lo que le hizo volver a prestar atención a la carretera. Entraron en un claro donde ya estaba aparcado el autocar de la escuela. Los alumnos bajaban en tropel, con sus maletas y bolsas de viaje. La verja principal estaba abierta: Call pudo ver a varios magos en su sombrío hábito negro, y a varios alumnos que ya llevaban puesto el uniforme, rojo, blanco, azul, verde o gris, y se mezclaban con chicos que acababan de llegar, aún con vaqueros y camiseta.

Aaron se despertó, y Jasper, Tamara y él empezaron a empujarse para asomarse por las ventanillas cuando reconocían a sus amigos de los otros cursos. Celia les lanzó una tímida sonrisa mientras atravesaba la verja con Gwenda, que formaba parte del mismo grupo de aprendices que Jasper. Alex Strike estaba hablando con Anastasia Tarquin, que acababa de aparcar su Mercedes blanco junto al autocar de la escuela. Call había visto ese coche antes: el año anterior, Anastasia había ido con él a recoger a Alex a casa de los Rajavi. Casi se había olvidado de que era la madrastra de Alex.

Anastasia salió del coche, tan elegante como siempre en un traje pantalón blanco. Alex le hacía gestos y parecía enfadado. En ese momento, una furgoneta negra aparcó junto a ellos. Se abrió la puerta trasera y saltaron fuera dos musculosos jóvenes, para delicia de muchas de las alumnas del Magisterium. Comenzaron a cargar grandes muebles hacia la verja: un escritorio, una lámpara y un sofá blanco immaculado.

—¿De qué va eso? —se preguntó Alastair en voz alta mientras salían del coche. Call se estiró para desentumecerse los músculos, y lo mismo hizo *Estrago*.

—La Asamblea ha enviado a Anastasia a la escuela para que vea cómo van las cosas —explicó Alex, que había dejado a su madrastra y se había acercado a ellos para saludarles. Chocó los cinco con Call y Aaron, y sonrió a Tamara—. Se va a instalar en el antiguo despacho del Maestro Lemuel. Se toma todo este asunto muy en

serio y, bueno, siempre se pasa con el equipaje.

—¿Va a buscar al espía? —preguntó Alastair.

—Creo que no podemos hablar de eso —contestó Alex, y lanzó una mirada preocupada a Jasper—. Quiero decir, se supone que nadie debe saberlo.

Alastair alzó las cejas.

—Pues menos mal que está siendo muy discreta.

Alex miró a su madrastra, que estaba supervisando el traslado de varios arcones a las cuevas. Estaban cubiertos con anticuados sellos de lugares lejanos: México, Italia, Australia, la Riviera Francesa, la Provenza, Cornualles.

—Su tapadera es que está aquí para asegurarse de que todo va bien durante la caza de animales caotizados del bosque.

Call puso la mano sobre *Estrago* con un gesto que esperaba que le tranquilizara. *Estrago* lo miró y comenzó a mover la cola. Call notó una repentina rabia ante la idea de que alguien quisiera hacerle daño.

«Más les vale que no lo intenten», pensó.

Alastair se volvió hacia él.

—Si cambias de idea, ya sabes cómo encontrarme —dijo. Luego le abrazó con tanta fuerza que Call temió por sus costillas.

—Adiós, papá —chirrió. Incluso aunque le había abrazado demasiado, era la primera vez que a su padre no parecía importarle que estudiara en el Magisterium. Era una sensación genial.

Tamara se había ido con Kimiya y se estaban riendo juntas. Jasper se había unido a Celia y Gwenda. Solo le esperaba Aaron. Le sonrió de medio lado, y Call se preguntó si sería muy duro para él estar siempre con las familias de los otros.

—Dame eso —dijo Aaron mientras se colgaba la bolsa de Call del hombro y cogía su propio equipaje con la otra mano. Comenzó a caminar hacia la puerta de la escuela y no parecía que el peso le molestara. Call fue tras él, con la pierna agarrotada por el viaje, y pensó en todas las diferentes maneras en las que la vida no era justa.

Las cavernas eran húmedas y frescas. El agua goteaba de las quebradas estalactitas hacia las estalagmitas de abajo, que parecían velas medio derretidas. Cortinas de mineral de yeso colgaban del techo, como si fueran pancartas y banderines de alguna fiesta olvidada hacía mucho. Call pasó bajo todo eso, más allá de las húmedas estalagmitas y las pozas brillantes de mica donde nadaban pálidos peces. Estaba tan acostumbrado a verlo que ya no lo encontraba especialmente inquietante. Solo era el sitio donde iba a la escuela; le resultaba tan familiar como lo habían sido los portazos de las taquillas y el chirrido de sus zapatillas de deporte sobre el suelo del gimnasio tres años antes.

Se preguntó si vería a *Warren*, asesino en potencia, y si este tendría algo inquietante que decirles, pero el pequeño lagarto no apareció por ninguna parte.

Call usó su muñequera, con todas las nuevas piedras, para entrar en sus habitaciones. Aaron dejó el equipaje en el sofá con un gruñido que hizo que Call se

sintiera un poco mejor con su propia capacidad y un poco más culpable de la generosidad de Aaron. La habitación le pareció más pequeña que el año anterior y tardó un momento en darse cuenta de que era porque él había crecido y no porque la sala se hubiera encogido.

La puerta se abrió y entró Tamara, arrastrando sus maletas.

—¡No sabía dónde os habíais metido! ¡Os habéis ido sin más! —protestó. Lo que no era nada justo, porque había sido ella la que se había alejado, pensó Call. Tamara se dirigió a Aaron—. ¡Y tú se supone que no debes dejar solo a Call!

—No lo he hecho —indicó Aaron.

—Umm —soltó Tamara antes de irrumpir en su dormitorio.

Call fue al suyo y lo notó frío, polvoriento y falto de uso, como estaba siempre al principio del curso. Abrió su bolsa de viaje y se puso el uniforme: el azul del tercer curso. Se cerró bien la muñequera y se miró en el espejo del armario. Antes era tan bajo que podía verse por completo en el espejo; en ese momento lo sobrepasaba y tuvo que agacharse.

Volvió a la sala y encontró a Aaron y a Tamara esperándolo, ya vestidos de uniforme. Después de prometer a *Estrago* algunas sobras, se dirigieron al comedor. Todos excepto los alumnos del Curso de Hierro, que llegaban directos de la Pruebas y normalmente comían en su habitación, correteaban entre las mesas y escogían entre las opciones culinarias. El menú de esa noche era una pasta de color liliáceo, grandes setas cortadas que parecían trozos de pan untados con una pasta amarilla y tres tipos diferentes de líquenes: verde brillante, marrón y rojo oscuro. Call se puso de todo en el plato, además de una taza de un líquido con una fina capa de algas flotando encima.

Se le hacía raro que el líquen le resultara tan delicioso. Se lo fue comiendo como si estuviera muerto de hambre mientras pensaba si sería posible que el líquen tuviera algún objetivo siniestro, como lavarle el cerebro para que comiera tanto que llegara a convertirse en una forma de vida basada en el líquen. ¿Podía pasar eso? Miró con recelo la siguiente cucharada antes de metérsela en la boca.

Jasper se sentó a su lado, como si fueran amigos o algo así.

—Y bien, ¿cuál es el plan?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Call.

—Oh, déjalo —soltó Jasper poniendo los ojos en blanco, y se volvió hacia Tamara—. Ni siquiera sé por qué me molesto en preguntarle nada. ¿Qué plan hay?

—No podemos hablar aquí —contestó ella, inclinándose hacia delante y bajando la voz. Call se fijó en que aún se le notaba el corte bajo el ojo, una fina línea roja. Cada vez que lo veía, recordaba los dedos de ella en su chaqueta, empujándolo para salvarlo. Pensó en lo mucho que le debía.

Debía mucho a todos sus amigos. Y no tenía ni idea de cómo podría pagarles.

Aaron, que había estado hablando con Rafe, otro alumno del Curso de Bronce, sobre los robots que habían construido ese verano, pareció notar que pasaba algo

importante y dejó la conversación para unirse a ellos.

—Mañana —decidió Tamara—. Después de la cena nos encontraremos en la biblioteca. Entonces podremos organizarnos.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Celia mientras se sentaba frente a Call con el plato lleno de pasta liliácea—. ¿Pasa algo?

—¡No! —exclamaron Aaron y Jasper al unísono.

—Claro, como que eso no suena sospechoso ni nada. —Se levantó—. Si no queréis que me sienta aquí, solo tenéis que decirlo. Me iré a otro sitio...

Call se puso en pie de golpe.

—No —dijo antes de pensar en cómo iba a convencerla para que se quedara—. Solo estábamos hablando de la Galería. Pero no hemos decidido ir. Pero podemos. Ir, me refiero.

—¿Me estás pidiendo que vaya a la Galería contigo? —inquirió Celia con una expresión ilegible. La Galería era donde iban dos personas cuando estaban...

«Una cita. Está hablando de una cita. Piensa que le estoy pidiendo una cita».

—¿No... no lo sé? —balbuceó Call.

—Bueno, entonces quizá deberías averiguarlo —replicó ella; sacudió su rubia melena y se fue a sentar con Rafe, Kai y Gwenda.

—El guante está en tu campo, colega —dijo Jasper en cuanto Celia no pudo oírlo.

—Estás mezclando las metáforas —replicó Call—. Me das dolor de cabeza.

—¿Podemos hablar sobre salvarle la vida a Call en vez de arreglarle sus asuntos amorosos? —soltó Tamara, harta—. Hasta mañana por la noche, uno de nosotros se quedará con él. Seguramente tendremos que ser Aaron o yo, porque si eres tú, Jasper, todo el mundo lo verá muy raro, ya que no lo aguantas.

—Claro que sí —dijo Aaron, sorprendido—. Somos todos amigos.

—Lo que sea —repuso Tamara—. Mañana, después de la cena, en la biblioteca. Traed buenas ideas. —Miró hacia otro lado—. Alex Strike me está llamando. Volveré enseguida. —Se levantó y cogió a Aaron por la manga—. Ven. Seguramente te quiere saludar.

—¿Qué...? —comenzó a decir Aaron mientras Tamara hacía que se levantase y lo arrastraba hasta la mesa donde estaban sentados Alex, Kimiya y otros alumnos del Curso de Oro. Formaban un grupo triste. Call no podía culparlos. Perder a una amiga de esa manera...

—Bueno, ¿te gusta Celia o no? —preguntó Jasper, mordisqueando un trozo de líquen. Se había hecho un elegante corte de pelo antes de la ceremonia, y un mechón de cabello le caía sobre los ojos.

—¿Y por qué eso es asunto tuyo? —preguntó Call.

—Quizá yo le pida una cita. ¿No se te había ocurrido?

No, no se le había ocurrido. Lo miró con ojos como platos.

—Haz lo que quieras —dijo finalmente.

—Entonces, supongo que no te importa. —A Jasper le brillaron los ojos, divertido

—. ¿Quizá sea porque te gusta Tamara?

—Jasper...

—¿Y bien? ¿Te gusta Tamara?

—Es mi mejor amiga —contestó Call apretando los dientes.

—Eso no significa nada. —Jasper hizo rodar el tenedor entre los dedos—. Hay muchos aprendices del mismo grupo que se gustan. Mira a Kimiya y Alex Strike. O, ya sabes, Celia y yo. Podría gustarte Tamara...

—¿Y eso qué importa? —explotó Call, sorprendiéndose a sí mismo. Miró furioso a Jasper y bajó la voz—: ¿Es que no te enteras? No importa. Ella siempre preferirá a Aaron.

Jasper abrió mucho los ojos.

—Guau —exclamó—. Parece que he metido el dedo en la llaga.

A Call le daba vueltas la cabeza. Entre la gente, podía vislumbrar a Aaron y a Tamara volviendo hacia ellos. Riéndose, como siempre.

—Lo que acabo de decir... —miró fijamente a Jasper— no lo cuentes.

Jasper se recostó en su silla.

—No te preocupes, Callum —replicó con una mueca irónica—. Guardaré todos tus secretos.



CAPÍTULO SEIS

Ese primer día dieron clase fuera, bajo el brillante sol, sentados sobre un semicírculo de piedras. El Maestro Rufus consideraba que, ya que la Asamblea iba a empezar a merodear por el bosque, tenían que estar fuera del Magisterium todo lo que pudieran hasta que eso ocurriera. Call echaba de menos el frescor de las cuevas. En poco tiempo, el sudor le empapó la camisa. Hasta tuvo la sensación de que se estaba quemando la cabeza. A Aaron se le pusieron rojas las mejillas y la nariz, y Tamara se había colocado una de sus libretas de sombrero.

—Bienvenidos al Curso de Bronce del Magisterium —comenzó el Maestro Rufus, caminando ante ellos, con la calva brillándole—. Quizá no seáis el grupo que me ha causado más problemas de todos los que he tenido, pero estáis cerca. Este año intentaremos darle un enfoque algo diferente.

Teniendo en cuenta que el Maestro Rufus se refería a un grupo de aprendices que había incluido al propio Capitán Carapez, lo que decía no era poca cosa.

—¡Nos han dado una medalla! —exclamó Tamara, y recibió una severa mirada por interrumpirle. Aun así, continuó—: Somos lo opuesto a los problemas.

Las cejas del Maestro Rufus hicieron algo complicado en su rostro, alzándose y agitándose al mismo tiempo.

—De todas formas, intentemos asegurarnos de que no rapten a nadie, o de que no desaparezcáis en misiones de rescate, o de que no adoptéis más animales caotizados, o de que no abandonéis la escuela por ninguna razón.

Ninguno de ellos pudo replicar a eso.

—Este año aprenderemos «responsabilidad personal». Quizá penséis que no va a ser una lección especialmente mágica, pero este es el curso en el que Constantine comenzó sus experimentos con el Maestro Joseph, para tratar de descubrir el camino

hacia la inmortalidad. Es el curso en el que dejáis atrás lo general y comenzáis a especializaros, así que queremos asegurarnos de que cada uno de los alumnos, y en especial Call y Aaron, piense en todo lo que implican esas especialidades. Es un objetivo válido preguntarse cuáles son los límites de la magia del caos. Pero es una irresponsabilidad y una maldad emplear métodos que ponen vidas en peligro para descubrir esos límites. Como en todas las escuelas, siempre nos interesa aprender, investigar, extender los límites del conocimiento. Pero debemos hallar el equilibrio entre eso y nuestra obligación de proteger el mundo, incluso de nosotros mismos.

»Y —continuó el Maestro Rufus— quiero que recordéis que, en los años anteriores, habéis atravesado las puertas de la magia antes de tiempo. Lo que eso debería enseñaros no es que sois mejores que otros alumnos, sino que las puertas de la magia se abren cuando un alumno está preparado, no antes. Si no aprendéis las lecciones del Curso de Bronce, os quedaréis en él hasta que así sea.

Call miró a Aaron y Tamara. Parecían tan chafados como él. No estaba seguro de cómo podían aprender en la escuela nada de lo que decía el Maestro Rufus. Sin embargo, también era posible que el cerebro se le estuviera friendo con el sol.

—Una cosa más —añadió Rufus—. Sobre el espía en el Magisterium. Tamara, no sé si he hablado contigo directamente sobre esto, pero estoy seguro de que Call y Aaron ya te lo habrán contado, así que no vamos a incomodarnos mutuamente fingiendo que no lo sabes. Tienes todo el derecho a saberlo. Sin embargo, insisto, ¡insisto!, en que no intentéis capturar al espía. Dejádnoslo a nosotros.

Nadie dijo nada.

El Maestro Rufus se puso aún más serio.

—¿Me habéis entendido?

Call asintió.

—Claro —respondió Aaron.

—De acuerdo —asintió Tamara.

Eran las respuestas menos convincentes que Call había oído nunca. No estaba seguro de si el Maestro Rufus se lo había creído o simplemente se había cansado de insistir, pero asintió y dijo:

—¡Bien! Ahora creo que nuestra primera lección debería ser sobre el elemento agua y cómo equilibrarlo con el aire para poder respirar bajo el agua. Conozco un lago en el que podemos practicar.

Call se levantó de un salto, contento con la idea de refrescarse. Pero cuando comenzaron a caminar, recordó el cadáver de Jen flotando en el océano y se preguntó si habría alguna razón por la que el Maestro Rufus había querido comenzar con esa lección en particular.

A pesar de sus temores, pasaron un día agradable flotando en las aguas poco profundas de un lago cercano a la escuela. El Maestro Rufus les dio unos amuletos llenos de aire para que los sujetaran y extrajeran fuerza mientras estaban sumergidos. En los primeros intentos, Call no pudo concentrarse y subió a la superficie boqueando

y ahogándose. Aaron no lo hizo mejor, pero Tamara no parecía tener dificultad.

Finalmente, frustrado, Call agarró el amuleto y se fue sumergiendo hacia la parte honda del lago. Siempre le había gustado nadar; en el agua la pierna no le dolía. Dejó los ojos abiertos. El lago tenía mucho limo, pero era fresco; vio pececitos nadando velozmente entre las plantas que se agitaban en la suave corriente, y a Tamara y Aaron como unas formas borrosas entre el agua.

Por alguna razón, pensó en su padre. Entre los recuerdos del Maestro Joseph, había visto a Alastair escalando la ladera de un enorme glacial para llegar al lugar de la Masacre Fría, donde el Enemigo de la Muerte había asesinado a docenas de magos indefensos. Alastair estaba escalando para llegar junto a su esposa y su hijo bebé, empleando la magia del agua para formar agarraderos en la pared del glacial donde cogerse y apoyar los pies. Debió de ser agotador. Debió de parecerle imposible.

Comparado con eso, lo que Call estaba haciendo no era nada.

Agarró el amuleto con tanta fuerza que le pareció que lo iba a partir.

«Aire», pensó. Aire a su alrededor. Había aire en el agua, todos los elementos en uno: fuego y tierra, aire y agua. «Todos son lo mismo, no cuatro, ni dos, ni tres, sino uno».

Abrió la boca y aspiró.

Fue como aspirar aire húmedo y pantanoso. Se atragantó un poco y dejó que su cuerpo flotara hacia arriba mientras el aire le llenaba los pulmones. La segunda inhalación fue más fácil, y a la tercera y la cuarta ya estaba respirando con normalidad. En el fondo del lago, respirando con normalidad. Entusiasmado, tiró el amuleto y nadó hacia arriba; rompió la superficie gritando de alegría.

—¡Lo he hecho! —gritó—. ¡He respirado bajo el agua!

—¡Lo sé! —exclamó Tamara, cortando el agua—. ¡Te he visto!

—¡Guauuu! —chilló Aaron. Golpeó la superficie del lago, levantando un chorro de agua—. ¡Eres el amo!

—Eh, todo somos el amo —protestó Tamara, mientras Call comenzaba a nadar en círculos, se hundía para respirar y volvía a subir. Salpicó agua y sonrió.

A veces la magia era realmente tan maravillosa como había esperado secretamente que lo fuera.



Esa noche eran los únicos en la biblioteca: Tamara, Call, Aaron y Jasper, apiñados alrededor de una mesa iluminada por un lámpara hecha con la concha de un enorme caracol marino. Hablaban en voz baja; el sonido tendía a crear eco en la enorme estancia espiral de piedra.

—Entonces, la cuestión es si la persona que trató de matar a Call en la ceremonia está aquí, en el Magisterium —dijo Tamara, mientras ordenaba unos papeles—. He hecho una lista de todos los que estudian o enseñan aquí, además de los miembros de

la Asamblea que pueden entrar y salir.

Jasper se inclinó para mirar la lista.

—Tú no estás —dijo.

—¡Claro que no! —Tamara se sonrojó—. Yo no intenté matar a Call.

—Kimiya tampoco está —continuó Jasper—, ni Aaron.

—Porque ellos no quieren matar a Call.

—Eso no lo sabes —replicó Jasper—. La lista debería ser objetiva. Yo también debería estar.

—Créeme —dijo Tamara—. Tú estás.

Jasper hizo una mueca.

—Bien.

—Mirad, ya sé que solemos meter las narices donde no nos llaman —les interrumpió Call—, pero quizá esta vez no deberíamos intentar coger al espía. El Maestro Rufus dice que tienen algún tipo de plan, y la madrastra de Alex está aquí y se supone que va a tenderle una trampa. Tal vez deberíamos dejárselo a ellos.

Todos miraron a Call como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Acaso has bebido demasiada agua del lago? —preguntó Aaron finalmente—. No dirías eso si fuera uno de nosotros el que estuviera en peligro.

—Míralo así —añadió Jasper—. Si la misma persona que soltó a Automotones fue quien intentó tirarte la lámpara encima, entonces cualquiera que esté contigo tiene tantas posibilidades de acabar muerto como tú. Así que, por mi propia seguridad, quiero ocuparme de esto.

Call no podía contradecir la lógica de ese argumento.

—He estado pensando —dijo Tamara— que tenemos que entrar en los túneles donde retienen a los grandes elementales. Quizá entonces consigamos averiguar quién tenía acceso a Automotones y cómo lo liberaron. Podemos emplear esta lista y ver si alguien de aquí estuvo allí abajo; deben de tener algún registro de visitantes o de quién puede entrar.

—¿Eso no lo habrán hecho ya los magos? —preguntó Aaron.

Tamara se encogió de hombros.

—Incluso si lo han hecho, no nos darán los nombres, así que es un punto del que podemos partir para ir eliminando sospechosos.

—Alguien se ha pasado todo el verano releyendo los misterios de Nancy Drew —se burló Jasper.

Tamara le sonrió mostrándole los dientes.

—Y alguien va a recibir un puñetazo en toda la cara.

—¿Tienes alguna idea mejor? —preguntó Aaron—. Porque si no, no critiques.

—¿Y si Call se pone como cebo? —sugirió Jasper—. Quiero decir, ¿por qué perder tiempo y hacer todo ese trabajo cuando podemos lograr que el asesino se descubra a sí mismo? Hacemos que todos sepan que Call va estar solo en algún lugar remoto, y cuando el asesino aparezca para acabar con él, podemos saltar sobre...

—Eh, espera un momento —le interrumpió Call—. Esa idea es estúpida.

—Creía que no debíamos criticar —replicó Jasper, con una sonrisa de satisfacción—. Yo creo que es un plan que no puede fallar.

Tamara negó con la cabeza.

—¡Call podría morir!

—Pero cazaríamos al espía —concluyó Jasper, y luego hizo una mueca de dolor cuando recibió una salvaje patada por debajo la mesa—. ¿Qué? ¡No todos los planes tienen esa clase de garantía!

—Probemos primero la idea de Tamara —propuso Aaron, y se puso en pie, bostezando—. Mañana, después de las clases, reunámonos de nuevo. Podemos mirar los mapas del Magisterium y ver si logramos averiguar dónde retienen a los elementales. Esta noche haré el primer turno. Tamara, Call, vosotros dormid un poco.

—Nos vemos entonces, pardillos —se despidió Jasper. Se marchó de la biblioteca subiendo de dos en dos los escalones de la escalera de caracol.

Call quiso protestar diciendo que no era necesario que nadie se quedara despierto, vigilando, pero sabía que no le harían ningún caso. Se puso en pie suspirando, y siguió a Tamara y Aaron de vuelta a sus habitaciones.

Sin embargo, a medio camino se paró de golpe.

—¡Ya sé quién podría llegar hasta los elementales! —exclamó—. ¡Warren!

Al fin y al cabo, el pequeño lagarto era un elemental del fuego y, aunque no podían fiarse totalmente de él, conocía el Magisterium, quizá mejor que nadie. Ya los había guiado por el laberinto de corredores otras veces. Vale, había sido para llevarlos ante un elemental más poderoso y siniestro, pero aun así, tampoco había pasado nada tan terrible.

Además, el año anterior habían salvado la vida a *Warren*. El Maestro Rufus había preparado una prueba para que Aaron demostrara que poseía la magia del caos: en ella, tenía que enviar al lagarto al vacío. Call no sabía a ciencia cierta lo que les pasaba a las cosas cuando el vacío se las tragaba, pero estaba bastante seguro de que no sobrevivían. Así que había ayudado a Aaron a hacer un truco que había permitido al lagarto escapar. Consideraba que *Warren* estaba en deuda con ellos.

—Vamos —dijo y dio media vuelta en mitad del pasillo—. Por aquí.

Cuanto más tiempo anduviera por ahí el espía, más tiempo estarían sus amigos pendientes de él por si pasaba algo. No le gustaba nada. No quería que estuvieran despiertos mientras él dormía. No quería que corrieran peligro. Si se podía hacer algo, lo quería hacer inmediatamente.

—¿Adónde vamos? —protestó Tamara mientras volvían por donde habían ido—. ¿De vuelta a la biblioteca?

El pasillo se dividía en dos. Call cogió el de la izquierda. Recordó que, cuando acababa de llegar al Magisterium, pensó que nunca llegaría a aprenderse los túneles, el laberinto de corredores que se extendía bajo la montaña. Pero los había aprendido, y los caminos de los niveles superiores del Magisterium ya le resultaban tan

conocidos como las calles de su pueblo.

—¿Vamos al río? —preguntó Aaron en un susurro.

El aire de los túneles se iba volviendo más húmedo. Pasaron ante varias habitaciones de otros grupos de aprendices y solo vieron oscuridad bajo la puerta. El Magisterium estaba durmiendo.

Los ríos que corrían por la escuela eran una arteria de transporte. Llevaban a los alumnos de las aulas a las puertas del exterior, al comedor y de vuelta a sus habitaciones. Por los ríos se movían pequeños botes, impulsados por la magia y asistidos por elementales. Mientras los tres se acercaban al agua, el aire de la cueva se fue haciendo más frío, y Call oyó el ruido de la corriente del río.

Aaron y Tamara mascullaban sobre si Call les llevaba a coger un bote. El pasillo daba a una playa subterránea de piedras. El musgo fosforescente colgaba de las paredes y el techo, iluminando el espacio. Peces sin ojos nadaban bajo la superficie del agua.

—¡Warren! —llamó Call—. ¡WARREN!

Aaron y Tamara intercambiaron una mirada. Era evidente que creían que había perdido la cabeza.

—Quizá necesite dormir —aventuró Tamara.

—Quizá necesite comer —aventuró Aaron.

—¡Warren! —gritó Call de nuevo—. «¡El fin está más cerca de lo que crees!».

—Los lagartos no vienen cuando se les llama —dijo Tamara—. Vámonos de aquí, Call...

Algo bajó desde un saliente rocoso que había sobre ellos. Se vio un destello de fuego, de luz y de escamas. Unos ojos rojos brillaron en la penumbra. Lo que parecía un pequeño dragón de Komodo, con barba y una cresta de fuego en la espalda, reptó hacia ellos desde las rocas.

—¿Warren? —preguntó Call.

—Ha venido. —Aaron parecía impresionado—. Asombroso, Call.

—Escabulléndose. —Warren parecía enfadado—. Escabulléndose y molestando a Warren. ¿Qué queréis, aprendices de mago?

—Queremos que nos lles hasta los elementales dormidos. Los que están cautivos en el Magisterium —contestó Call.

—¿Ahora? —preguntó Tamara, volviéndose hacia él—. ¡Pensaba que nos íbamos a dormir!

—Sí, dormir. Escabullirse muy peligroso —dijo Warren—. Túneles muy profundos.

—Nos lo debes, Warren —insistió Call—. Te salvamos la vida. ¿No te acuerdas?

—Ya te pagué —masculló Warren—. Te advertí. *Ultima Forsan*.

—Eso no es ayudar —replicó Call. Sabía lo que era *Ultima Forsan*: una frase en latín que había estado grabada sobre la tumba del Enemigo de la Muerte. Significaba: «El fin está más cerca de lo que crees». Pero no entendía de qué modo podía serle útil

esa advertencia—. Llévamos hasta los elementales sí que sería ayudar.

—Quizá es que no sabes cómo ir —dijo Aaron para burlarse del pequeño lagarto. Aunque había bostezado en la biblioteca, en ese momento los ojos le brillaban y no parecía nada cansado. A Aaron le gustaba muchísimo más hacer las cosas que quedarse hablando sobre hacerlas—. ¿Es ese el problema? Puede que, en realidad, no sepas tanto sobre el Magisterium.

Los ojos de *Warren* se agitaron.

—Lo sé —replicó—. Lo sé todo. Pero esto es peligroso, pequeños aprendices de mago. Asunto peligroso. Podría llevaros, pero tendréis que engañar a la guardiana.

—¿La guardiana? —preguntó Tamara en un tono asustado.

A Call también le hubiera gustado alguna aclaración, pero *Warren*, que parecía haber decidido que la conversación había acabado, saltó hacia una brillante pared de mica y corrió hasta la mitad antes de lanzarse hacia la entrada de otra caverna.

—¡Sigámoslo! —indicó Call, corriendo tras él.

Tamara gruñó, pero le siguió.

Call había olvidado que dejar que *Warren* les guiara por las cuevas del Magisterium, incluidos algunos pasadizos que no había atravesado ningún mago antes que ellos, era una tarea frustrante y a veces espantosa. El lagarto los llevó por acantilados naturales y junto a lagos que parecían ser de barro hirviente. Los guio, entrando y saliendo de salas en las que casi se ahogaron por el olor a azufre, o en las que tuvieron que agacharse para evitar que les arañaran las puntas de las estalactitas.

Call no estaba seguro de lo lejos que habían ido cuando la pierna comenzó a dolerle de verdad, con un ardor en el músculo que solo iba a empeorar. Se sintió estúpido por haber sugerido ese plan, por pensar que podría caminar tanto rato, pero no podía decirle a *Warren* que parara; el lagarto les llevaba demasiada delantera y saltaba de roca en roca, con las escamas de su espalda en llamas.

Y si Tamara y Aaron se paraban para esperarle, *Warren* podría salir corriendo y dejarlos perdidos en las cuevas. Ya les había pasado antes.

Por probar, Call empleó la magia del aire, presionando un poco. Recordaba la manera en que Alastair lo había hecho subir por la larga escalera de caracol del Collegium. Recordó cómo la había bajado él. Lo único que tenía que hacer era concentrarse y empujar.

Se alzó en el aire, tan deprisa que tuvo que morderse la mejilla por dentro para no gritar, pero después de un momento consiguió estabilizarse. Estaba flotando un poco por encima del suelo y no apoyaba nada de peso sobre la pierna. Se sentía genial.

Se empujó mentalmente. Ya no se tambaleaba, como les pasaba a Aaron y Tamara. Flotó sobre la tierra como si esa fuera su manera habitual de caminar. Mientras avanzaban por pasillos que se internaban en la montaña, los muros se fueron haciendo más lisos y el suelo parecía pulido. Era como si estuvieran caminando por la entrada de un museo. Las puertas colocadas en la pared de piedra a ambos lados eran elegantes, y estaban decoradas con símbolos alquímicos y alfabetos que Call no

conocía.

Finalmente, *Warren* se detuvo delante de una enorme puerta hecha de los cinco metales del Magisterium: hierro, cobre, bronce, plata y oro.

—Aquí, aprendices de mago. Aquí está la puerta cerrada en medio del camino. La guardiana está aquí. Debéis enfrentaros a ella para seguir.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Responder sus acertijos —contestó *Warren*, y después de sacar la lengua para atrapar un bicho que *Call* ni había visto, salió corriendo por el techo—. ¡Acertar las respuestas! —gritó antes de desaparecer.

—¡Mierda! —exclamó *Aaron*—. Siempre pasa lo mismo. Odio los acertijos.

Tamara parecía estar tragándose a la fuerza las palabras «Lo sabía», y no disfrutaba nada con su sabor.

—¿Tenemos que llamar? —*Call* alzó el puño y vaciló.

—Yo lo haré. —*Tamara* dio en la puerta—. ¿Hola? Somos alumnos y hemos venido para preparar un proyecto...

La puerta se abrió. En el interior, en un traje blanco totalmente inmaculado, se hallaba *Anastasia Tarquin*. Se había recogido la nube de cabello canoso en un moño apretado y en las orejas le brillaban unos pendientes de plata que parecían encantados de hacerlo. Sus cejas se alzaron al verlos y su boca se contrajo en una fina línea.

—¿Eres la guardiana? —preguntó *Aaron*, incrédulo.

—No sé qué quieres decir —respondió ella, mientras abría más la puerta. A su espalda, pudieron ver un largo pasillo que se inclinaba hacia abajo. Dos chicos uniformados, con edad de asistir al *Collegium*, se hallaban de pie contra la pared. «Guardias», pensó *Call*—. Lo que sí sé es que no deberíais estar aquí.

—El Maestro *Rufus* quería que empezáramos un proyecto —improvisó *Call*—. Como ha dicho *Tamara*. Estamos en el Curso de Bronce y se supone que debemos decidir nuestro futuro y nuestra responsabilidad personal, y queríamos especializarnos en elementales. Ah, um, y queríamos conocer alguno.

—¿Los tres? —preguntó *Tarquin*—. ¿Incluidos los dos magos del caos? ¿Todos os queréis especializar en elementales?

—Nos lo estamos pensando —contestó *Aaron* rápidamente—. No queremos precipitarnos, pero son interesantes. Y hemos supuesto que si veíamos a los elementales más asombrosos que hay por aquí, podríamos acabar de decidirnos.

Anastasia Tarquin no parecía creerlos ni por asomo.

—Me temo que, aunque a los alumnos se les ha dado, muy pocas veces, acceso a los elementales retenidos aquí, ese privilegio se ha suspendido de momento por razones que creo que ya sabéis.

Automotones. *Call* recordaba bien al enorme monstruo de metal yendo tras ellos, cortando el aire con fuego y garras.

—Y ahora —continuó *Anastasia*—, a no ser que queráis discutir el asunto con el Maestro *Rufus*, os sugiero que volváis por donde habéis venido y todos haremos

como si no nos hubiéramos visto.

Call miró a Tamara y a Aaron.

—Pues vaya con los acertijos —murmuró Aaron para sí. Luego, educado como siempre, se volvió hacia Anastasia Tarquin—. Lamentamos haberle molestado.

Sin embargo, no parecía que a ella Aaron le cayese especialmente bien. Sus ojos no perdieron la dureza de su mirada.

—Un momento —dijo, pero no estaba mirando a Aaron—. Callum Hunt. Entra. Me gustaría hablar contigo, a solas.

—¿Conmigo? —preguntó Call, y la voz se le quebró un poco. No se lo esperaba, y con todo el asunto del espía, no estaba seguro de querer estar solo con un miembro de la Asamblea. Pero era la madrastra de Alex, y la Asamblea la había enviado para protegerle—. Vale.

Tamara y Aaron lo miraron sin decir nada. Call estaba seguro de que no querían estar en su lugar.

Entró por la puerta y ella la cerró tras él con un pesado clanc.

Anastasia le puso la mano sobre el hombro.

—Debes de estar muy preocupado para venir hasta aquí buscando respuestas —dijo, suavizando la voz de una manera que le puso nervioso. Su actitud le recordó la forma en que las serpientes que había visto por la tele hacían un pequeño baile antes de atacar—. Y sé lo amigos que sois Aaron y tú. Cuidáis el uno del otro, ¿verdad?

—¿Sí? —respondió Call—. Quiero decir, sí, claro. Aaron, Tamara y yo. Todos nos cuidamos.

—Está muy bien contar con tan buenos amigos —admitió ella, asintiendo—. Sobre todo cuando tienes un padre al que no le gusta especialmente la magia.

—Alastair lo está empezando a aceptar —repuso Call, intentando adivinar de qué iba todo eso.

—Cuando me casé con el padre de Alex, juré que nunca intentaría sustituir a su madre. Tenía mis propios hijos de mi primer matrimonio y sabía lo importante que era no meterme donde no se me quería. Traté de ser una amiga, una guía, una mentora. Alguien que pudiera responder a sus preguntas sinceramente, como tan pocos adultos hacen. Me complacería hacer eso también contigo, si alguna vez necesitas hablar con alguien.

—Sí, por supuesto —dijo Call, confuso por toda la conversación. Intentó mirar un poco más allá de Anastasia, ver qué se ocultaba tras ella. Los dos guardias del Collegium mantenían un silencio total, de pie contra la pared como dos armaduras. Había un sofá con un periódico encima, seguramente donde ella había estado sentada, y un pasillo se alejaba un buen trecho por detrás. Un brillo rojo oscuro iluminaba las paredes—. ¿Así que definitivamente no nos vas a dejar entrar?

Anastasia parecía divertida en vez de enfadada.

—Quieres que te diga que lo haría si pudiera, pero no tienes ni idea de lo peligrosos que son los grandes elementales. Sería como lanzarte a la boca de un

volcán. Un amigo nunca te pondría en peligro, Callum, ¿lo entiendes?

—Porque soy un makaris —replicó Call—. Lo entiendo, pero...

—Sin peros. —Anastasia negó con la cabeza—. Aaron y tú debéis volver a la cama. Sois demasiado importantes para arriesgaros. Intenta recordarlo.

Después, abrió la puerta. Cuando Call salió al pasillo, donde le esperaban Aaron y Tamara, oyó un portazo a su espalda.



CAPÍTULO SIETE

—¿Fuisteis sin mí? —preguntó Jasper mientras hundía la cuchara en el pudín gris que tenía en el plato.

Era por la tarde. Call, Tamara y Aaron no se habían despertado a tiempo para el desayuno después de su aventura por los túneles la noche anterior. Call había estado dolorido y con la cabeza espesa durante las clases; hasta había estado a punto de tirarle una bola de fuego a Tamara a la cabeza y se había chamuscado los dedos. A media mañana recordó que tenía que haber sacado a pasear a *Estrago*, y luego tuvo que limpiar el desagradable resultado. Estar de regreso en la escuela no era tan fácil como se había esperado.

—Fue un impulso repentino —contestó Call en tono conciliador. Luego recordó con quién estaba hablando—. Quiero decir, tampoco es que te vaya a elegir alguna vez para ir a ningún lado, pero en este caso, dejarte fuera solo fue un beneficio colateral.

—¡Eh! —replicó Jasper—. ¡Que estoy tratando de salvarte la vida!

—No le hagas caso —intervino Aaron—. Se pone de mal humor cuando está cansado.

—¿Y qué te hizo Anastasia? —preguntó Jasper—. Mi padre siempre me ha dicho que es una especie de reina del hielo impasible.

—Pues estuvo muy amable con él —contestó Tamara—. Fue raro. No me prestó ninguna atención y casi ni miró a Aaron. Fue todo Call, Call, Call.

—Supongo que soy el makaris nuevo, y tú eres el makaris pasado de moda —dijo Call a Aaron—. Hago que este uniforme azul parezca bonito.

Tamara rio. Aaron suspiró con una profunda resignación.

—Guau —exclamó Jasper, mirando a Call con los ojos muy abiertos—. No me

has dicho que cuando está cansado también alucina.

Call bebió un gran trago de la sustancia marrón parecida al té que tenía en la taza. Deseó desesperadamente que contuviera cafeína. Durante todo el verano, se había podido dar el lujo de tomar todos los cafés que quisiera; Alastair había reparado un vieja cafetera Gaggia de estilo *art déco* que sonaba como un tren. Pero en ese momento, cuando lo necesitaba de verdad, no había café por ninguna parte.

Estaba cansado. Cansado de que lo vigilaran sus amigos, aunque fuera para mantenerlo a salvo; cansado de que hubiera algo horrible dentro de sí mismo, algo sobre lo que no tenía ningún control, que podía estallar en cualquier momento. Quería ir a la escuela como una persona normal, y en ese momento estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

—Vale —decidió—. Voy a seguir tu estúpido plan.

—¿Qué? —preguntó Jasper, frunciendo el ceño—. ¿Qué estúpido plan?

Con una ligera mueca de dolor, Call se subió a su silla y, de ahí, a lo alto de la mesa. Estuvo a punto de meter el pie en el pudin gris de Jasper. Se quedó quieto, contemplando la sala.

—Oh, no —dijo Aaron—. Creo que tienes razón en que el cansancio le hace alucinar.

Los alumnos estaban charlando y riendo entre ellos. Las Magos mascaban su liquen. Entonces, Rafe vio a Call de pie sobre la mesa. Pegó un grito y le dio un codazo a Gwenda, que estaba a su lado. Un murmullo corrió por toda la sala y pronto todos estuvieron mirando a Call, señalándolo y susurrando.

—¡Call! —susurró Tamara bastante alto—. ¡Baja de ahí!

Pero no iba a hacerle caso.

—¿SABÉIS QUÉ? —gritó muy alto para que su voz se oyera en todo el comedor—. VOY A ESTAR EN LA BIBLIOTECA A MEDIANOCHE. SOLO.

Se sentó de nuevo. Sus amigos se lo quedaron mirando. Por toda la sala había aprendices que miraban hacia su mesa. Gwenda le susurró algo a Celia al oído, y ambas comenzaron a reír tontamente. Alex Strike tenía una extraña expresión de preocupación en la cara. La Maestra Milagros observaba a Call como si creyera que había perdido la cabeza.

—¿Qué... qué... qué ha sido eso? —tartamudeó Tamara—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Estaba haciendo de cebo —contestó Aaron. Miró a Call muy serio—. Espero que haya sido una buena idea. La malo de dejar que todo el mundo sepa que vas a estar solo y te pueden atacar es que todo el mundo sabe que vas a estar solo y te pueden atacar.

—Pffff —soltó Tamara—. Nadie va a ser tan tonto de ir a por él después de que haya hecho un anuncio público. Lo cogerían al instante.

Call se encogió de hombros y se comió un gran bocado de liquen. Curiosamente, se sentía mejor. Las cosas había vuelto a su sitio: sus amigos creían que le faltaba un

tornillo y que estaba a punto de hacer alguna tontería. Empezó a esbozar una sonrisa.

—¡Que alguien le dé un sedante ya! —exclamó Jasper—. Quién sabe qué es lo siguiente que va a hacer.

Pero, o bien el líquido marrón que Call había estado bebiendo contenía cafeína, o bien tener algo que hacer le ayudaba, porque notaba la energía corriéndole por la venas. Ya no se sentía cansado. Estaba preparado.



Call esperaba encontrarse un grupo de ávidos espectadores cuando llegó a la biblioteca esa noche, pero estaba vacía. Tamara, Aaron y Jasper la recorrieron, mirando detrás de las estanterías, mientras *Estrago* olisqueaba por debajo de las mesas. La sala estaba realmente desierta.

Call se sentó a una de las mesas, iluminada por una enorme estalactita con la que habían perforado el centro del tablero de madera para clavar la mesa al suelo. Una luz giraba y brillaba dentro de ella.

—Muy bien —dijo Tamara, al regresar del último piso de la biblioteca en espiral—, te quedas solo.

Aaron puso la mano en el hombro de Call.

—Recuerda —le dijo—. Si tienes que emplear la magia del caos, no intentes hacerlo solo. Soy tu contrapeso. Estaré fuera con los otros. Tira de mí, de mi energía del caos, como tiraste del aire cuando estabas bajo el agua.

Call asintió mientras Aaron le soltaba y cogía a *Estrago* por el pelo del pescuezo. Sus ojos verde oscuro se veían preocupados.

—Trata de no hacer nada estúpido —le dijo Jasper. Como comentario de ánimo, no era uno de los peores que podía haber hecho—. Toma, finge que estás leyendo en vez de quedarte sentado ahí solo como un bicho raro. —Le puso un montón de libros delante y se marchó.

Call observó a sus amigos salir de la sala. Un momento después, estaba solo en la biblioteca. «Tira de mí», le había dicho Aaron. Pero la verdad era que aún tenía miedo de emplear a Aaron como contrapeso. Eso era lo que había convertido a Constantine Madden en el Enemigo de la Muerte. Todos los magos del caos debían tener un ser humano como contrapeso, un alma viva que los anclara al mundo real y evitara que cayeran dentro del caos. El de Constantine había sido su hermano gemelo, Jericho. Un día, Constantine perdió el control, era demasiado para él y tiró de la magia de su hermano para anclarse. Pero lo que consiguió fue destruirle.

Call no podía imaginarse cómo sería eso, matar por accidente a alguien a quien quieres.

«Yo debería saber qué se siente», pensó. Al fin y al cabo, era algo que le había sucedido a su alma y, sin duda, ese tipo de cosas dejaban una marca. Pero no sentía nada cuando pensaba en ello, excepto la preocupación de cometer el mismo error.

—¿Call?

Pegó un bote, sobresaltado. Se volvió y vio que alguien había entrado en la biblioteca; alguien rubio en vaqueros y camiseta, con el pelo recogido en dos coletas. Tenía las manos metidas de un modo poco natural en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—¿Call? —repitió Celia. Se acercó a él. Se estaba sonrojando, lo que inmediatamente hizo que Call también se sonrojara, como si fuera algo contagioso, al igual que la viruela—. Has dicho que estarías aquí solo, así que he pensado...

—¿Umm? —soltó Call. ¿Qué podía haber pensado? ¿Quizá que Call había perdido la cabeza y tenía que ser llevado a la enfermería?

—He pensado que quizá querías hablar conmigo —continuó Celia, mientras se sentaba a una mesa frente a la de él—. Es difícil hablar solos en ninguna parte... El comedor siempre está lleno, igual que la Galería, y últimamente no te he visto paseando a *Estrago*...

Era cierto. Durante un tiempo, el curso anterior, habían sacado a pasear a *Estrago* juntos todas las noches. Pero este año no le dejaban salir solo con *Estrago*. Tamara y Jasper hacían turnos para sacarlo a pasear.

—Sí, he estado... —Dejó la frase a medias. Se preguntó si sería posible mantener una conversación a base de frases a medias. De ser así, Celia y él estaban a punto de dar un ejemplo épico.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Celia, riendo de repente. Call se dio cuenta de que señalaba los libros que tenía sobre la mesa.

Cinco elementos y hechizos de amor. Manual básico.

La alquimia del amor.

Magia del agua y hechizos de compromiso: Cómo conseguir que ella diga sí.

Iba a matar a Jasper.

—Bueno... yo. Estaba... es para un trabajo —farfulló.

Celia apoyó los codos en las rodillas y lo miró meditativa.

—Si quieres salir conmigo, Call, pídemelo —dijo ella—. Ya somos alumnos de tercero, y me gustas desde el Curso de Hierro.

—¿De verdad? —Call estaba asombrado.

Ella esbozó una sonrisa insegura.

—¿No te dabas cuenta? Todas esas veces que hemos paseado juntos a *Estrago*... Y el beso. Supuse que lo sabías, pero Gwenda me dijo que debía decírtelo, así que aquí estoy.

—¿Te dijo que debías decírmelo? —Call se sintió estúpido repitiendo lo que ella acababa de decir, pero se le había quedado la mente casi en blanco. ¿Debía darle las gracias, como si gustarle fuera un cumplido? No parecía lo mejor. Seguramente debía decirle que ella también le gustaba, lo cual era cierto, pero ¿qué pasaría después? ¿Saldrían? ¿Tendrían que besarse? ¿Significaría que ya no podrían pasear a *Estrago* juntos y bromear?

Cuando Call abrió la boca para responder, aunque no estaba seguro de qué, Tamara y Jasper subieron corriendo por la escalera. Aaron y *Estrago* aparecieron desde arriba. El lobo caotizado comenzó a ladrar. Aaron parecía a punto de pelear.

—¡Quieto ahí! —gritó Jasper. Un fuego se encendió en la palma de Tamara.

Celia se volvió, con los ojos muy abiertos de asombro.

La llama se apagó de golpe. Tamara se llevó las manos a la espalda.

—Ah, hola —dijo con una carcajada torpe y un poco histérica—. Solo estábamos...

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Aaron. Aún le quedaba algo de la luz de la batalla en los ojos y no sonaba tan amable como de costumbre. Se debían de haber sorprendido mucho al ver que Call no estaba solo; sorprendido y asustado.

—Call estaba a punto de pedirme salir —explicó Celia, confundida y claramente molesta—. O al menos eso creo. ¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? ¿Por qué estabais gritando?

Durante un largo momento, nadie dijo nada. Call no tenía ni idea de cómo explicarle la situación.

«Quizá lo mejor es que sea sincero —pensó—. O más o menos sincero».

No tenía por qué contarle todo lo del Capitán Carapez. Pero se dio cuenta de que ninguna explicación tendría sentido si no incluía al Capitán Carapez. Aun así, tenía que decirle algo. Era su amiga.

—La cosa es que alguien está tratando... —comenzó, y todo el cuerpo se le sonrojó de vergüenza. Estaba seguro de que iba a decir algo estúpido y de que Tamara iba a ver cómo lo hacía y a burlarse de él. Y también estaba seguro de que Celia no lo entendería.

—Yo he venido porque quiero que salgas conmigo —dijo Jasper de repente, en voz muy alta, interrumpiendo la explicación de Call—. Por eso he dicho: «Quieto ahí». Porque, um, no quería que él te lo pidiera antes de que yo tuviera mi oportunidad. ¡No salgas con él! ¡Sal conmigo!

Aaron alzó mucho las cejas. Tamara hizo un sonido ahogado. Call no podía creer lo que estaba oyendo.

Celia miró a Jasper, totalmente sorprendida.

—¿Te gusto?

—¡Sí! —exclamó él, con los ojos un poco enloquecidos—. Claro que me gustas.

Call recordó que cuando Jasper le había preguntado si le gustaba Celia, también había dicho que quizá quisiera pedirle que salieran. ¿Era cierto? ¿O solo estaba intentando distraerla de lo que pasaba en realidad? ¿O lo hacía solo para fastidiarle? Lo último parecía lo más probable.

Celia lanzó una mirada hacia Call, expectante, como si este tuviera que decir o hacer algo. Él la miró totalmente perplejo.

Finalmente, Celia suspiró y se volvió hacia Jasper.

—Me encantaría salir contigo —le respondió.

—Bueno, creo que todos estaremos de acuerdo en que ha sido un fracaso total —dijo Aaron mientras iban hacia sus habitaciones.

—No para Jasper —repuso Tamara, que, para fastidio de Call, parecía encontrar un poco divertida toda esa situación. Muy divertida, la verdad. Casi había explotado intentando contener la risa después de que Celia aceptara salir con Jasper. Call no estaba seguro de quién se había quedado más desconcertado, si Jasper o él, pero Jasper se había recuperado rápidamente y había comenzado a hablar a Celia de lo bien que se lo iban a pasar en la Galería.

En aquel momento, Call se había rendido. Se había marchado de la biblioteca. Aaron, Tamara y *Estrago* se habían ido con él.

Ahora, Tamara estaba bailando junto a *Estrago*; lo hacía saltar para que le pusiera las patas sobre los hombros.

—Va a ser la mejor cita de la historia —aseguró—. Jasper no sabe nada sobre chicas. Probablemente le llevará un ramo de peces ciegos.

—¡No va a ser la mejor cita de la historia! —replicó Call—. Jasper lo está haciendo para fastidiarme. Seguramente se portará mal con Celia. Herirá sus sentimientos, y la culpa será mía.

—Oh, por favor, Call —bufó Tamara—. No va a portarse mal con Celia. No todo tiene que ver contigo.

—Esto sí tiene que ver conmigo.

—Quizá no. —Había un cierto tono en la voz de Tamara—. Tal vez le guste Celia.

—Creo que ambos estáis olvidando lo más importante —dijo Aaron mientras llegaban a una esquina donde el pasillo se estrechaba—. ¿Y si Celia es el asesino?

—¿Qué? —soltó Call.

—Bueno, fue a verte cuando sabía que estarías solo en la biblioteca —indicó Aaron.

—Para ver si quería salir con ella —insistió Call.

—Esa es su tapadera. Seguro que llegó y notó que algo no iba bien, así que soltó un farol.

—¿Y por qué iba Celia a querer matarlo? —preguntó Tamara.

Habían llegado a sus habitaciones, y Tamara usó su muñequera para abrir la puerta. Entraron en el salón. Rápidamente, *Estrago* saltó al sofá y se estiró todo lo que pudo, dispuesto a dormir.

—Sí —repuso Call—. ¿Por qué iba a querer matarme?

—Podría estar trabajando para una organización —contestó Aaron, obstinado—. Mira, Drew tenía un pasado totalmente falso. No era quien pretendía ser. El Maestro Rufus ha dicho que hay un espía. Celia podría ser la espía.

Call negó con la cabeza mientras se descolgaba a *Miri* del cinturón y dejaba el

cuchillo sobre la mesa de la cocina.

—Celia proviene de una antigua familia de magos. Es quien dice que es.

—¿Cómo lo sabes? —continuó Aaron—. Que te haya dicho algo no lo convierte en verdad. O quizá toda su familia apoye al Enemigo. ¿Recuerdas que pensaste que la nota era de ella? ¿Y si realmente sí venía de ella? Es la explicación más simple de todas. Además, si fuera fácil creer que es una espía, entonces no sería muy buena espía, ¿no?

—Así también podrías acusar a *Estrago* de ser un espía —replicó Call. Todos miraron al lobo. Se había dormido con la lengua colgando hacia el suelo. Mientras dormía, movía las patas como si estuviera yendo a por un pato imaginario.

—No estoy diciendo que tengamos que llevarla ante la Asamblea ahora mismo —siguió Aaron—. Solo que deberíamos vigilarla. De hecho, deberíamos vigilar a cualquiera que se comporte raro.

—Querer que Call le pidiera salir no cuenta como raro —dijo Tamara, mientras le rascaba la barriga a *Estrago*—. Bueno, quizá sea un poco raro, pero no es ilegal.

—Gracias —replicó Call—. Gracias por apoyarme. —Cogió a *Miri* y se fue hacia su dormitorio; al llegar a la puerta, se volvió y miró a Aaron—. Me voy a dormir.

—Y yo también. —Aaron cruzó los brazos sobre el pecho—. Dormiré en el suelo delante de tu cuarto. Por si alguien intenta atacarte por la noche.

—¿Tienes que hacerlo? —preguntó Call.

Como respuesta, Aaron se tumbó en el suelo delante de la puerta del dormitorio, volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. *Estrago* corrió a tumbarse a su lado.

«Traidor», pensó Call. Suspirando, se metió en su habitación y cerró la puerta con firmeza.

La habitación estaba iluminada por una luz fosforescente. Se quitó las botas y fue a sentarse en la cama. Le dolía la pierna. Estaba cansado y desanimado, y más molesto con lo de Celia y Jasper de lo que se hubiera esperado. Vio su reflejo en el espejo del armario. Se le veía agotado. A su espalda, la habitación estaba llena de sombras.

Call se quedó helado.

Una de las sombras se estaba moviendo.



CAPÍTULO OCHO

Call quiso gritar. Sabía que debía gritar, pero la sorpresa y el terror le habían dejado sin habla. La sombra se movió de nuevo y se desenrolló sobre la roca irregular del techo. Mientras reptaba acercándose al moho fosforescente, la angustiada esperanza de Call de que solo fuera un efecto de la luz se desvaneció.

Era un elemental enorme, rápido como un látigo e insustancial en algunas partes. Parecía una anguila gigante salida de lo más profundo del océano, si las anguilas pudieran ser tan largas y tener una boca llena de dientes a ambos extremos del cuerpo. Se movía perezosamente, como aire frío y húmedo en el límite de la tormenta.

—Aaron —trató de gritar, pero la voz le salió en un susurro tan bajo que solo el elemental pudo oírle. Una de las cabezas se apartó del techo con un ruido húmedo, como de ventosa, y colgó hacia él. Abrió la boca y Call pudo ver que, a pesar de estar formado de aire efímero, tenía unos dientes que parecían muy reales y afilados. La piel de la boca estaba apartada hacia atrás, por lo que sus fauces tenían el rictus de una perpetua sonrisa. Parecía como si fuera a tragarse a medio Call de un mordisco y riéndose de él. No tenía ojos, solo unas hendiduras en la cabeza.

«*Miri*», pensó. El cuchillo que Alastair le había dado, el que había fabricado su madre. Lo tenía sobre la mesilla de noche, a varios pasos de él. ¿Podría verle el elemental? No estaba seguro. Muy lentamente, fue hasta la cama. Se tumbó, tendido de un modo que dejaba expuestas sus partes más vulnerables: el cuello y el estómago. El elemental se movió hacia él como si olisqueara el aire.

Call tragó saliva, alargó el brazo por encima de la cabeza y se fue estirando hasta que tocó con los dedos el mango de *Miri*.

En la sala, *Estrago* comenzó a ladrar.

El elemental saltó hacia él. Un grito salió de los pulmones de Call mientras cogía el cuchillo y se sentaba, lanzando tajos a ciegas. El peso de la criatura lo tiró de nuevo sobre la cama. Sus fauces abiertas se cerraron ante la cara de Call mientras la daga se clavaba justo debajo del morro del elemental. Trató de apartarlo con el cuchillo, pero aunque la hoja se hundió más en la piel etérea de la criatura, este siguió avanzando.

Call sintió aquellos horribles dientes contra él y las afiladas garras en la ropa, rasgándole la piel. Rodó fuera de la cama, notando el calor de la sangre. Aún no le dolía, pero tenía la sensación de que lo haría.

Si sobrevivía.

El elemental se revolvió, rápido como un tornado, y fue a por Call justo cuando este saltaba hacia la puerta. Oyó los frenéticos ladridos de *Estrago* al otro lado y la voz adormilada de Aaron, confuso.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando, chico?

Call tiró de la puerta. No se abrió.

—¡Aaron! —gritó, encontrando por fin su voz—. ¡Aaron, hay un elemental aquí dentro! ¡Abre la puerta!

—¿Call? —Aaron sonaba nervioso. El pomo se sacudió y la puerta tembló en el marco, pero no cedió—. ¡Está cubierta de hechizos de cierre! ¡Call, apártate! ¡Retrocede!

No tuvo que decírselo dos veces. Se alejó de la puerta, rodó hasta el armario y lo abrió mientras el elemental se lanzaba a por él. La criatura se estrelló contra la puerta del armario y saltaron astillas en todas direcciones. Call solo tuvo tiempo de alejarse de un salto y meterse bajo la cama antes de que el elemental volviera a atacarle. Siguió desplazándose y salió por el otro lado. El elemental era una masa enrollada por encima de él. Una de las cabezas se lanzó bajo la cama, pero la otra se echó hacia atrás, claramente dispuesta a atacar.

Alzó a *Miri* en el momento en que se oyó una leve explosión en la puerta. El elemental se volvió hacia ella, con la boca abierta en una horrible mueca de sorpresa. La oscuridad se estaba tragando los bordes de la puerta, pero no solo era la oscuridad.

Era el caos.

Call notó un tirón bajo las costillas y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Aaron estaba empleando su poder del caos, tirando de él como contrapeso. Call se quedó quieto mientras la puerta comenzaba a derrumbarse sobre sí misma.

Desapareció, tragada por el vacío. Aaron entró en tromba en el dormitorio, con los ojos enloquecidos.

—¡Makaris! —gritó, con la mano aún alzada y una luz negra ardiéndole entre los dedos—. ¡Idiota, usa tu magia!

El elemental se sacudía de un lado al otro, confundido por la repentina aparición de Aaron. Call se puso en pie e invocó el caos. Notó abrirse la salvaje sensación rodante del vacío. La oscuridad comenzó a derramarse por el dormitorio.

El elemental soltó un chillido y voló hacia la abertura que daba a la sala. Le cortó en el hombro a Aaron al pasar y flotó hacia el dormitorio de Tamara.

Esta abrió la puerta justo cuando el elemental se le lanzaba al cuello.

Tamara se dejó caer y rodó por debajo de él con más agilidad de la que Call podría llegar a tener nunca. *Estrago* corrió hacia ella, ladrando a la criatura. El elemental giró en el aire, con las horribles patas ondeando, y las fauces abiertas lo suficiente como para tragarse entero a cualquiera de ellos.

Aaron unió su poder al de Call. El caos creció, hebras de una nada oleosa serpentearon por la habitación. Desde la abertura del vacío, surgió algo, un ser del color del humo y con una forma semejante a la de un monstruoso gato de incontables ojos.

Un elemental del caos apareció en la habitación.

Call soltó un gemido. Abrir el caos era una cosa; invocar a un elemental del caos, otra muy diferente.

El elemental del aire se volvió al notar una nueva amenaza. Hizo un sonido gutural y se lanzó contra el elemental del caos, al mismo tiempo que este se lanzaba contra él. Se encontraron en el aire. El elemental del caos mordió al elemental del aire por abajo mientras este se le enrollaba una y otra vez, apretando.

La puerta del pasillo se abrió y el Maestro Rufus entró corriendo, seguido de la Maestra Milagros.

—¡Call...! —comenzó a gritar Rufus. Entonces vio a los elementales enrollados juntos en el aire. Por un momento, pareció casi fascinado. Luego pasó la mano abierta por el aire y sopló.

Su aliento fue como una onda de choque que barrió a los dos seres. Toda la sala se sacudió. Call cayó al suelo mientras el elemental del aire se estremecía y se deshacía en remolinos que formaron espirales como pequeñas tormentas de polvo en miniatura. El elemental del caos se espachurró contra la pared, como tinta derramada, y no se volvió a formar.

—¡Guau! —exclamó Aaron.

El corazón de Call le golpeaba contra el pecho. Se puso en pie. Tamara, en un pijama azul, que se le había roto por la rodilla, cruzó la habitación hacia él y le puso la mano en el brazo. Call tuvo que obligarse a no apoyarse en ella del modo en que, de repente, deseaba hacerlo.

Se miró el pecho, a la camisa rota y a la sangre que aún le salía. Las heridas no eran profundas, pero le escocían como picaduras de abejas.

Aaron estaba acariciando a *Estrago* en la cabeza, mientras contemplaba meditabundo el lugar donde había estado el elemental del caos.

—Hemos oído los gritos —explicó la Maestra Milagros—. No creíamos... ¿Estás malherido?

—Estoy bien —contestó Call.

El Maestro Rufus suspiró, claramente nervioso. Todos lo estaban, pero era

inquietante ver al Maestro Rufus de otro modo que no fuera bajo un perfecto control. Call se sintió estúpido. Rufus les había dicho que no investigaran, pero lo habían hecho igualmente. Y luego a Jasper se le había ocurrido un plan totalmente ridículo. ¿Por qué nadie había pensado que al dejar claro dónde iba a estar Call, también dejaban claro que no iba a estar en su dormitorio? Cualquiera que quisiera colarse en él sabría exactamente cuándo hacerlo.

—Aprendices, sentémonos todos —dijo el Maestro Rufus—. Podéis contarme lo que ha ocurrido. Y luego decidiremos qué hacer.

La Maestra Milagros fue hacia la puerta del pasillo.

—Me aseguraré de que nadie más entre o salga de aquí —dijo—. Absolutamente nadie.

Sonaba un poco paranoica. A Call le reconfortó; él también se estaba sintiendo bastante paranoico.

Fue al sofá con Tamara y Aaron. En cuanto se sentaron, *Estrago* saltó al regazo de Call y comenzó a lamerle la cara. Tamara se encargó de explicarles que habían estado todos en la biblioteca, estudiando con Jasper, y luego habían vuelto a sus habitaciones. No mencionó el numerito de Call en el comedor ni su plan, lo que él le agradeció. Ya se sentía lo suficientemente tonto y asustado.

Call explicó que el elemental le esperaba en su dormitorio y que la puerta había sido sellada con un hechizo. Cuando comenzó a hablar, notó que las manos le temblaban y se las metió entre las rodillas para que no lo vieran.

Después de oír lo de hechizo de cierre, el Maestro fue a inspeccionar lo que quedaba de la puerta. Como Aaron la había hecho desaparecer toda, no había mucho que ver.

Al cabo de unos minutos, Rufus suspiró.

—Tendremos que traer un equipo de magos. Y por si han manipulado algo más, os vamos a trasladar a los tres a otra habitación. De forma permanente. Ya sé que es tarde, pero voy a tener que pedir os que cojáis solo lo que llevabais encima y traigáis solo eso. Se os dará el resto de vuestras cosas en cuanto confirmemos que son seguras.

—¿De verdad tenemos que hacerlo? —preguntó Tamara.

El Maestro Rufus le lanzó su mirada más severa.

—Sí.

Aaron se puso en pie.

—Entonces, supongo que estoy listo. No me he cambiado de ropa ni nada. Y Call tampoco.

Tamara sacó su uniforme del dormitorio y volvió a la sala con las botas en la mano. Call miró alrededor, a los símbolos en las paredes, a las rocas luminosas, a la chimenea gigante. Esas eran sus habitaciones, confortables, conocidas. Pero no estaba seguro de que pudiera meterse en su cama y mirar al techo sin ver a la criatura allí. Se estremeció. En ese momento, no estaba seguro de si sería capaz de dormir.

La habitación a la que les llevó el Maestro Rufus no era muy diferente de la suya. Call ya sabía que la mayoría de los alojamientos de los alumnos eran iguales: de dos a cinco dormitorios agrupados alrededor de una sala común donde podían comer y trabajar.

En su nuevo espacio había cuatro dormitorios. Cada uno de eligió uno de ellos, incluido *Estrago*, que se tumbó junto a la cama en el suyo y se durmió con las patas en alto. Call comprobó que el lobo estuviera bien, y salió a la sala, donde se encontró a Tamara y Aaron en el sofá. Aaron tenía la manga subida y el brazo estirado. Tamara le miraba con ojo crítico el antebrazo, en el que tenía una marca roja bastante grande.

—Es como una quemadura, pero no es una quemadura —dijo ella—. ¿Quizá sea una reacción al contacto con toda esa magia del caos?

—Pero es un makaris —objetó Call—. La magia del caos no debería herirle. ¿Por qué no le has enseñado el brazo al Maestro Rufus?

No parecía una herida peligrosa, pero seguro que dolía.

Aaron suspiró.

—No tenía ganas de liarla —contestó—. Se asustarían más, nos pondrían más restricciones, pero no tienen más idea de lo que está pasando que yo. Decidirían que otra persona tendría que vigilarte las veinticuatro horas, pero nadie va a hacerlo mejor que nosotros. Además, tampoco es que tú hayas dado mucha importancia a todos tus cortes. —Se bajó la manga—. Voy a darme una ducha. Me noto como pringoso después de que me tocara esa cosa.

Tamara le lanzó un cansado saludo militar mientras Aaron se dirigía hacia la puerta que daba a los estancos de ducha y baño.

—¿Estás bien? —le preguntó a Call después de que Aaron saliera.

—Supongo —contestó él—. No acabo de entender por qué estamos más seguros en esta habitación.

—Porque hay menos gente que sepa que estamos aquí —explicó Tamara. La frase le salió seca, pero no miraba a Call con enfado, solo con cansancio—. El Maestro Rufus debe de pensar que puede confiar en muy poca gente. Lo que significa que cualquiera puede ser el espía. Literalmente cualquiera.

—Anastasia... —comenzó a decir, pero la puerta se abrió y el Maestro Rufus entró. Su rostro oscuro estaba inexpresivo, pero Call había aprendido a detectar la tensión en la postura de su profesor, en la posición de los hombros. El Maestro Rufus estaba muy muy tenso.

—Call, ¿puedo hablar contigo un momento?

Call miró a Tamara, que se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que tengas que decir, la puedes decir delante de Tamara —respondió.

Al Maestro Rufus no pareció hacerle ninguna gracia.

—Call, esto no es una película. O hablas conmigo a solas o estarás clasificando arena durante toda la semana.

Tamara soltó un resoplido.

—Y esa es mi señal para irme a la cama. —Se levantó, con las oscuras trenzas balanceándose, y agitó la mano en señal de buenas noches mientras desaparecía en su dormitorio.

El Maestro Rufus no se sentó, solo apoyó su voluminoso cuerpo contra el lado de la mesa.

—Callum —comenzó—. Sabemos que alguien con acceso a una magia muy compleja va a por ti. Pero lo que no sabemos es... por qué no va a por Aaron.

De algún modo, se sintió insultado.

—¡Yo también soy un makaris!

Una de las comisuras de la boca del Maestro Rufus se alzó, pero Call no se sintió mejor.

—Supongo que podría haberme expresado de otra manera. No quiero decir que no seas un objetivo importante, pero es raro que alguien vaya exclusivamente a por ti, sobre todo sabiendo que Aaron hace más tiempo que es un makaris. ¿Por qué no tratar de mataros a ambos?

—Quizá sea así —repuso Call—. Aaron estaba cerca durante los dos intentos. Quizá el elemental habría ido a por él cuando hubiera acabado conmigo.

—¿Y quizá la lámpara requería de algún tipo de disparador para caer y el asesino estuvo esperando a que Aaron estuviera en la sala...?

—Exactamente —dijo Call, aliviado de que al Maestro Rufus se le hubiera ocurrido eso. No le gustaba el sonido de «asesino». Esa palabra se le fue metiendo en la cabeza, silbando como una serpiente. «Asesino» era mucho peor que «espía».

El Maestro Rufus frunció el ceño.

—Quizá. Pero creo que desde que llegaste al Magisterium, has estado guardando secretos. Primero los de tu padre, y ahora quizá los tuyos propios. Si sabes quién va a por ti o por qué, dímelo para que pueda protegerte mejor.

Call intentó no quedarse boquiabierto mirando al Maestro Rufus.

«No sabe nada del Capitán Carapez —se recordó a sí mismo—. Solo está haciéndome una pregunta».

Comenzaron a sudarle las palmas y las axilas. Hizo todo lo que pudo por mantener una expresión neutra, pero no estaba seguro de si lo estaba logrando.

Mintió lo mejor que pudo:

—No hay nada que no te haya dicho. Si alguien está tratando de matarme a mí en vez de a Aaron, no sé por qué es.

—Quien fuera, sabía cómo entrar en vuestro cuarto —señaló el Maestro Rufus—. Nadie debería poder hacerlo, excepto vosotros tres y yo. Y sin embargo, solo había un elemental esperando, el de tu techo.

Call se estremeció, pero no dijo nada más. ¿Qué podía decir?

El Maestro Rufus parecía decepcionado.

—Desearía que creyeras que puedes confiar en mí. Espero que entiendas lo serio que es todo esto.

Call pensó en Aaron y en su extraña casi quemadura. Pensó en el elemental y sus terribles ojos, mirándole desde la oscuridad; en sus garras hundiéndosele en la piel. Pensó en el curso anterior y en todas las cosas que nunca le había contado al Maestro Rufus sobre su fallida misión de recuperar el Alkahest. Si hubiera sido mejor persona, se lo hubiera confesado todo en ese mismo momento. Pero si hubiera sido mejor persona, quizá nunca hubiera tenido nada que confesar.

—No sé nada. No tengo secretos —le dijo a su Maestro—. Soy un libro abierto.



CAPÍTULO NUEVE

Los días siguientes pasaron sin que ocurriera nada especial. A Call no le gustaban sus nuevas habitaciones, que parecían más un hotel que un hogar. Los magos les llevaron libros, papeles y ropa nueva. Cada vez que Call pasaba por delante de su antigua puerta, la veía cerrada con una barra de hierro. Probó su muñequera en el cierre, pero no logró nada. No le gustaba que *Miri* estuviera ahí dentro, y aún no había reunido el valor para pedirles a los magos que le devolvieran su cuchillo. Por suerte, había conseguido quedarse con la muñequera de Constantine Madden, ya que la llevaba por encima de la suya, escondida bajo la manga del uniforme o del pijama. Sabía que debería quitársela, quizá hasta deshacerse de ella, pero descubrió que no le gustaba nada la idea de perderla.

La habitación le gustó aún menos cuando Tamara encontró una fotografía metida en un rincón de su cama. Era de Drew, sonriendo a la persona que hacía la foto, rodeando con un brazo los hombros del Maestro Joseph. Drew era pequeño en la foto, quizá tuviera unos diez años, y no parecía la clase de persona capaz de torturar a Aaron solo por divertirse. Y el Maestro Joseph tenía el aspecto de uno de esos padres mayores y cultos que quieren que sus hijos lean los cómics en el original en francés. No parecía un tipo que quisiera apoderarse del mundo.

Call no podía dejar de mirar la fotografía. Tenía un lado cortado, pero parte de un brazo y de una camiseta azul indicaban que había habido otra persona con ellos. La camiseta tenía rayas negras. Durante un angustioso momento, pensó que podía estar mirando al brazo del Enemigo de la Muerte, pero enseguida recordó que Constantine Madden había muerto más o menos cuando Drew nació.

Pero no era solo la habitación nueva, la pérdida de *Miri* y la fotografía lo que le hacían sentir incómodo. Tampoco le gustaba la manera en que el Maestro Rufus lo

miraba últimamente. No le gustaba el modo en que Tamara echaba nerviosas ojeadas hacia atrás todo el rato. No le gustaba el nuevo ceño preocupado de Aaron. Y, sobre todo, no le gustaba que ninguno de sus amigos le quitara el ojo de encima.

—Ocho ojos son mejor que uno —replicó Aaron cuando Call le dijo que quería ir a pasear a *Estrago* él solo.

—Tengo dos ojos —le recordó Call.

—Sí, claro —reconoció Aaron—. Solo es un dicho.

—Estás esperando toparte con Celia, ¿verdad? —preguntó Tamara, lo que hizo que Aaron lanzara a Call otra mirada severa.

La cita de Celia con Jasper era ese viernes, y Aaron pensaba que sería la oportunidad perfecta para descubrir si ella era la espía. Tamara había conseguido sonsacarle a Celia la mayoría de los detalles de la cita. Iba a ser en la Galería; se encontrarían a las ocho, después de la cena, y verían una película.

—Parece muy inocente —comentó Tamara durante la comida, encogiéndose de hombros, mientras pinchaba con el tenedor su pasta de liquen.

—Bueno, claro que parece inocente —repuso Aaron—. No esperarás que revele sus malvadas intenciones tan pronto. —Lanzó una mirada a Celia, que reía alegremente con Rafe y Gwenda. Jasper estaba sentado con Kai y parecía estar contándole una historia interesante.

—Si es Celia, ¿cómo habrá podido conseguir un elemental gigantesco? —preguntó Call—. Y eso sin que..., ya sabéis, la matara y se la comiera.

—Los elementales no se comen a la gente —replicó Tamara—. Absorben su energía.

Call se quedó en silencio. Se estaba acordando de Drew, que, en el primer curso de Call, había muerto a manos de un elemental del caos mientras él lo miraba horrorizado. Recordó cómo la piel se le había vuelto azul y luego gris, mientras los ojos se le quedaban vacíos.

—... parece raro —oyó decir a Aaron al despertar de su ensoñación.

—¿Qué es raro? —preguntó Call.

—El modo en que todos nos miran —contestó Tamara en voz baja—. ¿Te has fijado?

No se había dado cuenta, pero después de que lo mencionara Tamara, notó que la gente se los quedaba mirando, o miraban a Aaron en concreto. Y no de la forma en que solían mirarlo, con admiración o con cara de «Mira, ahí está el makaris».

Esto era diferente. Ojos entrecerrados, murmullos. La gente lo miraba con suspicacia, susurrando y señalando. Call notó una sensación desagradable en el estómago.

—¿Qué pasa? —preguntó Aaron sorprendido—. ¿Tengo algo en la cara?

—¿De verdad lo quieres saber? —respondió una voz sobre sus cabezas.

Call alzó la mirada. Era Jasper.

—Todo el mundo está hablando del elemental que casi se come a Call...

—Los elementales no se comen a la gente —insistió Tamara, interrumpiéndole.

Jasper se encogió de hombros.

—Bueno. Lo que sea. Pero todos están diciendo que Aaron fue el que lo invocó. A alguien le han dicho que alguien os oyó pelear, y todo el mundo vio a Aaron invocar a aquellas criaturas del caos el verano pasado...

Call se quedó boquiabierto.

—Eso es ridículo —se quejó.

Aaron recorrió la sala con la mirada. Cuando sus ojos se cruzaban con los de algún otro aprendiz, este miraba hacia otro lado. Algunos de los alumnos del Curso de Hierro comenzaron a reír tontamente. Uno se puso a llorar.

—¿Quién dice eso? —le preguntó Aaron a Jasper. Se le habían puesto rojas las orejas y su expresión era la de alguien que preferiría estar en cualquier otro sitio, con tal de que fuera lejos.

—Todos —contestó Jasper—. Es un rumor. Supongo que, como dicen que los makaris son inestables y todo eso, se imaginan que has sido tú quien ha intentado matar a Callum. Quiero decir, algunos piensan que sería comprensible, porque Call es inaguantable, pero hay otros que suponen que hay algún tipo de triángulo amoroso entre vosotros dos y Tamara.

—Jasper —intervino Tamara en su voz más firme—. Diles a todos que eso no es cierto.

—¿Qué parte? —preguntó Jasper.

—¡Nada de eso es cierto! —exclamó Tamara, alzando la voz.

—Muy bien. Pero ya sabéis cómo son los chismorreos. Nadie me va a creer. —Y se alejó de la mesa, yendo a servirse más comida.

—No le hagas caso —dijo Tamara a Aaron—. Es un burro y siempre se vuelve mezquino cuando está asustado. Seguramente está nervioso por lo de la cita y lo está pagando contigo.

Quizá, pensó Call, pero algo estaba pasando de verdad. Los otros alumnos sí que los miraban disimuladamente. Se puso en pie, fue tras Jasper y le cogió por el codo cuando se iba a servir un líquido marrón que olía a canela y clavo.

—Jasper, espera. No puedes decirnos algo así y largarte sin más. ¿Quién ha empezado ese rumor? ¿Quién se lo está inventando todo? Seguro que, como mínimo, te lo imaginas.

El chico arrugó las cejas.

—Yo no, si es lo que insinúas; aunque debo decir que me ha hecho pensar. Aaron te contó dos historias diferentes sobre su pasado. Eso es bastante sospechoso. No tenemos ni idea de dónde procede ni de quién es su familia. De repente, sale de la nada y, ¡bum!, makaris.

—Aaron es una buena persona —replicó Call—. Mucho mejor que cualquiera de nosotros.

Jasper suspiró. No se estaba riendo o burlándose o poniendo ninguna de sus

habituales expresiones pomposas.

—¿No te parece sospechoso? —preguntó.

—No —contestó Call, y se fue, enfadado, hacia su mesa. La ira bullía en su interior. Jasper era un idiota. De hecho, todos los del comedor eran idiotas excepto Tamara, Aaron y él mismo. Se sentó a su mesa, furioso. Tamara estaba inclinada hablando con Aaron, con la mano sobre su hombro.

—Muy bien —le respondió Aaron, con una voz tensa—. Pero de verdad creo que deberíamos irnos.

—¿Qué pasa? —inquirió Call.

—Solo le estaba diciendo que no deje que esto le afecte. —Tamara estaba sonrojada, con dos manchas rojas en las oscuras mejillas. Call sabía que eso significa que estaba furiosa.

—Es ridículo —dijo Call—. Ya se pasará. Nadie puede creer algo tan estúpido durante mucho tiempo.

Pero la expresión de Aaron revelaba que él no estaba tan seguro. Sus ojos verdes iban de un lado al otro del comedor, casi como si se esperara que la gente se pusiera a tirarle cosas.

—Me voy a mi habitación —dijo.

—Quieto ahí. —Era Alex Strike; su silueta larga y delgada proyectaba un sombra sobre la mesa. Su cinta de alumno del Curso de Oro destelló cuando alzó la mano. En el centro de la palma tenía tres piedras redondas y rojizas—. Son para vosotros.

—¿Quieres jugar a las canicas? —aventuró Call.

Alex arrugó un poco la boca.

—Son piedras guía —explicó—. Los Maestros se van a reunir esta noche. Estáis invitados. —Agitó los dedos—. Una piedra para cada uno.

—¿Estamos invitados? —repitió Aaron, mientras los tres cogían las piedras de la mano de Alex, que parecía nervioso—. ¿Por qué?

—Ni idea. Solo soy el mensajero.

—¿Y qué hacemos con esto? —preguntó Call, examinando su piedra. Era perfectamente redonda y brillante, muy parecida a una canica roja. De las grandes, con las que lanzabas.

—Los Maestros cambian el lugar de la reunión por razones de seguridad —explicó Alex—. A no ser que tengas una de esas, no puedes encontrar la sala. La reunión empieza a la seis; dejad que las piedras os lleven a donde tenéis que ir.



A las seis en punto estaban los tres sentados en su nueva sala con *Estrago*, mirando las piedras que tenían en la mano. Se habían puesto el uniforme azul de la escuela; Aaron se había limpiado los zapatos, y Tamara se había soltado el pelo y se lo sujetaba sobre las orejas con unos clips dorados. Como concesión a la elegancia, Call

se había lavado la cara.

—¡Guau! —exclamó Tamara cuando su piedra guía se iluminó como un pequeño árbol de Navidad. La de Aaron fue después, y finalmente la de Call. Se pusieron en pie.

—*Estrago*, quédate aquí —le dijo a su lobo. Después de lo ocurrido en la última reunión con la Asamblea, prefería no recordarles la existencia de *Estrago*.

Tamara estaba en el pasillo, empleando su piedra para guiarse. Cuando se caminaba en dirección errónea, el brillo de la piedra disminuía.

—El Maestro Rufus debería habernos dado una de estas cuando nos metimos en los túneles —comentó Call mientras echaban a andar—. En vez de un mapa que desaparecía.

—Creo que eso hubiera ido contra el objetivo de la lección —indicó Aaron, y cerró los dedos sobre la piedra para no tener que protegerse los ojos de su luz—. Ya sabes, lo de encontrar tu propio camino.

—No seas pedante —replicó Tamara, mientras daba un giro brusco. Todas sus piedras se quedaron a media luz.

—Creo que, um, te has pasado de esquina —dijo Call, y señaló hacia atrás, hacia una gran sala con una cascada subterránea. La piedra parecía indicar que debían dirigirse hacia allí.

—Vamos —repuso Tamara, tomando la cabecera. No tuvieron más remedio que seguirla.

Se agachó para pasar por una pequeña entrada que daba a un espacio con techos altos y un pequeño grupo de murciélagos apiñados, haciendo ruiditos unos a otros. Toda la sala apestaba a ellos. Call se tapó la nariz.

—¿Qué estás haciendo, Tamara? —preguntó Aaron en voz baja.

Ella se puso a cuatro patas y se metió en un estrecho pasaje. Call y Aaron intercambiaron una mirada preocupada. Era peligroso explorar las cuevas sin un mapa o algún tipo de guía. Había pozos profundos y lagos de barro ardiente, por no mencionar a los elementales.

Mientras se metía en el estrecho túnel siguiendo a Tamara, Call esperó que su amiga supiera lo que estaba haciendo.

Notó la roca áspera bajo las manos mientras avanzaba por lo que parecía un túnel natural. Se estrechaba, y Call no estaba seguro de que pudieran pasar. El corazón comenzó a latirle con fuerza mientras la única luz que había se iba haciendo cada vez más tenue. Después de unos cuantos minutos de tensión, el túnel se abrió hacia una estancia desconocida pero que no tenía un aspecto peligroso. Las piedras lucieron con más fuerza.

—¿Vas a explicarnos a qué ha venido eso? —preguntó Call.

Tamara puso los brazos en jarras.

—No tenemos ni idea de quién va a por ti. Podría ser uno de los Maestros o alguien que sepa dónde se va a celebrar la reunión. No podemos ir por la ruta directa.

Podría ser una trampa. Las piedras están para eso, para garantizar que no nos vamos a perder.

—Oh, muy ingenioso —repuso Call, tratando de no prestar atención al frío miedo que le rondaba el estómago. Quería creer que fuera quien fuese su enemigo, o enemigos, no eran los Maestros que estaban en ese momento en la escuela. Quería creer que era algún sigiloso esbirro del Maestro Joseph o algún miserable mago que odiara a los makaris. O tal vez algún alumno al que Call había cabreado. Sabía que podía ser realmente irritante, sobre todo si lo intentaba de verdad.

Seguía dándole vueltas a todo eso cuando llegaron a la sala que los Maestros habían elegido para la reunión. Llegaban tarde y la reunión ya había comenzado. Varios Maestros vestidos de negro estaban sentados alrededor de un semicírculo de mármol pulido. Un largo banco de mármol recorría el exterior del semicírculo, y permitía a los Maestros estar de cara al centro de la sala. Las estalactitas que colgaba del techo acababan en bulbos redondos de piedra clara, y cada uno brillaba con una luz amarillenta.

—Tamara, Aaron y Call —entonó el Maestro Rufus cuando entraron en la sala—. Por favor, sentaos.

Señaló tres montones de piedras pulidas puestas directamente frente a la mesa de los Maestros. ¿Debían sentarse sobre eso? ¿No se desparramarían las piedras, dejándolos caer vergonzosamente al suelo?

Pero Tamara pasó ante Call, confiada, y se sentó en uno de los tres montones de piedras. Se hundió un poco y cruzó los brazos, pero las piedras no se cayeron. Aaron la siguió y Call fue tras él; se dejó caer sobre uno de los montones. Las piedras chirriaron y chocaron cuando su peso las desplazó, pero fue como sentarse en una silla hecha de chicle, aunque menos pegajoso; las rocas se recolocaron a su alrededor, adaptándose a su forma, hasta que acabó sentado tan cómodo como su pierna se lo permitía.

—¡Guau! —exclamó Call—. Necesitamos una de estas en nuestra sala.

—Call —replicó Rufus, sombrío. Call tenía la sensación de que el Maestro Rufus seguía pensando que había algo que no le estaba contando—. Por favor, contén tus comentarios sobre el mobiliario; esto es una reunión.

«¿De verdad? ¡Y yo que creía que era una fiesta!», quiso responder, pero no lo hizo. Porque el ambiente no podía ser menos festivo. El Maestro North y la Maestra Milagros estaban a los lados de Rufus; Anastasia Tarquin, con su cabello color acero recogido en un moño sobre la cabeza, estaba sentada cerca del extremo de la mesa, con su oscura mirada fija en Call.

—¿De qué va esto? —preguntó Aaron, recorriendo la sala con la vista—. ¿Nos hemos metido en algún lío?

—No —contestó la Maestra Milagros al mismo tiempo que el Maestro North resoplaba y decía:

—Quizá.

—Solo estamos tratando de entender cómo pudo ocurrir ese ataque —explicó la Maestra Milagros con una mirada de reojo en dirección a Anastasia—. Teníamos muchas salvaguardas puestas. Sabemos que ya habéis explicado antes todo lo que pasó, pero ¿podríais repetírnoslo una vez más, para que conste en acta?

Call intentó explicárselo, trató de centrarse en los detalles que pudieran resultar útiles y no en el terror y la impotencia que había sentido. Tamara y Aaron contaron su parte. Call quiso remarcar lo mucho que había ayudado *Estrago*, ya que aún le preocupaba la posición que la Asamblea había adoptado hacia los animales caotizados.

—Alguien debe de estar muy decidido. Si tenéis alguna sospecha de por qué, este sería el momento ideal para explicárnoslo. —El Maestro Rufus lanzó una severa mirada a Call desde el otro lado de la mesa, como pidiéndole una vez más que confesara.

Cuando llevó a la Asamblea la cabeza del Enemigo de la Muerte, había pensado que su secreto estaría a salvo, pero en ese momento parecía más cerca de ser descubierto que nunca. Ojalá pudiera contárselo. Ojalá fueran a creer que Call era diferente de Constantine.

Abrió la boca, pero no le salió nada. Fue Tamara la que contestó.

—No tenemos ni idea de por qué alguien querría matar a Call —dijo—. No tiene ningún enemigo.

—Yo no diría tanto —masculló Call, y Tamara le dio una patada. Fuerte.

—Hay un rumor circulando entre los alumnos —comenzó la Maestra Milagros—. No estábamos seguros de traerlo a colación, pero necesitamos oírlo de vosotros. Aaron, ¿tuviste algo que ver con el ataque del elemental?

—¡Claro que no! —gritó Call. Esta vez Tamara no le dio ninguna patada por hablar de más.

—Necesitamos que nos lo diga Aaron —insistió amablemente la Maestra Milagros.

Aaron se miró las manos.

—No, yo no lo hice. Nunca le haría daño a Call. No quiero hacer daño a nadie.

—Te creemos, Aaron. Callum es un makaris —dijo el Maestro Rockmaple, un mago bajito con una espesa barba roja. A Call no le había caído bien durante la Prueba de Hierro, pero se alegraba de que creyera a Aaron—. Hay varias razones por las que aquellos que se oponen al Magisterium, y lo que este representa, atacarían a un makaris. Creo que nuestra prioridad debería ser descubrir cómo un elemental malvado pudo acceder a la habitación de un alumno y, lo más importante, cómo podemos asegurarnos de que nunca vuelva a pasar.

Call miró a Aaron. Este seguía observándose los dedos, arrancándose la piel de alrededor de las uñas. Por primera vez, se fijó en que las tenía comidas hasta la raíz.

—No era un elemental cualquiera —explicó el Maestro Rufus—. Era uno de los grandes elementales. Uno de nuestra propias celdas. Su nombre era Skelmis.

Call recordó a Automotones destrozando la casa de uno de los amigos de su padre el año anterior, ansioso por acabar con él. Automotones había sido otro de los grandes elementales. Era inquietante pensar que alguien llevaba más de un año tratando de matar a Call y que ese alguien era capaz de dominar a las criaturas más poderosas del Magisterium para que lo hicieran. Se preguntó si, a fin de cuentas, podría ser uno de los Maestros. Pasó la mirada por la mesa y se estremeció.

—Y ahora necesitamos que los tres respondáis a unas preguntas sobre los detalles —indicó el Maestro North—. Os puede llevar algún tiempo. Esto es una investigación formal sobre Anastasia Tarquin y sobre si ha sido negligente en su responsabilidad como guardiana de los elementales. El Maestro Rockmaple tomará nota de nuestros hallazgos y los enviará a la Asamblea.

—Como ya he explicado —comenzó Anastasia. Iba vestida con su habitual traje blanco y se sujetaba el cabello con horquillas de marfil. Anillos de oro blanco le relucían en los dedos. Incluso su muñequera estaba hecha de un cuero gris pálido. El único color en su rostro provenía de los ojos, que estaban enrojecidos por la preocupación y la falta de sueño—, el elemental Skelmis debió de ser liberado antes de que yo colocara las salvaguardas. Solo hay dos piedras encantadas que abren las criptas que conducen a los elementales. Una la he llevado siempre alrededor del cuello. La otra estaba en una caja fuerte sellada con magia en mi dormitorio, bajo tres cierres diferentes. He controlado meticulosamente quién entraba y salía. Ya habéis visto el registro. Habéis hablado con los guardias. No nos hace ningún bien culparme a mí de esto solo porque así tenéis una excusa para echar de la escuela a una representante de la Asamblea.

—Entonces, como no viste a nadie entrar, ¿nadie ha entrado? ¿Eso es lo que se supone que debemos creer? —preguntó el Maestro North.

Anastasia se puso en pie y estrelló las manos contra la mesa, lo que hizo que Call diera un brinco.

—Si pretendéis acusarme de algo, hacedlo. ¿Acaso creéis que estoy aliada con las fuerzas del Enemigo? ¿Creéis que, de una forma intencionada, he querido dañar a ese chico y a sus amigos?

—No, claro que no —contestó el Maestro North, claramente perplejo—. No te estoy acusando de nada deliberado. Lo que digo es que puedes alardear de tus salvaguardas todo lo que quieras, pero no han funcionado.

—Así que tan solo piensas que soy incompetente —replicó ella, con voz glacial.

—¿Qué preferirías? —intervino el Maestro Rufus—. Porque es una cosa o la otra. Si el Maestro North no quiere decirlo, yo lo haré. Tu trabajo era asegurarte de que nadie soltara a un elemental de las criptas bajo el Magisterium. Sin embargo, uno se escapó y casi mata a un alumno, a uno de mis aprendices. Eso pesa sobre ti, Tarquin, te guste o no.

—No es posible —insistió ella—. Ya os lo he dicho: nunca haría nada para herir a Callum o a Aaron. Nunca permitiría que un alumno corriera peligro.

Tamara soltó un pequeño bufido porque no le dejaban intervenir.

—Y sin embargo, corrieron un grave peligro —remarcó el Maestro Rufus—. Así que ayúdanos a descubrir lo que pasó.

Anastasia se dejó caer de nuevo en su taburete.

—Muy bien. —Se llevó las manos al cuello y se sacó una cadena de debajo de la camisa. Colgando de ella había una jaula alargada... y dentro de la jaula, una llave de bronce con el símbolo alquímico del crisol en el extremo—. Cuando me hice cargo de guardar el camino hacia las cavernas de los elementales profundos, me aseguré de que esta llave nunca se apartara de mí.

—¿Y la otra? —preguntó el Maestro North—. Hay dos llaves. Has dicho que la otra la guardaste en una caja fuerte. ¿Podría alguien haberla robado y luego haberla devuelto a su sitio?

—Es muy improbable —respondió Anastasia—. Tendría que superar tres hechizos de cierre diferentes para poder abrir la caja fuerte. Y la propia caja llegó aquí con mis otras posesiones. El Maestro Taisuke me ayudó a hundirla en la roca.

—¿Qué tipo de hechizos de cierre? —preguntó la Maestra Milagros.

Anastasia vaciló un instante y luego suspiró.

—Supongo que, de todas formas, tendré que cambiarlos ahora, aunque considero muy improbable que nadie haya hecho lo que sugerís. Bien. La primera salvaguarda es una palabra clave, que debe decirse en voz alta. Y no, no os la voy a decir. No se la he dicho a nadie.

Se miró las manos y las perfectas uñas durante un momento. Era más vieja de lo que aparentaba normalmente, mayor que Alastair, y es ese momento se le notaba.

Luego alzó la cabeza y su expresión recuperó parte de una dureza habitual.

—La segunda es un pequeño hechizo muy ingenioso que se activa con la palabra clave. Se abre un agujero en la caja, pero si se mete la mano, una serpiente elemental ataca e inyecta su veneno al ladrón. Para evitar esto, se debe lanzar fuego por el agujero. —Una sonrisita maliciosa le torció la boca.

—Guay —susurró Aaron para sí. Call estuvo de acuerdo.

—Y, por último, hay un hechizo final, de mi invención. Sois los primeros a quienes se lo explico, y lamento tener que cambiarlo. Después de lanzar el fuego, no se ve ningún cambio. En ese momento, se puede meter la mano en el agujero siempre y cuando se haga despacio. Si se saca la mano deprisa, suenan las alarmas y la caja se vuelve a cerrar. En ese momento, aparece una visión de una serpiente elemental desenroscándose y preparándose para atacar, lo que hace que la tentación de sacar la mano deprisa sea comprensible.

Hubo un momento de silencio. Call estaba casi seguro de que se estaban maravillando de sus medidas de seguridad, pero pensó que también podían estar maravillándose de su astucia, porque esas salvaguardas eran muy originales.

—Bien, ¿hemos acabado? Hay algo maligno operando en el Magisterium —continuó Anastasia, con la cabeza muy alta—. Lo sabemos todos. Por eso he venido.

Sugiero que hallemos su origen en vez de lanzar acusaciones sin fundamento. Y antes de que sea demasiado tarde.

El Maestro North miró a Call, Aaron y Tamara.

—Queremos que entendáis que nada similar había pasado nunca antes en el Magisterium y que nos vamos a asegurar de que nunca más vuelva a pasar. Os podéis ir. Continuaremos sin vosotros, pero no dudéis de que descubriremos lo que ha pasado.

Era evidente que los magos se podían pasar toda la noche discutiendo, aunque no había ninguna pista real para localizar al espía. De repente, Call pensó en Jericho Madden y en que su muerte había sido un accidente, un experimento que había salido mal. ¿Habrían hecho una investigación sobre eso? ¿Mucha gente señalando inútilmente con el dedo los unos a los otros?

—Sigo creyendo que lo más seguro sería enseñarles —dijo Anastasia, y la irritación en su voz era inconfundible—. Quizá penséis que soy negligente en mis obligaciones, pero eso no quita que vosotros también lo hayáis sido en las vuestras.

—Les enseñaré —dijo el Maestro Rufus, lanzándole su mirada más severa—. Les enseñaré lo que necesitan saber.

—¡Ah! —exclamó ella, y parecía claro que ya no estaba molesta porque estaba segura de haberse salido con la suya—. ¿Y Aaron y Callum saben que tienen el poder de extraer el alma de un cuerpo vivo? ¿Entienden cómo hacerlo? Qué alivio, porque pensé que os aterrorizaba tanto ese poder que estabais pensando en ocultárselo, incluso si eso les mataba.

—He dado permiso a los alumnos para que se retiren —dijo el Maestro North con una intensidad desacostumbrada—. Tarquin, déjalos ir. Vuelve a desafiarme y te vetaré la entrada en la escuela, sean cuales sean las órdenes de la Asamblea.

Ya fuera de la sala, Call miró a Aaron y Tamara. Esta alzó las cejas en un gesto que expresaba perfectamente lo rara que había sido esa reunión. Aaron meneó la cabeza. Después de andar un tramo, reconocieron el camino; fue un alivio, porque resultó que las piedras eran solo de ida, y les llevaban a la sala de la reunión una y otra vez.

—Menos mal que hemos salido de ahí antes de la cita de Jasper —dijo Aaron, finalmente—. Me estaba preocupando.

—No crees de verdad que sea Celia, ¿no? —preguntó Call—. Me refiero a que en realidad no lo piensas, ¿verdad?

—Sé que no quieres que sea ella —respondió Aaron mientras pasaban ante un musgo que producía una fosforescencia azul cuando entraba en contacto con la respiración de los chicos—. Sé que crees que es tu amiga, pero debemos tener cuidado. Celia se comportó de un modo raro los dos días que se produjeron los ataques. Podría ser una coincidencia, o podría no serlo.

—¿Y cómo nos va a ayudar esa cita? —preguntó Tamara—. Incluso si es Celia, Jasper no es su objetivo.

—Jasper me prometió que diría cosas de Call. Si Celia muerde el anzuelo, entonces lo sabremos.



Llegaron jadeantes a la Galería, que por la noche estaba iluminada con trozos de musgo dispersos por la sala de colores azul y verde. Los alumnos chapoteaban en profundos estanques de agua con un brillo turquesa. Call recordó la primera vez que había estado allí: Celia le había invitado al principio del Curso de Hierro, y había sido una de las primeras cosas del Magisterium que le habían gustado. Le había dejado boquiabierto y se había dado cuenta de que estaba ante un espectáculo que una persona común nunca vería.

Pero ese lugar ya le resultaba mucho más familiar. Incluso reconocía a gente: en un rincón estaba Alex con la hermana de Tamara y otra chica del Curso de Oro. Gwenda y Rafe saltaban en uno de los estanques, salpicándose mutuamente. Kai estaba junto a los tubos de vidrio que dispensaban dulces efervescentes, rebuscando con una mano en una montaña de dulces y sosteniendo un libro con la otra.

—¡Miradme! —gritó alguien. Por un instante, Call pensó que veía a alguien delgado, castaño, con una camiseta gastada, llamándole. Alguien cuyos ojos brillaban en un rostro demasiado pálido.

Drew.

Call parpadeó, y la persona se convirtió en Rafe, que se tiraba al estanque haciendo la bomba. Salpicó agua por todas partes. La gente aplaudió y le vitoreó. Aaron se inclinó para susurrar a sus amigos:

—Está allí.

Señaló hacia un gran sofá lila donde se sentaban Jasper y Celia. Ella estaba muy guapa, con un vestido rosa y el pelo recogido en una cola de caballo. Jasper estaba como Jasper.

Un cuenco de piedra flotaba entre ellos. Celia metió los dedos dentro y, cuando los sacó, le brillaban. Se los sopló, y burbujas multicolores se alzaron en espiral hacia el techo. Se rio.

—¡Agg! —exclamó Call—. Celia le está haciendo ojitos a Jasper. Eso es muy raro. Pero si ni siquiera le gusta. O al menos, si le gusta, nunca había dicho nada.

—Lo está atrayendo a sus garras —afirmó Aaron.

—Sois un par de idiotas —soltó Tarama, que parecía resignada—. Por aquí.

Sigilosamente, fueron por detrás de la gran barra llena de dulces y cosas de comer, pegados a la pared. Estaba oscuro; Call siguió la luz de los relucientes pasadores dorados de Tamara. Cuando llegaron al otro lado, se hallaron detrás del sofá lila, mucho más cerca de Celia y Jasper. Al parecer, le tocaba a Jasper meter la mano en el cuenco. Miró a Celia con intención y se sopló los dedos. Burbujas con forma de corazón se alzaron en el aire.

—Oh, qué cursi —exclamó Call—. Voy a vomitar.

Tamara se tuvo que tapar la boca para silenciar su risa.

—Es una cita —dijo cuando se controló—. En las citas, se supone que la gente va a divertirse.

—O fingir que se divierte —repuso Aaron, mirando a Celia con ojos entrecerrados. Realmente parecía pensar que ella era la culpable.

—¿Y qué hay de divertido en estar mirándose el uno al otro? —quiso saber Call.

—Muy bien —dijo Tamara, lanzándoles a los dos una mirada indescifrable—. Si vosotros, payasos, quedarais con alguien, ¿qué haríais?

Call vio que a Celia se le coloreaban las mejillas cuando Jasper se inclinó y le susurró algo. Era raro contemplarlo. Para empezar, era bastante extraño ver a Jasper siendo agradable con alguien. Por lo general, incluso cuando no iba de burro total, siempre había un retintín en todo lo que decía. Pero con Celia parecía estar comportándose como una persona normal.

Y a ella parecía gustarle, lo que era totalmente injusto, ya que la única razón por la que Jasper estaba saliendo con ella era para disimular lo que realmente habían estado haciendo en la biblioteca.

Pensándolo bien, Celia siempre había dicho que Call se pasaba cuando hablaba de lo imbécil que era Jasper. ¡Quizá era porque le gustaba! Tal vez solo había estado fingiendo que sentía algo por Call para estar más cerca de Jasper.

—No lo sé —contestó Aaron—. Lo que ella quisiera hacer.

Call se había olvidado de la pregunta que Aaron estaba respondiendo. Por un momento, casi deseó que Celia fuera la espía. Eso le enseñaría una lección a Jasper.

Tamara tocó a Call en el hombro.

—Guau. Te debe de gustar de verdad.

—¿Qué? ¡N... no! —balbuceó—. ¡Solo me he quedado colgado pensando! Sobre el imbécil total que es Jasper.

Aaron asintió con convicción. Jasper y Celia estaban mojándose los dedos y soplando al mismo tiempo, y creaban formas de mariposas y pájaros volando. Ambos comenzaron a reír, pero entonces uno de los pájaros de Jasper se comió una de las mariposas de Celia.

¡Eso estaba mejor! Call sonrió malicioso. Se preguntó qué pasaría si crease la ilusión de un gato para atacar a los pájaros.

—Si te gusta tanto, deberías pedirle salir —dijo Tamara lentamente, pensando las palabras con cuidado—. Quiero decir, creo que ella te perdonaría si se lo explicaras.

—¿Explicarle qué? —preguntó Aaron.

Call oyó que Jasper comenzaba a quejarse a Celia de *Peludo*, el hurón de Gwenda. Celia le había explicado a Call la reacción alérgica que había sufrido Jasper a *Peludo* el año anterior, por lo que Jasper tenía que saber que ella ya lo sabía, pero Celia fingió muy bien que desconocía esa historia. Jasper se lo tragó. Habló y habló sobre el estúpido hurón y lo poquísimo que le gustaba, y ella hizo como si estuviera

fascinada.

Call quería gritar.

—¡Ooh, mira! —dijo Celia cuando Jasper ya no le podía sacar más jugo al tema—. Alex Strike está empezando una peli. ¿Quieres ir a verla?

Alex era un mago del aire, y una de las formas en que expresaba su talento era moviendo y coloreando el aire contra la pared de la cueva donde se hallaba la Galería para formar escenas de películas conocidas. A veces cambiaba los finales para divertirse. Call tenía el claro recuerdo de la conga que bailaban un ewok, un droide y el fantasma de Darth Vader en la versión de Alex de *El retorno del Jedi*.

Jasper cogió a Celia de la mano y la ayudó a bajar del sofá. Fueron juntos hacia el lado oeste de la sala, donde se habían colocado varias filas de taburetes. Buscaron dos sitios mientras la luz de esa parte de la caverna se hacía más tenue y comenzaban a verse en la pared las primeras escenas de la película.

—Ahora veréis —susurró Aaron—. Celia va a aprovechar la oscuridad para dejarle inconsciente de un golpe.

De repente, Call se sintió hastiado de todo ese asunto.

—No, no lo hará —dijo—. He estado solo con ella un montón de veces. Si hubiera querido matarme, habría tenido la oportunidad. Deberías dejarlo. El único peligro que hay en esa cita es que Jasper mate a Celia de aburrimiento.

—O que nosotros nos muramos de aburrimiento —masculló Tamara—. Call tiene razón, Aaron. Jasper había prometido sonsacarle información, pero creo que podemos suponer que lo ha olvidado completamente.

Unas formas se movían contra la pared, creando extraños dibujos con luz. Call vio a Alex sentado en el fondo, moviendo las manos ligeramente para cambiar las imágenes. Por lo que podía ver, la película era una combinación de *Toy Story* y *Parque Jurásico*, en la que los juguetes eran perseguidos en la pantalla por velociraptors.

—Esto no da más de sí —dijo Call—. Pero se me ocurre lo que podríamos hacer esta noche.

Eso hizo que Aaron lo mirara sorprendido.

—¿Qué?

—Si alguien bajó a la prisión de los elementales y liberó a Skelmis, entonces al menos hay testigos. Tiene que haberlos.

—Los otros elementales —dedujo Tamara, dándose cuenta al instante de lo que Call sugería—. Están encerrados allá abajo. Habrán visto lo que pasó.

—Pero ¿no les habrá interrogado ya la Asamblea?

—No necesariamente —contestó Call—. La mayoría de la gente les tiene mucho miedo. No los consideran criaturas con las que se pueda hablar. Y son muy difíciles de vencer. Pero con dos makaris... y un elemental en una jaula...

—Es un plan descabellado —repuso Tamara, pero se le habían iluminado los ojos.

—¿Estás diciendo que no quieres probarlo? —interrogó Call.

—No —contestó Tamara—. Solo digo que es un plan descabellado. ¿Y cómo vamos a llegar allí abajo?

—Durante la reunión, Anastasia nos ha dado prácticamente una lección sobre cómo hacerlo —explicó Call—. Ha dicho que guarda una llave en su dormitorio, y otra la lleva colgada al cuello. Lo único que tenemos que hacer es entrar en su cuarto cuando sepamos que no está y coger la llave.

—¿Y los guardias? —preguntó Aaron—. ¿Qué hacemos con los guardias que están en la puerta?

—Ya nos ocuparemos de eso cuando lleguemos allí —respondió Call—. El espía consiguió entrar. Debe de haber una manera. Pero si no lo hacemos esta noche, Anastasia cambiará todos los cierres. No volveremos a tener esta oportunidad.

Aaron lanzó a Celia una última mirada de sospecha y asintió con la cabeza. Juntos, salieron sigilosamente al pasillo. Mientras se dirigían hacia la zona donde se hallaban los dormitorios de los Maestros, Call se dio cuenta de que su plan tenía tres problemas. El primero, no estaban seguros de qué habitación era la de Anastasia Tarquin. El segundo, no sabían cómo entrar. Y el tercero, cuando estuvieran dentro, tendrían que adivinar su palabra clave.

«No puede ser muy difícil», se dijo a sí mismo. Su clave debía de ser algo totalmente evidente. Algo que pudieran imaginarse con solo ver sus cosas.

Y su habitación también podría ser evidente. Miró a Tamara y Aaron. Parecían dispuestos a dejarse convencer de que ese plan podía funcionar. Quizá ya se les hubiera ocurrido cómo hacerlo. Así, al menos, estaban haciendo algo, no solo esperando a que el espía atacara de nuevo.

Call suspiró. Si no se podía contar con los Maestros y la Asamblea para resolver ese asunto, entonces les tocaba a ellos.



CAPÍTULO DIEZ

No tardaron mucho en llegar a los pasillos donde estaban las habitaciones de los Maestros. Era una parte del Magisterium en la que Call nunca había estado. Aunque no estaba prohibido, los únicos alumnos que normalmente se aventuraban por esa zona eran los asistentes como Alex, que hacían recados, o los que llevaban mensajes a los Maestros. Ir allí sin otro motivo era buscarse problemas.

Lo cierto era que a Call le estaba costando mostrar seguridad y caminar de manera natural, como había aconsejado Tamara. Tenía ganas de apretarse contra las paredes, fuera de la vista, aunque se cruzaron con muy pocos alumnos y con ningún Maestro; estaban todos metidos en su reunión, lo que era bueno para realizar su plan. No obstante, eso hacía que el grupo de pasillos donde se hallaban los dormitorios de los Maestros resultara un poco inquietante.

Se divirtieron suponiendo de quién era cada una de las puertas. La del Maestro Rockmaple debía de ser la enorme puerta con tachuelas de bronce; la del Maestro North, la que era de metal liso; la del Maestro Rufus, la que estaba pulida hasta ser como de plata. La puerta con un dibujo de un gatito colgando de un cable y con el mensaje «Aguanta ahí», sin duda debía de ser la de la Maestra Milagros.

La de Anastasia fue igual de fácil de localizar. Había una espesa alfombra blanca frente a ella, y la puerta estaba hecha de un mármol claro con vetas negras que parecían humo. Call recordó haber visto cómo llevaban al Magisterium los caros muebles de Anastasia el primer día de escuela.

—Esta es la suya —dijo, señalándola—. Tiene que serlo.

—Estoy de acuerdo. —Aaron se acercó más, y dio con los dedos en la puerta. Examinó los bordes; igual que las demás puertas del Magisterium, no tenía bisagras, solo el trozo plano ante el que se debía agitar la muñequera para poder entrar.

Finalmente, Aaron dio un paso atrás y alzó la mano. Call sintió un tirón bajo las costillas.

Aaron estaba a punto de emplear la magia del caos.

—Espera —dijo Call—. No... a no ser que no tengamos otra opción.

La sensación del tirón desapareció, pero Aaron le lanzó una mirada casi de dolor.

—¿Qué tienes contra la magia del caos, así, de repente?

Call trató de poner en palabras sus confusos pensamientos.

—Creo que atrae a los Maestros —contestó—. Que tienen algún modo de notarla, al menos si se usa en el Magisterium.

—Había supuesto que fue el escándalo que Skelmis montó en nuestra habitación lo que les hizo acudir tan rápido —dijo Tamara, pensativa—. Pero sí que corrieron mucho solo por unos ruidos. Call podría tener razón.

—Muy bien —repuso Aaron—. ¿Qué propones?

Durante los diez minutos siguientes, probaron todo lo que se les ocurrió. Tamara lanzó un hechizo de fuego, pero la puerta siguió inmutable. Tampoco reaccionó cuando la congelaron, o a «Ábrete sésamo» o al hechizo de apertura que Tamara había empleado en las jaulas en el campamento de la Orden del Desorden. La puerta siguió allí, mirándoles.

Y Call descubrió que tampoco reaccionaba a las patadas.

—¿En serio? —dijo Aaron, después de que se les acabaran las ideas y se apoyaran, sudando, en la pared de enfrente. Miró al póster del gatito de la Maestra Milagros—. Tanta preocupación por la caja fuerte y ni siquiera podemos abrir la puerta.

—Alguien abrió nuestra puerta —remarcó Tamara.

—Así que es posible —añadió Call—. O al menos, debería serlo. Quiero decir, sabíamos que no iba a ser fácil. No entraba la posibilidad de poder pasar cualquier muñequera por delante y que se abriera. —Pasó el brazo ante la puerta para dar más énfasis a sus palabras.

Y se oyó un *clic*.

Tamara se puso muy tiesa.

—¿Ha sido eso...?

Aaron dio dos zancadas para cruzar el pasillo y empujó. La puerta se abrió suavemente. No estaba bloqueada.

—Esto no está bien. —Tamara no parecía contenta, sino molesta—. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado? —Se volvió hacia Call—. ¿Llevas tu muñequera de siempre?

—Sí, claro que... —Call se levantó la manga de su camisa térmica. Y se quedó parado. Llevaba su muñequera puesta, eso era cierto. Pero se había olvidado de la muñequera que se había colocado por encima del codo.

La muñequera del Enemigo de la Muerte.

Tamara tragó aire.

—Esto tampoco tiene sentido.

—Tendremos que descifrarlo más tarde —dijo Aaron desde la puerta—. No sabemos cuánto tiempo podremos estar en su dormitorio. —Parecía agitado, pero mucho más contento que un momento antes.

Le siguieron adentro, aunque la expresión de Tamara seguía siendo de preocupación. Call notó como si la muñquera del Enemigo de la Muerte le quemara. ¿Por qué no la habría dejado en casa, con Alastair? ¿Por qué había querido llevarla a la escuela? Odiaba al Enemigo de la Muerte. Incluso si de algún modo eran la misma persona, odiaba todo lo que Constantine Madden había defendido y todo en lo que se convirtió.

—¡Guau! —exclamó Tamara, mientras cerraba la puerta a su espalda—. Mirad este cuarto.

La habitación de Anastasia era impresionante. Las paredes relucían con vetas de cuarzo, una gruesa alfombra blanca cubría el suelo, el sofá era de terciopelo blanco, la mesa y las sillas eran blancas; incluso los cuadros de las paredes estaban realizados en tonos de blanco, crema y plata.

—Es como estar dentro de una perla —comentó Tamara mientras describía una circunferencia completa, mirando.

—Yo estaba pensando que es como estar dentro de una gigantesca pastilla de jabón —replicó Call.

Tamara le lanzó una mirada asesina. Aaron estaba rebuscando por la habitación; miró detrás del aparador (blanco con platos blancos), detrás de una estantería (blanca, ocupada por libros forrados con papel blanco) y debajo del baúl (blanco) que había en el suelo. Finalmente, se acercó a un gran tapiz que colgaba en una pared. Lo habían tejido con hilos de color crema, marfil y negro, y mostraba una blanca montaña nevada.

«¿La Rinconada? —pensó Call—. ¿La Masacre Fría?».

Pero no estaba seguro.

Aaron movió el tapiz hacia un lado.

—La encontré —anunció, y descolgó el tapiz.

Detrás había una enorme caja fuerte hecha de acero esmaltado. También era blanca.

—¿Quizá su palabra clave sea alguna variación de la palabra «blanco»? —sugirió Aaron, mirando alrededor—. Sin duda, es lo suyo.

Tamara negó con la cabeza.

—En esta habitación sería demasiado fácil que alguien la dijera por casualidad.

Aaron frunció el ceño.

—Entonces, quizá lo opuesto. ¿Negro? ¿Ónice? O un color muy brillante. ¡Neón rosa!

No pasó nada.

—¿Qué sabemos de ella? —preguntó Call—. Está en la Asamblea, ¿verdad? Y estaba casada con el padre de Alex, cuyo apellido es Strike, así que es evidente que

no adoptó su apellido.

—Augustus Strike —dijo Tamara—. Murió hace unos años. Pero era bastante viejo. Desde entonces, ella ha estado ocupando su puesto, dicen mis padres.

—Y mencionó algo de un marido anterior que... y que tenía más hijos —recordó Call—. Quizá se divorciaran, pero si no, serían dos personas que se casaron con ella y murieron. Tal vez sea una de esas mujeres que matan a sus maridos por dinero.

—¿Una viuda negra? —soltó Tamara—. Si hubiera matado a Augustus Strike, la gente se hubiera enterado. Era un mago muy importante. Su puesto en la Asamblea se lo debe a él; antes de casarse, era una maga sin nombre venida de Europa.

—Puede que tenga mala suerte —dijo Call. Se acababa de enterar de que el padre de Alex estaba muerto. Se preguntó si los padres de Tamara habían disuadido a Kimiya de que saliera en serio con Alex porque no estaba bien conectado. Este curso, Alex y Kimiya parecían estar muy unidos de nuevo, pero Call no estaba seguro de lo que eso significaba.

—Alexander —dijo en voz alta—. Alexander Strike.

Esa tampoco era la palabra clave.

—¿Sabemos de dónde vino? —preguntó Aaron—. Europa es muy grande.

—¡Francia! —gritó Call. No pasó nada.

—¡No grites solo «Francia»! —le riñó Tamara—. Hay muchos más países.

—Miremos un poco y a ver qué encontramos —propuso Call, alzando las manos—. ¿Qué usa la gente en sus palabras clave? ¿El cumpleaños? ¿El cumpleaños de sus mascotas?

Tamara encontró una libreta, encuadernada en cuero gris, bajo una pila de libros. Tenía anotadas las idas y venidas de los guardias, nombres de elementales y una nota a medio escribir dirigida a la Asamblea explicando cómo podían reforzarse las medidas de seguridad en el Magisterium y el Collegium mientras los dos makaris aún eran aprendices.

Tamara leyó religiosamente en voz alta todo lo que pudiera ser una palabra de paso, pero la caja fuerte no cambió.

Aaron encontró un pequeño montón de fotos con varias personas de cara muy seria, dos bebés y una mujer muy joven con el pelo negro echado hacia un lado sobre un vestido muy suelto. Las fotos estaban granuladas, y no encontró ningún detalle que le resultara familiar. El paisaje era rural, con campos de flores detrás de la gente. ¿Sería Alex uno de los bebés? Call no sabía decirlo. Para él todos los bebés eran iguales.

No había nada escrito en el dorso de las fotos. Nada que les pudiera ayudar a descubrir la palabra clave.

Finalmente, Call miró bajo la cama. Ya comenzaba a sentirse un poco desesperado. Estaban muy cerca de la llave y de poder hablar con los elementales, pero cada vez le parecía más imposible descubrir la palabra clave de alguien a quien casi no conocía.

Había unos cuantos pares de zapatos blancos de tacón bajo, y una única zapatilla de color crema. Tras ellos había una caja de madera. Podía ser la única cosa en toda la habitación que no fuera de algún tipo de blanco. Mientras Call se acercaba a cogerla, se preguntó si pertenecería a Anastasia. Quizá se la hubiera dejado la persona que se había alojado antes en ese dormitorio.

La empujó hacia un lado y rodeó la cama para inspeccionarla. Madera gastada y bisagras oxidadas; sin duda no era del estilo de Anastasia.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Aaron, acercándose. Tamara se sentó junto a ellos.

Call alzó la tapa...

... y el rostro de Constantine Madden lo miró fijamente.

Call notó como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

No había ninguna duda de que el de la fotografía era Constantine. Conocía el rostro de Constantine tan bien como el suyo, por muchas razones.

No se le veía al completo. La mitad de la cara era juvenil y todavía atractiva. La otra mitad estaba cubierta con una máscara de plata. No era la misma máscara que el Maestro Joseph se había puesto una vez para hacer creer a todos que era el Enemigo. La de la foto era más pequeña; ocultaba las terribles quemaduras que Constantine había sufrido al escapar del Magisterium, pero eso era todo.

Estaba en un grupo con otros magos, todos con el mismo soso uniforme gris. Call solo reconoció a uno de ellos: el Maestro Joseph. También se le veía más joven, con el cabello castaño en vez de gris.

Los ojos gris claro de Constantine miraban directamente a Call. Era como si le estuviera sonriendo, desde años atrás. Sonriéndose a sí mismo.

—Es el Enemigo de la Muerte —dijo Aaron en un susurro, mientras se apoyaba en el hombro de Call.

—Y el Maestro Joseph, y un montón de seguidores de Constantine —añadió Tamara con voz tensa—. Reconozco a algunos. Estoy empezando a pensar...

—¿Qué Anastasia Tarquin era uno de ellos? —concluyó Call—. Sin duda hay algo raro en todo esto. La muñequera del Enemigo ha abierto su puerta, tiene fotos de él...

—Puede que no guarde esta foto por él —aventuró Tamara—. Podría ser por cualquier otra persona.

Call se puso en pie y sintió que le temblaban las piernas. Se volvió hacia la caja fuerte con los puños apretados a los costados.

—Constantine —dijo.

No pasó nada. Tamara y Aaron siguieron donde estaban, medio agachados sobre la caja abierta de Anastasia, mirándolo a él. Ambos tenían la misma expresión en el rostro: Call la llamaba «cara de aceptar el hecho de que Call es malo». La mayor parte del tiempo podían pasar por alto u olvidar que su alma era la de Constantine Madden.

Pero no siempre.

Pensó en los seguidores del Enemigo de la Muerte. ¿Qué los había llevado hasta Constantine? La promesa de la vida eterna, de un mundo sin muerte. La promesa de que la muerte podría revertirse y el dolor borrarse. Una promesa que el Enemigo se había hecho a sí mismo después de la muerte de su hermano y luego había extendido a sus seguidores. Call nunca había perdido a nadie realmente y no podía imaginarse cómo sería; ni siquiera podía recordar a su madre. Sin embargo, podía imaginarse el tipo de seguidores que Constantine sin duda había atraído. Personas que sufrían por la pérdida de alguien, o que tenían miedo a la muerte. Gente para la que la determinación de Constantine de hacer regresar a su hermano a este mundo habría sido un símbolo.

Anastasia había perdido a varios maridos. Quizá quisiera a uno de ellos de vuelta. Call alzó la mano, miró la muñequera del Enemigo y luego otra vez la caja fuerte. —Jericho —dijo.

Se oyó un *clic* y la caja se abrió.

Call, Tamara y Aaron se quedaron inmóviles al oír el ruido. La caja ya no estaba cerrada. Iban a poder colarse para ver a los elementales. El plan había funcionado, pero Call estaba todavía tan nervioso que le temblaban las manos.

Anastasia le había parecido una persona agradable, no una asesina, pero todo parecía indicar, o bien que estaba intentando matarle, o bien que estaba de su lado pero por razones terribles. No le gustaba ni una cosa ni la otra.

—Ahora... mejor lanzas fuego hacia el cierre —dijo Tamara—. Antes de que esa serpiente venenosa elemental salga de ahí.

—Oh, claro. —Call trató de poner en orden sus ideas. Chasqueó los dedos y creó una pequeña llama entre ellos. Luego, se acercó al agujero y la hizo crecer hasta tener una llama larga y fina, como una flecha. La lanzó al agujero que se había abierto en la caja fuerte. La llama silbó, pareció crecer durante un instante y luego estallar en el espacio cerrado. Call no podía ver si había un elemental enroscado en el interior, ¿habría lanzado suficiente fuego para destruirlo? ¿Habría acabado con él o solo estaría escondido en algún rincón?

Extendió la mano hacia el agujero de la caja.

«No vaciles —se dijo—. No te des prisa. Si ves una serpiente, es solo una ilusión».

Avanzó lentamente y oyó tragar aire a su lado.

—Call —advirtió Aaron—, ve muy despacio.

La cabeza de una serpiente se deslizó por el agujero justo cuando la mano de Call rozaba el borde. Era verde brillante como el veneno, con ojos negros como dos gotas de tinta. Sacó una minúscula lengua naranja, probando el aire.

A Call se le puso de punta el vello del brazo. La piel se le erizó cuando sintió a la serpiente deslizarse sobre él, fría y seca. ¿Era realmente una ilusión? No lo parecía. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron cuando, contra todos sus instintos, metió

la mano dentro de la caja. Tanteó un momento y se encontró con lo que parecían ser rollos de una cuerda suave.

Se estremeció instintivamente. Fuera de la caja, la serpiente comenzó a subirle por el brazo.

—Anastasia no habría mentido a los Maestros, ¿no? —preguntó Call en una voz que le temblaba solo un poco—. Esto no es real, ¿verdad?

—Incluso si no lo es, no creo que debas sobresaltarla —contestó Tamara con voz seca y nerviosa.

—¡Tamara! —le riñó Aaron—. Call, estamos seguros. No es real. Sigue. Ya casi estás.

«Seguramente debería ser Aaron el que hiciera esto», pensó Call. Sin duda, él no habría estado pensando seriamente en lanzar un grito agudo o salir corriendo sin ni siquiera preocuparse de las alarmas.

Pero con esa idea le llegó también un pequeño hilillo de duda. Si Aaron quería verlo muerto, ¿qué mejor manera que decirle que hiciera alguna estupidez? ¿Qué mejor modo de animarle a ser valiente y tonto?

«No —se dijo Call—, Aaron no es así. Aaron es mi amigo».

La serpiente ya le había llegado al cuello. Comenzó a enrollarse, como si fuera un ondeante collar... o un nudo.

En ese momento, Call tocó algo que podía ser una llave. Notó la frialdad del metal. Cerró la mano alrededor.

—La tengo. Creo —dijo, y comenzó a retirar la mano.

—¡Ve despacio! —le indicó Aaron, y casi le hizo dar un brinco.

Lo miró enfadado.

—Ya lo hago.

—Ya casi estamos —animó Tamara.

Call sacó el brazo y luego la mano, con la llave. En cuanto la tuvo fuera del todo, la serpiente desapareció en una nube de humo maloliente, y la caja fuerte volvió a sellarse.

Lo habían conseguido. Tenían la llave de bronce.



Cerraron la habitación de Anastasia lo más rápido que pudieron y corrieron hacia el profundo pasaje del Magisterium donde se hallaban los elementales. Call, nervioso, no dejaba de mirar hacia atrás, casi dando por sentado que Rufus o uno de los otros Maestros les habían descubierto e iban tras ellos.

Pero no había nadie. Los pasillos estaban en silencio, y luego aún más cuando la superficie de la piedra que los rodeaba se fue haciendo más lisa, y las paredes y el suelo comenzaron a ser de un mármol tan pulido que resbalaba. Fueron pasando ante puertas grabadas con símbolos alquímicos, pero esta vez Call no se detuvo a mirarlos.

Estaba pensando en Anastasia Tarquin, en la foto que había encontrado en su habitación. En el Maestro Joseph. ¿Sería Anastasia uno de sus sirvientes? ¿Sería la espía del Magisterium y buscaba a Call porque, a pesar de todo lo ocurrido, él seguía siendo el Elegido del Maestro Joseph, el alma del Enemigo de la Muerte?

Tamara se detuvo delante de una gigantesca puerta doble hecha de los cinco metales del Magisterium: hierro, cobre, bronce, plata y oro. Brillaba suavemente bajo la luz ambiental del pasillo. Tamara miró a Call y a Aaron con una expresión decidida en el rostro.

—Dejadme que yo me ocupe de esto —dijo, y llamó una vez, secamente, a la puerta.

Después de un largo momento, la puerta se abrió. Uno de los jóvenes guardianes, que Call recordaba de la última vez, miró a Tamara con suspicacia.

—¿Qué pasa? —preguntó. Tenía unos diecinueve años, y abundante cabello negro. Los uniformes del Collegium eran de un profundo azul marino, con rayas de diferentes colores en las mangas. Call sospechaba que los colores significaban algo; en el mundo de los magos todo tenía un significado—. ¿Qué ocurre, niña?

Tamara contuvo su fastidio por que le llamaran «niña» de un modo admirable.

—Los Maestros quieren verte —contestó ella—. Han dicho que es importante.

El chico abrió más la puerta. A su espalda, Call vio la antecámara, con su sofá y paredes rojo oscuro, y el túnel que desaparecía en la distancia. El corazón le golpeó dentro del pecho. Estaban tan cerca...

—¿Y debo creerme eso? —preguntó el chico—. ¿Por qué quieren los Maestros que deje mi puesto? ¿Y por qué iban a enviar a una cría como tú a buscarme?

Aaron miró a Call. Si el tipo del Collegium no se lo tomaba con más calma, pensó Call, iba a acabar en el suelo con la bota de Tamara en el cuello.

—Soy la asistente del Maestro North —explicó Tamara—. Quería que te diera esto. —Le tendió su piedra guía. El chico abrió mucho los ojos—. Te llevará hasta donde están reunidos; tienes que testificar sobre las protecciones que hay aquí. O si no, te meterás en un lío, o tu jefa se meterá en uno.

El chico cogió la piedra guía.

—No fue su culpa —dijo, y parecía resentido—. Ni de ninguno de los guardias. Ese elemental vino de algún otro sitio.

—Entonces, ve a decírselo —repuso Tamara.

Con la piedra guía en la mano, el chico salió al pasillo. Cerró la puerta a su espalda y Call oyó una docena de cerrojos echándose.

—Será mejor que os piréis —dijo el chico mirando por un momento a los tres, y se fue por el pasillo.

Cuando el guardia desapareció de su vista, Call sacó la llave del bolsillo.

Había una cerradura en la enorme puerta en la que la llave encajaba perfectamente y, cuando estuvo dentro, todo un dibujo de símbolos entrelazados comenzó a brillar. Frases que Call nunca había visto quedaron al descubierto: «Ni

carne ni sangre, sino espíritu». Mientras pensaba en lo que había leído, la puerta se abrió, girando hacia dentro.

Entraron, cruzaron rápidamente la antecámara y se metieron en el pasillo de color rojo oscuro. Era corto y daba a una segunda puerta enorme que subía y subía, del tamaño de las puertas de una gigantesca catedral.

Pero también tenía un punto, un agujerito, tan pequeño que pasaba desapercibido. Call tragó saliva y metió ahí la llave de bronce. La segunda puerta se abrió con un gruñido.

Cruzaron el umbral.

Call no sabía qué esperar, pero el repentino calor de la cueva lo sorprendió. El aire era pesado y olía a acre y a metal. Parecía un sitio donde ardiera una enorme hoguera, pero no se veía ningún fuego. Oía agua corriendo en la distancia y el rugir de las llamas, mucho más cerca. Unas entradas arqueadas se abrían en cinco direcciones diferentes. Cristalizadas en la roca, había unas palabras que sí que conocían: «El fuego quiere arder, el agua quiere fluir, el aire quiere subir, la tierra quiere atar, el caos quiere devorar».

—¿Por dónde? —preguntó Call.

Aaron se encogió de hombros, dio unas vueltas con el brazo extendido y apuntó al azar, como una veleta.

—Por ahí —dijo al parar. El arco al que apuntaba tenía un aspecto idéntico a los demás.

—¿*Warren*? —llamó Call en voz baja. Parecía bastante imposible que el lagarto le pudiera oír desde allí, pero *Warren* ya había aparecido otras veces en lugares raros y en momentos totalmente inesperados—. *Warren*, nos iría muy bien tu ayuda.

—No estoy tan segura —dijo Tamara, mientras se dirigía hacia el arco que Aaron había señalado—. No me fío de él.

—No está tan mal —repuso Call, pero no pudo evitar recordar cómo *Warren* los había llevado hasta Marcus, el antiguo Maestro de Rufus y uno de los Devorados, absorbido por el elemento fuego por usar excesivamente su poder. Aunque también era cierto que Marcus no les había hecho nada y solo les había asustado.

Pasado el arco, la luz se hacía más tenue; más que un pasillo, era un espacio vacío lleno de rocas caídas con un camino abierto en él que conducía hacia más oscuridad. En una de las paredes colgaba una antorcha, que brillaba con luz verdosa. Aaron la cogió y se la puso en cabeza; Call y Tamara le siguieron de cerca.

El camino descendía y se convirtió en una cornisa sobre una profunda fosa. A Call se le aceleró el corazón. Sabía que había grandes elementales encerrados ahí. Teóricamente, los magos podían acercarse a ellos sin resultar devorados; ese era el objetivo de tenerlos prisioneros. Pero bajo la tenue luz de la antorcha de Aaron, Call no pudo evitar sentirse como si estuvieran acercándose a la guarida del dragón en vez de a una celda cerrada.

Un poco más allá, un nicho se hundía en la pared. Cuando pasaron por delante,

vieron a una serpiente alada flotando dentro. Estaba cubierta de plumas de colores naranja, escarlata y azul intensos incluso en la penumbra.

—¿Qué es eso? —le preguntó Call a Tamara.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca había visto ninguno así. Parece un elemental del aire.

—¿Deberíamos despertarlo? —susurró Aaron.

«Debe de estar atrapado de alguna manera», razonó Call, pero no vio ninguna. No había barrotes ni nada. Solo ellos y un peligroso elemental a unos pasos.

—No lo sé —contestó en otro susurro. Trató de recordar los monstruos que había visto en libros, pero no se le ocurrió cómo podía llamarse ese.

La serpiente abrió un ojo; tenía la pupila grande y negra, y el iris alrededor de un brillante color púrpura y con forma de estrella.

—Niños —susurró—. Me gustan los niños.

No dijo «para desayunar», pero a Call le pareció evidente.

—Me llamo Chalcon. ¿Habéis venido a darme órdenes?

La intensidad con la que hizo la pregunta puso muy nervioso a Call. Quería darle órdenes. Quería obligarle a decir todo lo que supiera, o incluso mejor, a que encontrara y devorara al espía. Pero no estaba seguro de cuál sería el precio. Si había aprendido algo durante todo ese tiempo en el Magisterium, era que en las criaturas mágicas se podía confiar aún menos que en los magos.

—Soy Aaron —dijo este. Solo a él se le ocurriría presentarse educadamente a una serpiente flotante—. Estos son Tamara y Call.

—Aaron —le reprendió Tamara entre dientes.

—Estamos aquí para interrogarte —continuó Aaron.

—¿Interrogar a Chalcon? —repitió la serpiente. Call se preguntó si sería muy lista. Sin duda era grande. De hecho, tuvo la sensación de que era mayor de lo que lo había sido hacía un instante.

—Alguien entró hace poco y liberó a uno de vosotros —explicó Aaron—. ¿Tienes idea de quién fue?

—Liberar —repitió Chalcon con voz melancólica—. Sería agradable ser liberada. —Se hinchó un poco más. Call intercambió una mirada nerviosa con Tamara. Chalcon estaba aumentando de tamaño, no había duda. Aaron, delante de ella, con la antorcha en alto, parecía muy pequeño—. Si liberas a Chalcon, te dirá todo lo que sabe.

Aaron alzó una ceja. Tamara negó con la cabeza.

—De ninguna manera —respondió.

Se oyó un fuerte golpe. Chalcon había volado hacia ellos de repente, con sus ojos estrellados ardiendo rojos de furia. Aaron pegó un bote hacia atrás, pero la serpiente se estaba sacudiendo contra una barrera invisible, como si una cortina de cristal los separara.

—No nos va a decir nada —dijo Call, echando a andar—. Vamos a buscar otro

elemental. Otro más cooperativo.

Chalcon rugió mientras se alejaban de su celda; porque era una celda, pensó Call, aunque no tuviera ni puerta ni barrotes. Le dio un poco de pena esa criatura alada, hecha para volar pero encerrada allí.

Claro que si Chalcon fuera libre para volar, seguramente agarraría a Call y se lo comería como un halcón disfrutando de un sabroso ratón de campo.

Siguieron adelante y se encontraron en un espacio más amplio: una sala enorme flanqueada de nichos, donde cada uno contenía un elemental. Las criaturas chillaron y agitaron las alas.

—Elementales del aire —dedujo Tamara—. Los otros cuatro arcos deben de llevar a los de los otros elementos.

—Aquí —dijo Aaron, señalando una celda vacía—. Aquí es donde estaba Skelmis; su nombre está grabado en la placa. Así que los elementales de esta parte deben de haber visto algo.

Call se acercó a una de las celdas. Una criatura con tres grandes ojos castaños sobre un largo tallo y un cuerpo que parecía más un miasma que algo sólido le miró. Call no estaba seguro de que tuviera boca. No parecía tener boca.

—¿Viste quién soltó a Skelmis? —le preguntó.

La criatura solo se le quedó mirando, flotando en su prisión. Call suspiró.

Tamara se acercó a una celda que daba a un enorme espacio donde tres elementales con forma de anguila nadaban en el aire. Eran los mismos que habían transportado a Call, Tamara, Aaron y Jasper en su interior, de vuelta desde la tumba del Enemigo de la Muerte, pero en ese momento eran mucho más pequeños. Quizá todos los elementales podían cambiar de tamaño, como había hecho Chalcon.

Recordar que había volado dentro de los elementales también hizo que Call pensara en dónde se hallaba Jasper en ese mismo momento. En una cita. Con Celia. Quien, definitivamente, no estaba tratando de matar a Call, pero que quizá ya no quisiera ser su amiga.

—¿Todos los elementales del aire son como tontos? —preguntó Call, y el cabreo que sentía por Jasper se le coló en la voz. Tenían muy poco tiempo antes de que los Maestros supieran quién les había enviado al guardia y bajaran allí, acabando con toda la operación. Si para cuando llegaran, no habían averiguado nada, todo el lío en que se iban a meter habría sido para nada.

—Qué cruel —dijo Aaron.

—Pero tiene razón. —Tamara estaba observando el plácido movimiento de los elementales anguilas—. Probemos con los elementales de tierra. Son más amistosos.

Deshicieron el camino, pasando ante Chalcon, que los miró con ojos hambrientos y trino de una manera muy inquietante. Call sentía como si un montón de cuchillos se le clavaran en la pierna. Habían caminado mucho, y la pronunciada cuesta hacía que le ardieran los músculos. Cuando llegaron otra vez al pasillo principal, a pesar de que fuera su plan, estaba casi dispuesto a rendirse. Tamara observó la piedra y trató de

averiguar si había alguna marca que indicara qué arco conducía a los elementales de tierra. Aaron fruncía el ceño, como si estuviera intentando resolverlo todo en su cabeza.

—Os oigo, aprendices —dijo alguien desde el arco más lejano, una voz que les resultaba fatídicamente familiar—. Venid a buscarme.

Call se quedó helado. ¿Sería el espía? ¿Se habían topado con la persona que lo quería ver muerto?

Aaron se volvió con la antorcha en la mano. El arco estaba vacío y el espacio bajo él relucía de un color rojo oscuro, casi negro, como la sangre vieja. El pasillo parecía lleno de sombras amenazadoras.

—Conozco esa voz —susurró Tamara. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas enormes en la oscuridad.

—Venid a buscarme, niños de Rufus —dijo la voz de nuevo—. Y os contaré un secreto.

Aaron alzó la antorcha por encima de su cabeza, con el fuego chisporroteando. Bajo el resplandor verdoso, su expresión era decidida.

—Por aquí —dijo, y salió corriendo hacia la voz, con Tamara pegada a sus talones.

Eso era lo que hacían los héroes, supuso Call. Corrían directos hacia el peligro y no se rendían nunca. Él deseaba ir en la dirección opuesta, o tumbarse y cogerse la pierna hasta que le doliera menos, pero no estaba dispuesto a dejar luchar a Aaron sin su contrapeso.

Aaron no era su enemigo.

Con un gemido e intentando no pensar en el dolor, les siguió.

Enseguida se hizo evidente hacia qué elemento habían corrido. Un calor opresivo salía del arco y del pasillo que había a continuación. Las paredes eran de roca volcánica endurecida, negra y llena de agujeros irregulares. El rugido del fuego les rodeaba, como el estruendo de una cascada.

Aaron estaba en mitad del corredor, con Tamara a su lado. Había bajado la mano con la que sujetaba la antorcha, aunque esta seguía proyectando una extraña luz verdosa sobre ellos.

—Call —llamó, y su voz tenía un tono extraño—. Call, ven aquí.

Call cojeó por el pasillo y pasó por varias celdas que retenían prisioneros a elementales del fuego. Sus jaulas no estaba cerradas por paredes transparentes sino por barrotes dorados, profundamente clavados en la tierra. Tras los barrotes, había criaturas hechas de lo que parecían unas sombras negras con ojos ardientes. Uno era un círculo de manos flamígeras, otro un montón de ardientes aros unidos, que se movían y palpitaban en el aire.

El calor era tan opresivo que para cuando llegó hasta donde estaban Aaron y Tamara, tenía la camisa empapada en sudor y estaba a punto de desmayarse. Pero al instante pudo ver por qué sus amigos se habían quedado tan quietos. Miraban más

allá de los barrotes de una jaula que se encontraba en un mar de llamas. En el centro de ese mar, flotaba una chica.

—¿Ravan? —preguntó Tamara, con una voz quebrada que Call nunca le había oído—. ¿C... cómo es que estás aquí?

Ravan. Call sintió que el horror le recorría. Ravan era la hermana de Tamara. Sabía que había sido absorbida por los elementos, que se había convertido en una de los Devorados, pero nunca se le habría ocurrido pensar que se hallaría ahí abajo.

—¿Y dónde más iba a estar? —contestó la chica-llama—. Nos mienten, ¿sabes? Nos dicen que la patética magia que aprendemos en el Magisterium es todo lo que podemos hacer, pero ahora soy muchísimo más poderosa. Ya no invoco al fuego, Tamara. Soy fuego. —El iris de los ojos le destelló y bailó con lo que Call pensó que era el reflejo del fuego, pero luego vio que realmente había fuego en el fondo de sus ojos—. Por eso me han encerrado.

—Una enternecedora reunión familiar —intervino una voz desde el otro lado de la cueva. Call se volvió en redondo. Marcus *el Devorado* los miraba desde una jaula casi idéntica, sonriendo malicioso—. Callum Hunt —dijo en su voz crepitante y rugiente—. Aaron Stewart. Tamara Rajavi. Aquí estáis. Al parecer, todas mis profecías se han cumplido, ¿no es cierto?

Call recordó lo que Marcus les había dicho dos años atrás, un terrible eco de sus propios miedos: «Uno de vosotros fracasará. Uno de vosotros morirá. Y uno de vosotros ya está muerto».

Ahora sabían cuál de ellos estaba ya muerto: Call. Había muerto como Constantine Madden. «Ya está muerto». Las palabras colgaban en el aire, una prueba terrible de que lo que Marcus había dicho era cierto.

—Marcus. —Aaron lo miró ceñudo—. Has dicho que tenías un secreto para nosotros.

Tamara no parecía poder apartar la mirada de Ravan. Tendió los dedos hacia la mano ardiente de su hermana, como si no pudiera aceptar que ya no era humana.

Marcus rio y el fuego que le rodeaba saltó y bailoteó, hinchándose como un volcán. Incluso Tamara se acabó volviendo, mientras apartaba de golpe la mano, como si acabara de darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer.

—Buscáis al que liberó a Automotones y Skelmis, ¿verdad? —preguntó Marcus—. ¿El que está tratando de matar a Callum? Porque son uno y el mismo.

—Eso ya lo sabemos —replicó Aaron—. Dinos quién es.

—La respuesta no os va a gustar. —Marcus esbozó una flamígera sonrisa—. Es el mejor makaris de vuestra generación.

Tamara pareció todavía más angustiada.

—¿Aaron está tratando de matar a Call?

Call sintió como si todo el aire se hubiera escapado de la cueva. Aaron no podía ser el espía. Pero al oír las palabras de Marcus, se sintió estúpido. Estaban destinados a ser enemigos: Aaron estaba destinado a ser el héroe y Call estaba destinado a ser el

villano. Era así de sencillo. Él nunca había tenido amigos como Aaron y Tamara, y a veces se preguntaba por qué ellos le apreciaban. Quizá la respuesta fuera muy simple. Tal vez Aaron no fuera realmente su amigo.

—¡No! —exclamó Aaron, y abrió los brazos tanto que estuvo a punto de apagar la llama de la antorcha—. ¡Es evidente que no soy yo!

—Entonces, ¿estoy tratando de matarme a mí mismo? —replicó Call, incapaz de contener lo que estaba pensando—. Eso no tiene sentido. Además, es imposible que alguien piense que soy el mejor makaris de mi generación.

—No crees en serio que yo quiera hacerte daño, ¿verdad? —preguntó Aaron—. Después de todo, todo lo que sé de ti y todo lo que he tenido que aceptar...

—¡Quizá no lo hayas aceptado! —replicó Call.

—¡La lámpara casi me dio a mí también! —gritó Aaron.

—Libérame —pidió Ravan a Tamara, con la cara apretada contra los barrotes—. Libéranos a los dos y os ayudaremos. Me conoces. Puede que ahora sea una criatura diferente, pero sigo siendo tu hermana. Te echo de menos. Déjame demostrarte lo que puedo hacer.

—¿Quieres ayudarnos? —preguntó Aaron—. ¡Haz que Marcus les diga que yo no soy el espía!

—¡Calmaos todos! —exclamó Tamara, y miró primero al Maestro Devorado y después a su hermana—. No sabemos cuánto de todo esto es cierto. Quizá solo quiere lo que todos los elementales que están aquí quieren: un billete de salida.

—¿Crees que eso es lo único que quiero? —Ravan puso los brazos en jarras—. Piensas que eres magnífica, Tamara, pero solo eres igual que papá. Te crees que porque rompes las reglas y te sales con la tuya puedes ir juzgando a los que no tenemos tanta suerte. —Y con esas palabras, dejó que las llamas la rodearan, se convirtió en un pilar ardiente y cayó hacia atrás dentro del fuego.

—¡No, espera! —gritó Tamara, mientras corría hacia la celda de su hermana. Agarró los calientes barrotes y los sujetó en un momento de desesperación, pero cuando los soltó Call vio que tenía la piel rosa en las palmas, donde se había quemado—. ¡No quería decir eso! ¡Regresa!

El fuego saltaba, pero no se condensó en ninguna forma humana. Si Ravan seguía ahí, no podían distinguirla entre el resto de las llamas.

—Sé que no me vais a liberar, aprendices, aún no... aunque os podría enseñar mucho. Enseñé bien a Rufus, ¿no creéis? —Había algo hambriento en la mirada de Marcus que hacía difícil mirarle directamente a la cara—. Bien, pero no lo suficientemente bien. No ve lo que tiene delante de las narices.

Miraba fijamente a Call. Este se encogió. No podía mirar ni a Tamara ni a Aaron. Alzó la vista hacia Marcus.

—Has estado en el Magisterium durante mucho tiempo —dijo.

—El suficiente —repuso Marcus.

—¿Y conociste a Constantine? ¿El Enemigo?

—¿El enemigo de quién? —preguntó Marcus con desdén—. El mío, no. Sí, conocí a Constantine Madden. Le avisé, igual que te avisé a ti. Pero no me hizo caso, igual que tú no me has hecho caso. —Sonrió con ironía—. No es muy corriente ver dos veces la misma alma.

—Pero él no era como yo, ¿verdad? —preguntó Call—. Quiero decir, somos completamente diferentes, ¿no?

Marcus esbozó su sonrisa hambrienta y se hundió en las llamas.



CAPÍTULO ONCE

Casi habían llegado al pasillo cuando los Maestros entraron en la sala de los guardias, con la magia destellando en las manos. Tenían los ojos furiosos, dispuestos a luchar. Al ver a Tamara, Aaron y Call, la crepitante bola de energía blanca que flotaba ante el Maestro North se le resbaló y se estrelló contra el suelo, disolviéndose en una lluvia de chispas.

—¿Aprendices? —preguntó—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Explicaos!

El Maestro Rufus avanzó y cogió a Aaron por el cuello de la camisa con una mano y a Call con la otra.

—De todas las cosas temerarias y ridículas que habéis hecho nunca, esta... ¡Esta es la peor! Habéis puesto en peligro no solo a vosotros sino a todo el Magisterium.

Tamara, a la que el Maestro Rufus aún no había agarrado, se atrevió a hablar.

—Hemos pensado que alguno de los elementales podría saber quién había soltado a Skelmis. Ya sé que nos hiciste prometer que no investigaríamos, pero ¡eso fue antes de que atacaran a Call!

El Maestro Rufus le lanzó una mirada a Tamara que Call pensó que le podría chamuscar la piel.

—¿Y por eso os habéis metido en la habitación de un miembro de la Asamblea y le habéis robado algo de su propiedad de la caja fuerte? ¿Algo que os podrían haber robado a vosotros? ¿Habéis pensado en eso?

—Um... —contestó Tamara, que no tenía ninguna buena respuesta.

—Oh, no seas tan duro con ellos —dijo Anastasia, con una voz tan fría como siempre. Tenía que saber que habían encontrado sus fotografías y adivinado su palabra clave, pero parecía totalmente indiferente, como si no tuviera nada de lo que sentirse culpable o temerosa—. Es difícil no sentirse impotente cuando alguien te está

cazando. Y son héroes, después de todo. Debe de ser el doble de difícil para los héroes.

El Maestro Rufus se sacudió al oír la palabra «cazando», pero no soltó ni a Call ni a Aaron.

Tamara observaba a Anastasia. Call vio que estaba tentada a decir algo sobre lo que habían encontrado en su habitación, pero era difícil ponerse en contra de la única persona que estaba de su lado. Además, aún estaba afectada por haber visto a su hermana, encerrada como cualquier otro elemental.

—No podemos dejar pasar esto —dijo el Maestro North—. La disciplina es importante para los aprendices y para los magos en general. Tendremos que castigarles.

Anastasia le palmeó la mejilla a Call con sus dedos helados. Este sintió una vaga sensación de congelación.

—Sin duda, lo podremos dejar para mañana —propuso ella—. Después de todo, soy la víctima. Debería poder decir algo.

—Voy a escoltar personalmente a estos tres hasta su cuarto —informó el Maestro Rufus—. Ahora.

Y arrastró a Call y Aaron hacia la puerta. Tamara les siguió, seguramente contenta de que el Maestro Rufus tuviera solo dos manos. Call miró a Anastasia, que se hallaba junto a los otros, pero no hablaba con ellos. Su mirada estaba fija en Aaron, y lo observaba con una fascinación que hizo que Call notara un nudo en el estómago sin saber muy bien por qué.



Call esperaba que, en cualquier momento, el Maestro Rufus entrara por la puerta de sus nuevas habitaciones y les gritara por meterse en la prisión de los elementales. Durmió mal toda la noche. Se despertó una y otra vez jadeando, con la mano sobre el pecho, después de un sueño en el que algo que no conseguía ver estaba a punto de caer sobre él.

Estrago, que había dejado de dormir en la cuarta habitación, le lamía los pies para consolarlo cada vez que gritaba. Era un poco asqueroso, pero también tranquilizador.

Cuando sonó la alarma, aunque estaba cansado, casi se sintió aliviado de no tener que seguir intentando dormir. Se puso el uniforme, bostezando, y salió a la sala. *Estrago* le siguió pegado a los talones, ansioso por salir a pasear.

Tamara estaba sentada en un brazo del sofá en bata, con una toalla en la cabeza. Aaron estaba junto a ella, con el uniforme y el pelo de punta de haber dormido. Les acompañaba el Maestro Rufus, muy serio. Era evidente que estaban esperando a que Call saliera.

Bueno, ya sabía que ocurriría eso. Se sentó pesadamente junto a Aaron.

—Sabéis que lo que hicisteis anoche es inexcusable —comenzó el Maestro Rufus

—. Entrasteis en la habitación de un miembro de la Asamblea y apartasteis al guardia de la puerta de los elementales. Un chico que, por cierto, se cayó por una sima y se ha roto una pierna. De no ser así, os hubiéramos encontrado mucho antes.

—¿Se ha roto una pierna? —preguntó Aaron, horrorizado.

—Así es —contestó el Maestro Rufus—. Thomas Lachman está ahora al cuidado de la Maestra Amaranth en la enfermería. Por suerte, lo vio un alumno, casi inconsciente en el fondo de una sima seca. Como podéis imaginar, después de que lo descubrieran, la reunión de Maestros se tuvo que suspender. Si no nos hubieran distraído, vuestra aventura en el dominio de los elementales habría sido incluso más corta de lo que fue. —Miró fríamente a cada uno—. Quiero que sepáis que os considero responsables de las heridas del chico. Si hubiera estado allí mucho más tiempo, podría haber muerto.

Tamara parecía desolada. Ella era la que le había dado a Thomas la piedra guía.

—Pero nosotros... nosotros siempre vamos por las cuevas y nunca nos pasa nada.

La expresión del Maestro Rufus se hizo aún más fría.

—Él no fue aprendiz aquí. Anastasia lo seleccionó porque era de fuera, educado en un Magisterium diferente, así que no conoce las cuevas, mientras que vosotros sí.

Call no pudo evitar recordar las advertencias de su padre sobre el Magisterium y las cuevas. «No hay luz allí abajo. Ninguna ventana. Ese lugar es un laberinto. Podrías perderte en las cuevas y morir, y nunca lo sabría nadie».

Bueno, habían encontrado a Thomas. Al menos Alastair se había equivocado en eso.

—Lo sentimos mucho —dijo Call, y lo decía de corazón. De un modo que quizá Rufus no podría entender, lamentaba haber ido a las cuevas de los elementales. Deseaba no haber oído a Marcus decir que la persona que quería matarlo era el mejor makaris de su generación. Deseaba que Tamara no hubiera visto a su hermana, o lo que quedaba de ella. Se había quedado horriblemente callada y sin llorar cuando el Maestro Rufus los dejó en sus habitaciones después de arrastrarlos desde la sala de los guardias. Tamara se había ido a su dormitorio, había dado un portazo y había echado la llave. Call y Aaron se habían quedado mirándose tensos durante un momento antes irse también a dormir.

—Todos lo sentimos mucho —añadió Aaron.

—No es a mí a quien tenéis que pedir disculpas —replicó Rufus—. La Asambleísta Tarquin ha estado pensando vuestro castigo y ha decidido que debéis visitarla en su habitación y pedirle disculpas personalmente. —Alzó una mano para acallar cualquier comentario—. Os sugiero que lo hagáis esta noche. Y tenéis suerte de salir tan bien parados.

«Demasiado bien parados —pensó Call—, y no por una cuestión de suerte».



Cuando Call, Aaron y Tamara entraron en el comedor, se hizo el silencio. Los aprendices que estaban haciendo cola para llenarse los cuencos con liquen, setas y té rojo especiado se quedaron inmóviles en su sitio, mirándoles.

—¿Qué está pasando? —susurró Tamara mientras se apresuraban hacia su mesa de siempre—. ¿Por qué están actuando todos tan raro?

Call miró alrededor. Alex les estaba mirando desde una mesa llena de alumnos del Curso de Oro. Les hizo un corto saludo con la mano y luego bajó la vista a su plato. Kai, Rafe y Gwenda los estaban mirando directamente; Gwenda señalaba a Celia y luego a Aaron, lo que no tenía ningún sentido. En cuanto a la propia Celia, se había sentado en una mesa con Jasper. Estaban cogidos de la mano junto a un plato que parecía de hojas mojadas. Solo tenían ojos el uno para el otro.

—Ya ni sé lo que es normal —dijo Aaron para sí—. ¿Creéis que saben lo de anoche? ¿Que nos metimos en la prisión de los elementales?

—No lo sé —contestó Call. En circunstancias normales, hubiera ido a preguntarle a Jasper, pero se le veía tan embobado que parecía incapaz de hacer nada que no fuera mirar a Celia, decirle cosas estúpidas y babear.

Call se preguntó cuánto tiempo iba Jasper a seguir siendo un idiota embobado. Se preguntó si eso que le estaba pasando a Jasper le habría pasado a él si hubiera ido a esa cita en su lugar.

—Sentémonos y ya está —propuso Tamara, pero no tenía la voz firme. Era evidente que estaba alterada, y de un modo que Call no había visto desde el día en que había descubierto quién era él realmente. Deseó que hubiera algún lugar donde pudieran hablar sobre su hermana. Deseó que todos dejaran de mirarlos.

—Tamara. —Era Kimiya, que se había parado ante la mesa con los brazos cruzados—. ¿Por qué no vienes a sentarte conmigo?

Tamara la miró ceñuda y sorprendida. Pareció haberse quedado sin habla al ver a su hermana.

—Yo... pero ¿por qué?

—Vamos, Tamara —insistió Kimiya—. No me obligues a hacer esto delante de todos.

—¿Hacer qué? —preguntó Call, enfadado de repente. Kimiya estaba actuando como si Aaron y él no existieran.

—No quiero cambiarme de mesa —contestó Tamara—. Quiero sentarme con mis amigos.

Kimiya apuntó a Aaron con la barbilla.

—No es tu amigo. Es peligroso.

Aaron la miró, anonadado.

—¿De qué estás hablando?

—Tu padre está en la cárcel —soltó Kimiya de repente. Aaron se echó hacia atrás como si le hubiera golpeado—. Eso ya es bastante malo, pero es que además has mentado sobre ello. A todos.

—¿Y qué? —intervino Call—. Tú no tienes derecho a saber cosas privadas de Aaron.

—¡Sí que lo tengo si está en mi casa! —replicó Kimiya—. Al menos mis padres merecían saberlo. —Miró mal a Aaron—. Después de todo lo que han hecho por ti...

Una rabia ardiente se apoderó de Call; en parte por Aaron y en parte contra Aaron. No conseguía acallar la molesta vocecita en su interior que le decía «Y si, y si, y si», y odiaba todo lo que le hacía no confiar en él. Incluido el propio Aaron. Se puso de pie, mirando furioso a Kimiya.

—Tus padres le hacían la pelota a Aaron porque era el makaris —gruñó—. ¿Y ahora quieres actuar como si él os debiera algo? ¡No os debe nada!

—¡Parad! Los dos, ¡parad ya! —Tamara se volvió hacia su hermana—. ¿Se lo has dicho a papá y mamá?

—Claro que sí. Tienen derecho a saber qué clase de persona es el makaris.

Aaron ocultó el rostro entre las manos.

—Chivata —le soltó Tamara a Kimiya mientras enrojecía de rabia—. ¿Quién te ha contado lo de su padre? ¿Quién?

—Solo se lo he dicho a tres personas —dijo Aaron con una voz apagada—. A Call, a Jasper y a ti.

—Bueno, pues yo no me he enterado por ninguno de ellos —replicó Kimiya irritada—. Mira...

—Jasper se lo ha dicho a Celia. —Era Alex, que había aparecido detrás de Kimiya. Le puso la mano en el brazo—. Y Celia se lo ha dicho a todo el mundo. Lo siento, Aaron.

Aaron alzó la cabeza. Sus ojos verdes estaban oscurecidos.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

—Todos están muy nerviosos —contestó Alex—. Después de lo que le pasó a Jen y de que os atacara ese elemental... Quieren culpar a alguien, y, bueno, tú eres un makaris. Eres alguien a quien temer.

—¡Yo no le hice nada a Jen! ¡Y nunca le haría daño a Call! —protestó Aaron—. Ni a nadie.

Alex parecía compasivo.

—Aguanta —dijo—. Ya encontrarán otra cosa de la que hablar. Siempre es así. Vamos, Kimiya.

Con un suspiro reticente, Kimiya le dejó llevarla de vuelta a la mesa de los del Curso de Oro.

Tamara alzó la barbilla.

—Vamos a buscar comida —dijo—. Y si alguien nos dice algo a la cara, le contestaremos. Si murmuran a nuestra espalda, no merecen nuestra atención. ¿De acuerdo?

Aaron tardó un momento en levantarse.

—De acuerdo —accedió. Mientras iban hacia las mesas de la comida, le dijo a

Call en voz baja—: Gracias por ponerte de mi lado.

Call asintió. Se sentía mal solo por pensar que Aaron podría ser el espía.

Y sin embargo, no conseguía librarse de esa idea.

Cuando acabaron de pasar por las mesas de la comida, el plato de Call estaba lleno de líquen, setas y tubérculos, aunque tanto el plato de Aaron como el de Tamara seguían inusualmente vacíos. Los tres aprendices se colocaron en su mesa habitual, la misma donde estaban Jasper y Celia, pero tuvieron cuidado de coger los sitios más alejados de ellos. Celia apartó los ojos de Jasper el tiempo suficiente para mirar en su dirección con pena, pero la mirada asesina de Call la hizo volverse deprisa. Siempre había sabido que a Celia le gustaba chismorrear, pero nunca había pensado que le contaría algo así a todo el mundo. Claro que Jasper, probablemente, había dibujado a la familia de Aaron peor de lo que era, para impresionarla. Seguramente, Jasper y Celia se merecían el uno al otro. Call esperaba que se besuquearan tanto rato que se quedaran sin oxígeno y se ahogaran.

—Tenemos que encontrar al espía —dijo Aaron, y devolvió a Call a la realidad—. Nada de esto se va a arreglar hasta que se capture al verdadero espía. Y nosotros, especialmente Call, tampoco estaremos a salvo hasta entonces.

—Muy bien —contestó él, lentamente—. Quiero decir, estoy a favor de ese plan, excepto por el hecho que es más una declaración de objetivos que un plan. ¿Cómo vamos a encontrar al espía?

—Anastasia debe de saber algo —contestó Aaron—. Teniendo en cuenta lo que encontramos, tiene que estar involucrada de alguna manera.

—Su palabra clave es el nombre del hermano del Enemigo de... —comenzó Tamara susurrando, pero se detuvo—. Quiero decir, del Capitán Carapez. Su clave es el hermano del Capitán Carapez. Tiene una foto del propio Carapez en su habitación. Así que tiene que estar en el bando de esa gente. El único problema con esa teoría es que ellos no son la gente que quiere que Call muera.

Call abrió la boca para protestar, pero Tamara le interrumpió.

—O al menos no querían matarlo cuando alguien envió a Automotones. Incluso si el Maestro Joseph ha cambiado de opinión desde entonces.

—Quizá Anastasia odie al Maestro Joseph y al Enemigo y guarde todo eso para recordarle su búsqueda de venganza —sugirió Aaron—. Quizá envió a Skelmis contra Call porque sabe que él es en realidad el Capitán Carapez.

—No le pega hacer algo así —objetó Call.

—Ya —repuso Aaron con una voz tensa—. Eso es lo mismo que dijiste de Celia. Para de hacer como si el espía tuviera que ser alguien que es malo contigo o a quien odias. No puedes creer que porque alguien se comporte como si fuera tu amigo, es realmente tu amigo.

—¿Oh, de verdad? —preguntó Call, y dejó las palabras de Aaron colgando en el aire.

Aaron suspiró y apoyó la cabeza sobre la mesa, entre las manos.

—No quería decir eso. Ha sonado muy mal.

—Quizá deberíamos dejar salir a mi hermana. Quizá pudiera ayudarnos — propuso Tamara con un hilillo de voz.

Call se volvió hacia ella, perplejo.

—¿Lo dices en serio?

—No lo sé —respondió ella, mientras removía con el tenedor la pasta verde que había en su plato—. Tengo que pensarlo más. Después de que Ravan se convirtiera en uno de los Devorados, todos, mis padres, sus amigos, se comportaron como si estuviera muerta, y así es como yo pensaba en ella. Quiero decir, a veces intentaba imaginármela feliz, nadando entre la lava de un volcán o algo así, pero nunca pensé que estuviera atrapada aquí, en el Magisterium. Y ahora que la he visto, siento que todos me han mentado. Es como si no nos hubiéramos esforzado lo suficiente. Y es como que ya no sé lo que siento. —Tamara dejó salir un tembloroso suspiro.

—Si quieres que la saquemos, la sacaremos —dijo Call con sentimiento.

—Pero debemos tener cuidado —advirtió Aaron—. Tendríamos que saber más sobre los Devorados. En el Curso de Hierro, te prometimos, Tamara, que no permitiríamos que te dejaras llevar hasta convertirte en uno de ellos. Creo que esa promesa incluye no permitirte dejarte llevar por uno de ellos. Cuando alguien es un Devorado, ¿sigue siendo él mismo? ¿Cuánto de ellos queda? Si fuera un pariente mío el que estuviera allí, querría creer que es realmente él.

—Tienes razón —repuso Tamara, pero no parecía totalmente convencida—. Sé que tienes razón.

—Esta mañana tenemos clase, ¿verdad? Lo primero que vamos a hacer después es ir a ver a Anastasia a su habitación y disculparnos —dijo Call.

—Y si ella es la espía, tendremos que conseguir salir vivos —añadió Tamara.

—El Maestro Rufus sabe que vamos a ir allí —repuso Aaron—. Sería una locura que nos atacara. La pillarían.

—Depende de si tiene intención de quedarse por aquí después —señaló Call. Le dolía el brazo; seguía llevando las dos muñequeras, aunque se había vuelto más consciente de que llevaba la del Enemigo—. Mirad, o bien Anastasia va a por nosotros y está siendo amable conmigo para que nos confiemos, o está con el Maestro Joseph y es amable conmigo porque soy el Capitán Carapez. De un modo u otro, es peligrosa.

—Tú no eres el Capitán Carapez —masculló Tamara en voz baja.

—Ya sabes a qué me refiero —suspiró Call.

—Entraremos y saldremos de su cuarto lo más rápido posible —propuso Aaron—. No comemos ni bebemos nada, y nos quedamos juntos. Nos disculpamos y nos vamos. Y estamos en alerta máxima todo el rato.

Call y Tamara asintieron. Como plan, no era gran cosa, pero con Tamara preocupada por su hermana y todo el comedor murmurando que los magos del caos daban mal rollo, no iba a ocurrírseles nada mejor. Call pensó lo mismo que había

pensado después de la ceremonia del Collegium: que era un problema que el Enemigo de la Muerte se considerara oficialmente muerto y que la guerra hubiera acabado; en ese nuevo mundo, donde no se necesitaba desesperadamente a los makaris, todos les tenían miedo.



Call se preguntó cómo iría la clase con el Maestro Rufus esa mañana, con ellos tres de un humor tan sombrío, pero para su sorpresa, su grupo tenía un profesor invitado.

Y para mayor sorpresa, era alguien a quien conocía: Alma, de la Orden del Desorden. La última vez que la había visto, Alma había tratado de raptar a *Estrago* para añadirlo a los animales caotizados que tenía encerrados en un enorme establo en medio del bosque.

Seguía sin parecer una secuestradora de perros; más bien tenía aspecto de maestra de preescolar. Llevaba el cabello blanco trenzado y enrollado contra la oscura piel. Iba vestida con una camisa gris sobre una falda verde oscuro. Del cuello le colgaban varias tiras de cuentas de jade. Cuando vio a los tres alumnos, sus ojos fueron inmediatamente a Aaron. Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a la mirada, que continuó siendo intensa y alerta.

—Os presento a mi vieja amiga Alma Amdurer —dijo el Maestro Rufus—. Daba clases en el Magisterium cuando yo era un aprendiz y conoció a mi Maestro, Marcus.

Call se preguntó si Alma sabría lo que le había pasado a Marcus. Su expresión no cambió al oír mencionarlo.

—Sabe mucho sobre la magia del caos. Mucho más, lamento decirlo, que yo. Call y Aaron, vais a pasar la mañana trabajando con Alma mientras yo trabajo con Tamara. He estado pensando mucho sobre lo que dijo la Asambleísta Tarquin en la reunión de los magos y he decidido que, aunque no me guste admitirlo, tiene razón. Necesitáis saber determinadas cosas, y creo que yo no soy la persona adecuada para enseñáros las. Alma ha accedido a venir aquí a pesar de que la he avisado con muy poca antelación, así que quiero que seáis muy educados y la escuchéis atentamente.

Todo ese discurso hizo que Call se pusiera aún más nervioso. Alma se había mostrado encantada cuando Aaron había aparecido en el campamento de la Orden del Desorden. Se moría de ganas de tener a un makaris a mano. Call la recordó tratando de convencer a Aaron de que se uniera a la Orden para que ella pudiera experimentar con él. Y en ese momento, el Maestro Rufus estaba prácticamente sirviéndoselo en bandeja de plata.

—Muy bien —dijo Aaron lentamente, no demasiado entusiasmado.

—Pero nos vamos a quedar aquí a trabajar, ¿no? —Tamara parecía compartir la preocupación de Call y no quería dejar a Aaron solo.

—Estaremos en la sala de al lado. —El Maestro Rufus movió la mano, y la pared de piedra se separó; con un gruñido de rocas, se abrió una grieta que fue haciéndose

más y más ancha, hasta dejar un camino para Tamara y él. Miró a Alma—. Si necesitas algo, dímelo.

—Estaremos bien —contestó ella, posando la vista sobre Call y Aaron.

Call observó al Maestro Rufus y Tamara entrar en la sala contigua. El agujero que Rufus había abierto parecía llevar muy lejos. Tamara estaba tratando de decirle algo a Call, tenía los ojos muy abiertos y con las manos hacía un gesto como de pájaro muriendo. Entonces la roca se volvió a cerrar y Call los perdió de vista.

Sin otra alternativa, se volvió hacia Alma.

—Parecéis muy escépticos —dijo esta, soltando una carcajada—. No os culpo. ¿Puedo deciros algo que tal vez os sorprenda? El Maestro Rufus no le ha dicho a nadie que me había invitado a daros una clase. Ni al Maestro North, ni a la Asamblea. A nadie. La Orden del Desorden no es muy respetada últimamente, y yo tampoco.

—Amenazaste a mi lobo —replicó Call—. Y a mi amigo.

Alma seguía sonriendo.

—Espero que tu amigo no se tome como algo personal que hayas mencionado al lobo primero.

—No —contestó Aaron—. Call sabe que sé cuidar de mí mismo. Pero no nos fiamos de ti. Espero que no te lo tomes como algo personal.

—Y no lo esperaría de vosotros. —Alma retrocedió hasta apoyarse en el escritorio de piedra de Rufus—. Dos makaris —dijo—. La última vez que hubo dos makaris vivos al mismo tiempo, fueron Constantine Madden y Verity Torres. Acabaron en una lucha a muerte.

—Bueno, eso no nos pasará a nosotros —replicó Call. Alma estaba comenzando a sacarlo de sus casillas.

—Dos makaris en el mismo Magisterium, en el mismo grupo de aprendices. ¿Sabéis todo lo que tiene que aguantar Rufus de los otros Maestros por eso? Creen que, de algún modo, los engañó en la Prueba de Hierro. —Rio satisfecha—. Sobre todo por elegirte a ti, Call. Aaron era una elección evidente, pero tú eras algo muy diferente.

—¿Vamos a aprender alguna cosa hoy? —preguntó Aaron—. Aparte de cotilleos de profesores, quiero decir.

—Puede que aprendas la lección más importante de tu vida, makaris —contestó Alma con sequedad—. Os voy a enseñar a ver almas.

Aaron abrió mucho los ojos.

—Cada uno es el contrapeso del otro —continuó—. Y ambos sois magos del caos. Ambos podéis trabajar con la magia del vacío, y por eso lucís piedras negras en las muñequeras; esto es lo que, supongo, os ha dicho todo el mundo desde que demostrasteis ser makaris. Pero hay otra magia con la que podéis trabajar: la magia del alma. El alma humana es lo opuesto al caos, a la nada. El alma lo es todo.

Los ojos le ardían con la luz del fanatismo. Call miró de reojo a Aaron, que parecía fascinado.

—La mayoría de los seres humanos nunca ven realmente el alma —continuó—. Trabajamos como los ciegos, en la oscuridad. Pero vosotros podéis verla. Poneos el uno frente al otro.

Call se volvió hacia Aaron. Se sorprendió un poco al darse cuenta de que eran casi de la misma altura; él siempre había sido más bajo que su amigo. Debía de haber crecido unos cuatro o cinco centímetros.

—Miraos —indicó Alma—. Concentraos en lo que le hace ser él. Imaginad que podéis ver a través de la piel y el hueso, de la sangre y el músculo. No estáis buscando el corazón, estáis buscando algo más que eso. —Su voz tenía un tono arrullador. Call miró la pechera de Aaron. Se preguntó qué se supondría que tenía que ver. Su amigo tenía una mancha oscura en la camisa, donde se había salpicado con té en el comedor.

Alzó la mirada hacia los ojos de Aaron y se lo encontró mirándolo. Ambos sonrieron, sin poder evitarlo. Call se fijó más. ¿Qué hacía a Aaron «Aaron»? ¿Que era amable, que siempre tenía una sonrisa para todos, que era popular, que hacía chistes malos, que el pelo nunca se le quedaba de punta como a Call? ¿O eran las cosas más oscuras que sabía sobre él: que tenía ataques de furia, que sabía cómo robar un coche, que no le había gustado nada ser el makaris porque no quería morir como Verity Torres?

Call notó que algo cambiaba. Seguía viendo a Aaron, pero también estaba mirando dentro de él. Había una luz en el interior de Aaron, una luz de un color que Call nunca había visto. No podía describirlo; era un color nuevo. Ondeaba y cambiaba, como un resplandor proyectado sobre una pared, como la luz reflejada de una lámpara al moverla.

Call hizo un ruido y pegó un bote hacia atrás, sorprendido. La luz y el color se desvanecieron, y se encontró mirando solo a Aaron, que le devolvía la mirada con sus grandes ojos verdes.

—Ese color —dijo Aaron.

—¡Yo también lo he visto! —exclamó Call. Sonrieron ante la temeridad del otro, como dos escaladores que acabaran de llegar a la cima de la montaña.

—Muy bien —dijo Alma, complacida—. Habéis visto el alma del otro.

—Esto es un poco raro —repuso Call—. Creo que no deberíamos mencionárselo a nadie.

Aaron le hizo una mueca.

Call se sintió mareado. No solo había dominado la magia al primer intento, sino que ver el alma de Aaron había hecho que sus breves sospechas sobre él parecieran ridículas. Aaron era su amigo, su mejor amigo, su contrapeso. Nunca querría hacerle daño. Aaron le necesitaba, igual que él necesitaba a Aaron.

Sintió un inmenso alivio.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo Alma—. Lo habéis hecho muy bien. Lo siguiente que quiero conseguir es que os relacionéis con almas. Vais a aprender a

pulsar almas.

—Yo paso —replicó Call—. No sé lo que es, pero no me va a gustar.

Alma suspiró como si pensara que el Maestro Rufus debía de tener una gran paciencia para aguantarle, lo que era bastante injusto porque, como había dicho antes, había otros Maestros que deseaban haberlo elegido.

—Es un método para dejar inconsciente a tu oponente sin hacerle daño de verdad —explicó—. ¿Todavía te opones?

—¿Cómo sabemos que no les hace daño? —preguntó Aaron.

—No parece que lo haga —respondió Alma—. Pero, como con toda la magia del alma, no ha habido estudios suficientes para que estemos totalmente seguros. Cuando Joseph, varios otros y yo comenzamos nuestra investigación, pensábamos que la magia del caos tenía el potencial de hacer un gran bien al mundo. Como en cada generación nacen muy pocos makaris y como la magia del caos siempre se ha considerado peligrosa, no sabemos lo suficiente sobre ella.

«El mejor makaris de vuestra generación».

Call recordó esas palabras y volvió a sentirse irritado. No le importaba que Aaron fuera mejor que él, pero no le gustaba la idea de que alguien fuera mejor que Aaron.

Alma continuó, animándose con el tema.

—Tenéis que entender lo apasionante que era. Estábamos descubriendo cosas completamente nuevas. Los magos del caos ya habían visto almas antes; unos cuantos incluso aprendieron a arrancarlas de los cuerpos. Pero nadie había intentado pulsar un alma. Nadie había intentado meter el caos en un animal. Nadie había intentado intercambiar el alma entre dos cuerpos.

—¿Y Joseph se volvió loco o algo así? —preguntó Aaron—. Quiero decir, ¿cómo es que no detuvo a Constantine antes de que matara a su hermano? ¿Sencillamente estaba entusiasmado con toda esa magia?

Jericho Madden. Call notó que sus pensamientos vagaban en esa dirección. Aunque había ocurrido mucho tiempo atrás, lo sintió más cerca que nunca. Últimamente tenía la sensación de que todo eso estaba a punto de arrancarle su propia vida, del mismo modo que el Maestro Joseph había querido arrancarle el alma del cuerpo.

Los ojos de Alma se ensombrecieron.

—A decir verdad, cuando pienso en aquel día, no sé qué ocurrió. Le he dado vueltas y vueltas, y no puedo evitar llegar a la conclusión de que Jericho murió porque Joseph quería que muriera.

Eso hizo que Call le prestara toda su atención.

—¿Qué?

—Constantine era joven. Tenía otros intereses aparte del estudio de la magia del caos, o mejor dicho, creía que tenía toda la vida por delante para estudiarlo. Y claro, Rufus era su Maestro, no Joseph. Creo que Joseph quería que Constantine se comprometiera totalmente con la causa.

Call estaba horrorizado.

—¿Y el Maestro Joseph hizo que Jericho muriera para que así Constantine se entregara totalmente a la idea de emplear la magia del caos para resucitar a los muertos?

Alma asintió.

—Y para que Constantine odiara el Magisterium, al que culpaba de la muerte de Jericho. Por supuesto, no pienso que Joseph supiera que estaba creando un monstruo. Creo que solo quería asegurarse su lealtad. Creo que quería ser el que hiciera los descubrimientos, que su nombre quedara para siempre.

Call pensó en el Maestro Joseph en la tumba de Constantine, el rictus en el labio y la luz de locura en los ojos. Él no estaba tan seguro de que el Maestro Joseph no lo hubiera sabido, de que no hubiera querido crear un monstruo.

—La gente recuerda al Enemigo de la Muerte —continuó Alma—. Pero olvida al hombre que le convirtió en lo que era. Puede que Constantine fuera malvado, pero también era un personaje trágico. Quería recuperar a su hermano. Pero el Maestro Joseph quería poder. Solo poder. Y esa es la gente más peligrosa del mundo.



CAPÍTULO DOCE

—¿Qué pinta tengo? —preguntó Call—. ¿De arrepentido?

Se hallaban ante la puerta de Anastasia Tarquin en el pasillo que conducía a los alojamientos de los Maestros. Call, Aaron y Tamara habían decidido que debían asearse un poco antes de bajar a ver a la Asambleísta. Les resultaba una presencia algo aterradora, con todas sus joyas y su actitud elegante y altiva. Call tenía la sensación de que se tomaría sus disculpas más en serio si se arreglaban, así que Aaron y él se pusieron las chaquetas de los trajes que habían comprado para la ceremonia en su honor, y Tamara se había puesto un vestido negro de calle.

Estrago no había ido con ellos. Como Call indicó, no tenía nada de lo que disculparse.

Tamara soltó aire con tanta fuerza que se le movieron los rizos del flequillo.

—Estás muy bien —contestó—. Por enésima vez. Hace frío aquí. —Se estremeció—. Llama ya a la puerta.

Aaron alzó una ceja.

—¿Hay algún problema?

—No lo sé —respondió Tamara—. Desde que vi a mi hermana, no puedo pensar en nada más. —Tragó saliva—. Y luego las lecciones de hoy. No me gusta que me separen de vosotros como si tuviera algo raro porque no soy una makaris. Además, el Maestro Rufus ha sido el doble de duro conmigo de lo normal.

—Pues el lunes lo volveremos a hacer —advirtió Call—. Alma vendrá a enseñarnos algo bastante espeluznante que se llama pulsar el alma.

—Alma no me gusta —informó Tamara—. Me pone los pelos de punta.

Aaron se acercó a la puerta.

—Será mejor que acabemos con esto.

Llamó. El sonido pareció rebotar y resonar por todo el pasillo. Anastasia abrió la puerta. Se plantó ante ellos vestida con una esplendorosa túnica de seda blanca sobre un vestido aún más elegante. Llevaba unas zapatillas de cuero blanco.

—Estaba empezando a pensar que nunca llegaríais —dijo, alzando una ceja plateada.

—Um —repuso Call—. ¿Podemos... entrar? Queremos disculparnos.

Anastasia abrió más la puerta.

—Oh, claro. Pasad. —Sonrió mientras desfilaban ante ella—. Seguro que será una conversación interesante.

Tamara lanzó a Call una mirada cargada de significado. Este se encogió de hombros. Quizá Anastasia pretendiera matarlos; al menos iban a descubrir si era la espía y, de un modo u otro, resultaría un alivio. La Asambleísta cerró la puerta a su espalda con un satisfactorio portazo y se reunió con ellos en el salón. Era alta, tan alta que su sombra, proyectada contra la pared del fondo donde había estado la caja fuerte, era enorme y alargada. La caja fuerte ya no estaba; Call se preguntó dónde la habrían puesto los Maestros.

—Sentaos, por favor —dijo Anastasia. Le brillaban diamantes en las orejas, reluciéndoles sobre el pelo.

Los tres se sentaron en el sofá blanco y Anastasia tomó asiento frente a ellos, en una silla de marfil. Sobre la mesita que tenían delante había cinco tazas y una tetera en una bandeja con incrustaciones de algo que podría haber sido hueso.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó—. Tengo una estupenda tisana de lavanda y cidronela que quizá os apetezca después de todos esos hongos y líquenes que os sirven en el comedor. —Hizo una mueca—. Nunca ha acabado de gustarme la cocina subterránea.

Los chicos se echaron un poco para atrás.

—En las presentes circunstancias —contestó Tamara— creo que mejor no.

—Ya veo —repuso Anastasia, con una sonrisa forzada—. Pero ¿eso tiene sentido? Sois vosotros los que entrasteis en mi habitación y me robasteis lo que me pertenecía. Vosotros os metisteis en la prisión de los elementales. ¿No os parece que vosotros sois más una amenaza para mí de lo que yo lo soy para vosotros?

—Somos alumnos —contestó Tamara, que parecía ofendida—. Tú eres una adulta.

—Sois makaris —replicó Anastasia—. Bueno, vosotros dos lo sois. —Señaló con un gesto a Call y Aaron—. Y era una pregunta puramente retórica. Ya sé que no queréis hacer nada malo. Pero, del mismo modo, yo no pretendo haceros daño. Siempre he estado protegiéndoos. No merezco toda esta sospecha.

Call no pudo evitar alzar las cejas.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué tienes una fotografía de Constantine Madden dentro de una caja rara bajo la cama, y por qué la palabra clave de tu caja fuerte era el nombre de su hermano?

—Y yo podría preguntarte cómo conseguiste la muñequera de Constantine Madden, y una vez la tuviste, por qué diablos se te ha ocurrido llevarla. —Miró fijamente a Call.

Él se quedó blanco; la mano se le fue hacia la muñequera, que llevaba debajo de la manga de la chaqueta. En ese momento, al fijarse, se dio cuenta de que se le marcaba un poco.

—¿Cómo lo has sabido?

Anastasia cogió la tetera y se sirvió una taza. El agradable aroma de la cidronela llenó la sala.

—Para empezar, sin ella, no habrías podido entrar en esta habitación. La razón es muy sencilla: hace mucho tiempo, empleé la magia para sincronizar nuestras muñequeras. Lo conocía desde que era pequeño. Ya lo sé, a los niños de tu generación os cuesta pensar en el poderoso Enemigo de la Muerte siendo un muchacho normal, pero era solo un niño cuando vino al Magisterium.

»Me considero parcialmente responsable de lo que le ocurrió a Jericho. Los recuerdos de Constantine y Jericho son los recuerdos de mi propio fracaso. —Bajó la mirada—. Debería haber visto lo que estaba ocurriendo; debería haber detenido a Joseph antes de que llevara a los chicos demasiado lejos. En cierto modo, soy responsable de la muerte de Jericho y de la transformación de Constantine. No me voy a permitir olvidarlo.

Bebió un poco de su té.

—Tengo una deuda con esos chicos. Y la pagaré asegurándome de que la siguiente generación de makaris no sufra ningún mal. Soy vieja y he perdido mucho, pero antes de morir, quiero saber que ambos estaréis a salvo. Callum y Aaron, sois mi esperanza para un futuro mejor.

—¿Por eso te ofreciste voluntaria para ayudar a encontrar al espía? —le preguntó Tamara.

Anastasia asintió lentamente.

—Y si supiera quién es, creedme cuando os digo que no vacilaría en actuar.

—Lo sentimos mucho —intervino Aaron—. Quiero decir, es a disculparnos a lo que hemos venido, pero es verdad. No deberíamos haber mirado tus cosas ni entrado en tu cuarto ni nada de eso. No vamos a pedir perdón por intentar que Call esté a salvo, pero lamentamos el modo en que lo hicimos.

Tamara asintió. A Call le incomodaba que todo el mundo estuviera jugándose el cuello por él.

Anastasia sonrió, como todos los adultos cuando Aaron usaba su encanto. Pero antes de que pudiera decir nada, llamaron a la puerta. Los tres chicos se miraron asustados.

—No os preocupéis. —Anastasia se puso en pie—. Es nuestro cuarto invitado. Alguien a quien también he pedido que venga.

«¿El Maestro Rufus? —se preguntó Call—. ¿Alguien de la Asamblea?».

Pero cuando Anastasia abrió la puerta, resultó ser Alma Amdurer la que estaba en el umbral, envuelta en un poncho rojo oscuro. Entró en la habitación y dejó que Anastasia cerrara la puerta tras ella.

—Hola, niños —saludó con una sonrisa—. ¿Anastasia os lo ha explicado todo?

—Aún no —contestó la propia Anastasia, y fue al lado de Alma. Con todo su blanco y con el rojo oscuro de Alma, Call pensó en la Reina de Corazones y la Reina Blanca de los cuentos de *Alicia*—. He pensado que mejor lo hagas tú.

Alma clavó en ellos sus ojos oscuros.

—Supongo que ya conocéis los planes de la Asamblea para atrapar a los animales caotizados y acabar con ellos —comenzó sin preámbulos.

Call parpadeó, preguntándose qué tenía eso que ver con Anastasia o con ellos.

—Es horrible —dijo.

Alma sonrió.

—Bien. La mayoría de la gente no piensa así. Pero la Orden del Desorden está de acuerdo contigo, y estamos dispuestos a hacer lo que sea para salvar a esos animales.

—Entonces, nos gustaría ayudar —se ofreció Aaron—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Sabemos cuándo van a transportar los animales que han atrapado en estos bosques —explicó Alma—. Necesitamos la ayuda de un makaris para llevarlos desde los vehículos de transporte a un lugar seguro.

Tamara alzó una mano para detener a Call y Aaron antes de que se ofrecieran voluntarios. Su mirada era dura.

—De ninguna manera. Es demasiado peligroso.

Alma les clavó la mirada a los tres.

—Si os importa *Estrago*, deberíais ayudarnos. Son sus hermanos y hermanas del caos. Quizá incluso literalmente.

—Si vamos a ayudaros... y sí, yo voy también, aunque no sea una makaris, entonces necesitamos que hagáis algo por nosotros —replicó Tamara.

—Bueno, eso sería lo justo —contestó Anastasia, con una leve sonrisa.

—Anastasia nos ha explicado vuestras dificultades —dijo Alma—. Y claro, también oímos cosas. La Orden no está totalmente desconectada del mundo de los magos. Estamos dispuestos a ayudaros a encontrar al espía.

Aaron se puso muy tieso.

—¿Qué te hace pensar que vais a encontrar al espía?

—Pues que tenemos testigos a los que podemos interrogar —contestó Alma.

—¡Pero si no ha habido ningún testigo! —protestó Call—. La Asamblea no ha encontrado a nadie...

—Está Jennifer Matsui —repuso Alma con tranquilidad.

Se hizo el silencio.

—Está muerta —replicó Tamara al cabo de un instante, mirando a Alma como si hubiera perdido la cabeza—. Jen está muerta.

—La Orden lleva años estudiando la magia del caos —explicó Alma—. La clase de magia que usaba el Enemigo de la Muerte. La magia de la vida y la muerte. El Maestro Lemuel ha aprendido a hablar con los muertos. Podemos hablar con Jennifer Matsui y averiguar quién la atacó, a cambio de que nos ayudéis con los animales caotizados.

Call miró el rostro impasible de Tamara y luego el esperanzado de Aaron.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué queréis que hagamos exactamente?



Esa noche, Call y Tamara salieron de las cuevas para pasear a *Estrago*. Aaron se había ofrecido a acompañarles, pero era evidente que no tenía ganas de salir. Al final se había quedado en el sofá, envuelto en una manta, leyendo los cómics que Alastair le había enviado a Call desde casa. Cuando la gente estaba enfadada, corría por ahí y gritaba mucho; Aaron se encerraba en sí mismo de un modo que Call encontraba más preocupante.

—Esto no es tu culpa, ya lo sabes —le dijo Tamara mientras *Estrago* olisqueaba un puñado de malas hierbas. El lobo sabía que en cuanto eligiera un árbol o lo que fuera e hiciera sus cosas, lo volverían a llevar dentro, así que estaba tardando lo máximo posible.

—Ya lo sé —suspiró Call—. Yo no pedí nacer, o renacer, o lo que sea.

Tamara soltó un bufido. La noche era clara, las estrellas brillaban y el aire era menos frío de lo que solía serlo en esa época del año. Ella ni siquiera llevaba la chaqueta del uniforme.

—No me refería a eso.

Call respiró hondo.

—Es que siento como si algo hubiera pasado hace mucho tiempo, con Constantine y el Maestro Joseph, e incluso con el Maestro Rufus y Alastair. Descubrieron muchas cosas en el Magisterium. Cosas importantes. Quiero decir, ¿la Orden del Desorden sabe hablar con los muertos? Eso es una pasada. Y sin embargo, nadie más parece saberlo.

—Es que nadie quiere saberlo —repuso Tamara—. No, olvida eso. Apuesto a que es la Asamblea la que no quiere que la gente lo sepa.

Call la miró, sorprendido.

—¿Y qué hay de tus padres? Están en la Asamblea.

—Ellos ni siquiera querían que yo supiera lo de Ravan. —Tamara dio una patada a un montoncito de tierra con la punta del pie—. Tienes razón: Anastasia y la Orden del Desorden conocieron a Constantine cuando estaba en la escuela, lo que significa que saben más sobre lo que pasó que nosotros. Muchísimo más.

—Y también saben más sobre cómo funciona de verdad la magia del caos. —Call llamó a *Estrago* para que volviera a entrar—. Y quizá sepan algo sobre el espía.

—El mejor makaris de nuestra generación —repitió Tamara, pensativa—. Eso quiere decir que alguien más, aquí en la escuela, está empleando la magia del caos. Es solo que aún no le han pillado haciéndolo.

—Nosotros no —especificó Call—. Pero ellos lo harán.

El viento arreció y agitó los árboles con tal fuerza que una cascada de hojas cayó sobre ellos. Le sacudió el pelo a Tamara, que lo llevaba suelto, y se llevó sus voces cuando llamaron a *Estrago*. Después de un instante de frustración, Call señaló la puerta del Magisterium, y con la cabeza gacha, fueron hacia la Puerta de la Misión, con *Estrago* corriendo tras ellos.

Al entrar en las salas oscuras y los pasillos estrechos de la caverna, Call no pudo evitar notar el peso que le caía sobre los hombros y que aumentaba cuanto más se adentraban en las cuevas: el peso de, una vez más, no saber en quién podía confiar.



El lunes, el Maestro Rufus les anunció que tendrían una prueba ese viernes; todos los alumnos del Curso de Bronce competirían unos contra otros. El Maestro Rufus incluso les dio a Tamara, Aaron y Call unos brazaletes morados, que indicaban que eran un equipo de tres.

Callum gruñó. Nunca le habían gustado las pruebas, y menos desde que les tocó luchar contra wyverns en el Curso de Hierro. Como, durante el Curso de Cobre, se habían escapado y habían regresado con la cabeza del Enemigo de la Muerte, ese año había podido saltarse unas cuantas, pero parecía que se le había acabado la suerte.

Aaron estaba demasiado hundido en la melancolía que le producía no caer bien, al menos supuestamente, a nadie en la escuela, para hacer poco más que aceptar solemnemente su brazalete. Call quiso decirle que él nunca había sido popular y estaba perfectamente, pero le preocupó que eso, a Aaron, le pareciera cualquier cosa menos reconfortante. Aun así, era probable que el Aaron melancólico discutiera todavía menos que el Aaron de siempre.

—¿Puedes decirnos algo sobre la prueba? —preguntó Tamara—. Lo que sea.

El Maestro Rufus negó con la cabeza.

—Claro que no. A vosotros tres se os considera, y por muchas razones, un grupo extraordinario. Si no quedáis bien, decepcionaréis a mucha gente, yo incluido. Espero que deis lo mejor de vosotros. Y espero que seáis capaces de hacerlo sin ninguna «ayuda».

Tamara se encogió de hombros y sonrió.

—No puedes culparme por intentarlo.

El Maestro Rufus le lanzó una mirada que decía que sí podía, pero dejó el tema. En lugar de eso, se lanzó a dar una lección sobre qué debía hacer alguien cuando le parecía que había empleado demasiada magia y un hechizo se le comenzaba a escapar de las manos. La respuesta era corta: la responsabilidad de esa persona era

controlarlo.

En los últimos días, todo lo que aprendían tenía que ver con la responsabilidad y el control. Y nada de eso les ayudaba.



Cuando volvían a sus nuevas habitaciones, vieron a Gwenda rondando por el pasillo. Hacía frío, y ella llevaba un grueso jersey y vaqueros, además de una expresión de irritación en el rostro. Se animó cuando ellos se acercaron, sin dejar de frotarse los brazos para calentarse.

—Esperaba pillaros —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara. Aaron se quedó un poco atrás, como temeroso de que le soltara alguna bordería o lo mirara mal. Pero ella solo parecía esperanzada.

—Tengo que hablar con vosotros —contestó—. ¿Podemos ir a vuestra nueva habitación?

Los tres se miraron entre ellos. Call vio su propia chispa de excitación reflejada en el rostro de sus amigos. Quizá Gwenda supiera algo del espía, o hubiera visto algo, o sospechara de alguien.

La dejaron pasar a su sala, y Call indicó a *Estrago* que se quedara en la puerta por si alguien intentaba entrar. El lobo se colocó en su puesto con aire vigilante.

—Mirad —comenzó Gwenda, cuando los tres se hubieron sentado y la miraban expectantes—, la cosa es...

—Va, Gwenda —la animó Tamara—. Nos puedes contar lo que sea.

—¡Quiero venir aquí con vosotros! —soltó Gwenda, mientras se iba sonrojando—. Sé que los aprendices del mismo grupo suelen compartir habitaciones, pero me he informado y te puedes cambiar si quieres. He oído que teníais un dormitorio vacío, y es que... ¡no lo aguanto más!

—¿Aguantar el qué? —preguntó Aaron.

—¡A Jasper y Celia! —contestó Gwenda exasperada—. Siempre están acurrucados en el sofá, besuqueándose, babeándose en la oreja. Es horrible.

—Pues diles que paren —replicó Call decepcionado.

Por su parte, Tamara parecía divertirse.

—No paran —explicó Gwenda—. Lo he intentado, Rafe lo ha intentado, y es totalmente inútil. No escuchan. Por eso las relaciones entre aprendices del mismo grupo son una mierda para todos.

—Tendremos que preguntar al Maestro Rufus —advirtió Aaron, que tenía un corazón sensible a las historias lacrimógenas y seguramente se alegraba de que Gwenda prefiriera su origen criminal a tener que aguantar los besuqueos de Jasper.

Call la miró fijamente. Le caía bien, pero dada la cantidad de planes que tenían y el montón de escapadas que Aaron, Tamara y él hacían, creía que tenerla en su alojamiento podía ser un inconveniente.

—Mis padres tuvieron una relación siendo del mismo grupo —replicó.

—Bueno, pues apuesto a que el resto de su grupo los odiaba —contestó Gwenda sin ningún tacto.

Call estaba a punto de abrir la boca para decirle que compartían grupo con el Enemigo de la Muerte y su hermano, pero decidió no hacerlo. No era exactamente un secreto, pero tampoco algo que supieran todos. Cuanto menos se hablara de su conexión con Constantine Madden, mejor.

Además, si Gwenda comenzaba a sugerir que el Enemigo de la Muerte había acabado siendo un Señor del Mal porque los padres de Call le habían molestado con su romance, tendría que matarla.

—Gwenda... —comenzó Tamara, que estaba claro que tenía las mismas dudas que Call.

Llamaron ruidosamente a la puerta. Gwenda pegó un brinco y luego miró esperanzada.

—¿Es el Maestro Rufus? Se lo podríais preguntar ya.

Aaron negó con la cabeza.

—El Maestro Rufus entra directamente —dijo mientras se ponía en pie. Fue hasta la puerta y la abrió.

Era Jasper.

—Oh, Dios mío —se quejó Gwenda—. ¿Por qué no me puedo librar de ti?

Jasper parecía confundido.

—¿Y por qué alguien querría librarse de mí?

Gwenda se volvió hacia Call y Tamara.

—¿Viene aquí todo el rato? ¿Aparece así sin avisar?

—Constantemente —respondió Tamara.

—Es un problema —la secundó Call.

Gwenda alzó los brazos al cielo.

—Entonces, olvidadlo —dijo—. Olvidad todo lo que os he dicho.

Se marchó de la sala, pasando junto a Jasper, que seguía mirándola confundido.

—¿De qué iba eso? —preguntó.

—Sobre todo de que eres un pesado —contestó Call—. Aunque eso ya lo sabíamos.

Jasper entró en la habitación y la puerta se cerró tras él. Estaba cogiendo aire para decir algo cuando *Estrago* se le echó encima y lo tiró al suelo. Jasper soltó un grito.

—¡Ups! —exclamó Call—. Le he dicho a *Estrago* que guardara la puerta, y...

Jasper gritó un poco más, lo que a Call le pareció innecesario. *Estrago* no daba ninguna muestra de querer hacerle daño. Lo conocía. Solo estaba sentado sobre él, con la lengua fuera, mirándole pensativo.

—Sácamelo... de... encima —dijo Jasper, apretando los dientes.

Call suspiró y silbó.

—Ven, *Estrago* —llamó. Mientras el lobo iba a que le elogiara y le rascara detrás

de las orejas, Jasper se puso en pie, sacudiéndose exageradamente el jersey.

—Vale, Jasper —dijo Tamara—. Suéltalo. ¿Por qué has venido?

—O márchate —añadió Aaron con frialdad mientras se ponía en pie—. Eso también estaría bien.

Tamara alzó las cejas. Call se quedó con la boca un poco abierta. Aaron no solía hablar así a la gente. Ni tampoco solía mirar a la gente del modo que estaba mirando a Jasper: como si fuera a darle un puñetazo en toda la cara.

A Call le entraron ganas de hacer palomitas.

Jasper parecía incómodo.

—Venía a disculparme.

Aaron no dijo nada.

—Sé que creéis que yo inicié ese rumor —continuó Jasper—. Bueno, no es que sea un rumor exactamente, eso sobre tu padre. Es verdad.

Aaron parecía aún más amenazador, si eso era posible.

—Era un secreto —dijo—. Y lo sabías.

—Sí. —Jasper tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Y el resto son mentiras —continuó Aaron—. Nunca haría daño a Call. Es mi mejor amigo. Es mi contrapeso.

—Lo sé —admitió Jasper, para sorpresa de Call—. Yo no le he dicho eso a nadie. ¡De verdad que no! Sí que le dije a Celia lo de tu padre, y no debería haberlo hecho. Lo siento muchísimo, de verdad. Todo el mundo hablaba de ti, y me dejé llevar. Pero no dije nada del resto.

—¿Y tú crees que soy el espía? —preguntó Aaron.

Call recordó lo que había dicho Jasper en el comedor: «Aaron te contó dos historias diferentes de su pasado. Eso es bastante sospechoso. No tenemos ni idea de dónde procede ni de quién es su familia. De repente sale de la nada y, ¡bum!, makaris».

Jasper miró a Call. Probablemente estaba recordando eso mismo.

—No lo creo —contestó Jasper—. Me lo pregunté, después de que empezaran los rumores. Pero la única persona a la que le he dicho que quizá lo podrías ser es Call.

Aaron lanzó una mirada dolorida a Call, antes de volver a mirar a Jasper.

—¿Y lo crees?

—No —contestó Jasper—. No eres el espía, ¿vale? No creo que seas el espía, y siento mucho haberle dicho a Celia lo de tu padre. Y si sirve de algo, ella también lo siente. Nunca pensó que las cosas se saldrían tanto de madre. Ella solo se lo dijo a dos personas, y les hizo prometer que guardarían el secreto, pero luego el rumor se disparó.

Aaron suspiró y pareció perder las ganas de guerra.

—Supongo que no pasa nada. ¿De verdad que tú no comenzaste el rumor de que yo iba a por Call?

Jasper se puso todo formal y colocó la mano sobre el corazón.

—Lo juro por el nombre de los DeWinter.

Call soltó un resoplido y recibió una agradable mirada furibunda de Jasper. Las cosas parecían casi normales.

—Oh, no —repuso Tamara—. Si quieres que pasemos página, tendrás que hacer una cosa por Aaron. Y Celia tiene que ayudarte.

—¿Qué? —Jasper miró a Tamara, preocupado, lo que casi siempre era una buena señal. Pero era aún mejor en ese momento, cuando ella lo miraba con un brillo extraño en los ojos.

—Celia está metida en eso de los rumores —contestó Tamara—. Que intente averiguar si puede haber otro makaris en la escuela, o en cualquier parte. Alguien operando en secreto. Y si hay alguien con quien Drew hablara mucho. ¿De acuerdo?

—Y de paso, que descubra quién comenzó el rumor de Aaron —añadió Call.

Jasper asintió, alzando las manos como para decirles que no se enfadaran con él.

—Hecho.

—Bien. Disculpa aceptada. —Aaron se dejó caer sobre el sofá—. Además, tienes problemas peores que nosotros. Gwenda estaba aquí porque quiere marcharse de vuestra habitación.

—¿Por mí? —repuso Jasper—. Eso es ridículo.

—Quizá no sea muy romántica —dijo Tamara con una sonrisa irónica.

Jasper se sentó junto a Aaron sin esperar a que le invitaran.

—Solo está celosa porque no tiene un novio como yo. Soy un novio genial. Sé exactamente cómo hacer feliz a una chica.

Tamara puso los ojos en blanco. Call se alegró de que Jasper no le resultara nada convincente. Después del cambio de bando de Celia, ya no estaba seguro de lo que impresionaba a las chicas.

—Como prueba de que estoy sinceramente arrepentido, os podría dar algunos de mis mejores consejos románticos —ofreció Jasper.

Call, que estaba a punto de sentarse en uno de los brazos del sofá, comenzó a reír con tantas ganas que se cayó. Se dio con la pierna mala contra el suelo y se hizo daño, pero no lo suficiente como para pararle el ataque de risa.

Tamara sonreía, aunque intentaba evitarlo. Los labios le tironeaban por las comisuras.

—¿Estás bien? —preguntó Aaron, mientras se agachaba para ayudar a Call.

—¡Sí! —consiguió decir este antes de volver a reír. Se dejó caer en el sofá al otro lado de Aaron, todavía jadeando—. ¡Bien! ¡Estoy bien!

—Consejo número uno —comenzó Jasper. Miró ceñudo a Call, que estaba claro que no apreciaba la sabiduría que estaba a punto de compartir con ellos—: Cuando hablas con una chica, tienes que mirarla directamente a los ojos. Y no puedes parpadear. Esto es muy importante.

—¿Y eso no hace que los ojos te empiecen a llorar? —preguntó Aaron.

—No si lo haces bien —respondió Jasper con intención.

Call se preguntó qué querría decir. ¿Acaso se suponía que debían desarrollar un segundo párpado, como los lagartos?

—Vale, así que el primer consejo es que mires directamente a la chica —dijo Call—. Si te gusta.

—Consejo número dos —continuó Jasper—: Hay que asentir a todo lo que dice, y reír mucho.

—¿Reírse de ella? —inquirió Tamara, dudosa.

—No. Como si fuera muy divertida —contestó Jasper—. A las chicas les gusta pensar que te están embobando. Consejo número tres: la encandilas con la mirada.

—¿La encandilas? —repitió Aaron, sin poder creérselo—. ¿Y cómo lo haces, exactamente?

Jasper se irguió y se sacudió el pelo hacia atrás. Bajó los párpados y los miró directamente con la boca en una mueca hosca.

—Parece que estés loco —dijo Call.

Jasper guiñó aún más los ojos, hasta cerrar uno y los miró intensamente.

—Ahora pareces un pirata —apuntó Tamara.

—Pues con Celia funciona —afirmó Jasper—. Se derrite cuando lo hago.

—Le deben de gustar los piratas —comentó Aaron.

Jasper puso los ojos en blanco.

—El cuarto consejo es llevar el corte de pelo adecuado, pero es evidente que eso es imposible para vosotros dos.

—¡A mi pelo no le pasa nada! —exclamó Aaron.

—Está bien —repuso Jasper—. El de Call parece que se lo ha cortado con una piedra afilada.

Estrago ladró. Tamara se echó a reír, rodó hacia el costado del sofá y chocó los talones en el aire. Call no creía haberla visto nunca divirtiéndose tanto.

—Oh, y si la cabeza se te va a otro lado mientras te está hablando, debes decirle que te ha distraído su belleza —añadió Jasper—. Y sea lo que sea que lleve puesto, dile que es tu color favorito.

—¿No notará que tienes varios colores favoritos? —preguntó Aaron.

Jasper se encogió de hombros.

—Seguramente no.

La risa de Tamara se estaba transformando en hipo.

—Jasper —dijo—. Hazme un favor.

—¿Sí? —preguntó Jasper.

—Nunca vayas detrás de mí.

Jasper parecía indignado.

—No lo entendéis, ninguno —soltó mientras se ponía en pie—. Bueno, ya he cumplido con mi misión. Me he disculpado y os he dado consejos.

—Y has prometido que harías que Celia buscara información útil —le recordó Call.

Jasper asintió.

—Hablaré con ella.

—¡Y no te olvides de encandilarla! —gritó Tamara desde el sofá mientras Jasper iba hacia la puerta. Este le hizo una mueca mientras la abría, y entonces frunció el ceño.

—Hay una nota pegada en la puerta —informó mientras cogía el papel—. Está dirigida a Call y Aaron.

Era una nota doblada. En una caligrafía poco clara ponía: «Callum Hunt y Aaron Stewart».

—Ya la cojo yo —dijo Aaron, y se puso en pie de un salto. Pero Jasper, con una sonrisa de medio lado, ya estaba tratando de abrirla.

—¡Guau! —exclamó. Una pequeña chispa, como una sacudida de electricidad estática, había saltado del papel a su mano.

—Tiene un hechizo —señaló Tamara, que parecía complacida—. Solo Call o Aaron pueden abrirla.

Muy a su pesar, Jasper parecía impresionado.

—Es bastante guay —dijo. Recogió la nota y se la lanzó a Aaron—. Hasta luego.

Desapareció por el pasillo. Aaron abrió la nota mientras se cerraba la puerta. Las cejas se le juntaron al leerla.

—Es de Anastasia Tarquin —informó—. Nos pide que nos reunamos con ella en la Puerta de la Misión el viernes, diez minutos antes de medianoche. Dice que llevemos a *Estrago*.

—Es el mismo día de la prueba —repuso Tamara, incorporándose—. ¿De qué querrá hablarnos?

—No creo que quiera hablar —opinó Aaron, que seguía mirando el papel—. Creo que es cuando vamos a hacerlo. Es cuando vamos a robar los animales caotizados.



CAPÍTULO TRECE

Faltaban cuatro días para el viernes, y Call, Aaron y Tamara los pasaron preocupándose alternativamente por el plan de Alma y por la prueba. El Maestro Rufus no paraba de hacerles comentarios crípticos durante las clases y de asignarles deberes extravagantes. Esa semana, Call aprendió a (a) coger el fuego que Tamara le había lanzado, (b) respirar después de que Aaron empleara la magia del aire para extraerle el oxígeno, y (c) secarse la ropa después de que el Maestro Rufus lo empapara. Esa última parte, por desgracia, no se hizo con magia.

No fue de gran ayuda que todos estuvieran de un humor raro. Tamara no paraba de mirar las parpadeantes llamas de las velas y las chimeneas, como si fuera a ver el rostro de su hermana en ellas. Aaron no paraba de mirar alrededor en el comedor, como si esperara que alguien le fuera a tirar comida. Y Call no paraba de sobresaltarse con las sombras, hasta tal punto que estaba asustando a *Estrago*.

Tampoco ayudó que Jasper continuara siendo inútil en el asunto de los rumores. Según Celia, Drew no había tenido muchos amigos. Solía estar solo, y a veces iba detrás de alguno de los alumnos mayores para pedirles consejo sobre cómo soportar al Maestro Lemuel. Al parecer, Alex Strike le había dicho que debía acudir al Maestro North, pero Drew no lo había hecho. Probablemente tenía órdenes de pasar lo más desapercibido posible, y eso incluía no ir a quejarse al director de la escuela.

En cuanto a la persona que había empezado los rumores sobre Aaron, Jasper no había averiguado nada todavía. Prometió tener más información al final de la semana.

Cuando llegó el jueves, Call estaba deseando que llegara el viernes, por muy mal que pintara el día. Lo que fuera para conseguir algunas respuestas. Pero en el comedor, el Maestro Rufus les dijo que iban a tener una clase por la noche, porque Alma había regresado.

—Tamara, es una clase sobre la magia del caos, así que... —comenzó, pero ella le interrumpió.

—Quiero mirar. Será interesante. No hay tanta gente que pueda observar directamente la magia del caos y yo ya he visto un montón. Quiero saber más sobre cómo funciona.

El Maestro Rufus asintió, aunque no parecía contento del todo. Claro que la expresión habitual de Rufus era bastante seria, así que tal vez la que puso en ese momento no quisiera decir nada.

Después de acabarse sus líquenes, setas y turbios batidos grises subterráneos, se reunieron en su aula de siempre. El Maestro Rufus iba de un lado al otro. Alma se apoyó sobre un corto bastón y habló.

—Como sabéis, lo opuesto a la magia del caos, o del vacío, es el alma. En la última lección, aprendisteis a ver el alma. Ahora quiero que aprendáis a pulsar el alma de otra persona con vuestra magia; una ligera presión, eso es todo.

—Creo que ya dije que preferiría no hacerlo —respondió Call—. Es inquietante y raro, y ni siquiera sabemos lo que le hace a la otra persona.

Alma soltó un suspiro de límite de paciencia.

—Como ya dije, la vais a dejar inconsciente. Nada más. Pero si eres tan delicado, sugiero que comience Aaron. Puede practicar contigo.

—Yo... eh... —comenzó Call.

Tamara se levantó de donde estaba sentada, contra la pared de piedra.

—Yo lo haré.

—¡No puedes! —exclamó Call—. Además, ¿por qué todo el mundo quiere dejarme noqueado?

—Debe de ser algo que tienes en la cara —replicó Tamara, meneando la cabeza como si Call estuviera siendo más ridículo que de costumbre—. Pero lo que quería decir era que dejaré que Aaron practique conmigo. Me ofrezco voluntaria para que me pulse el alma.

Aaron la miró dudoso.

—¿Por qué? ¡No quiero hacerte daño!

Tamara se encogió de hombros.

—Quiero saber cómo funciona, y quizá no sea capaz de contaros mucho, pero puede que sí. Os preocupa que haga daño, y yo os lo podré decir.

Call vaciló. Se sentía estúpido por protestar. Aprender a pulsar a la gente para ponerlos a dormir era asombroso, mientras no les revolviere el alma. Si alguien le estaba molestando, una pequeña presión en el alma y se lo quitaría de en medio. Podría hacer que Jasper se desmayara constantemente.

—Muy bien, muy bien —dijo finalmente—. Enséñame a mí también cómo hacerlo.

Tamara le hizo una mueca, pero Alma se deshizo en sonrisas.

—Es fácil —le dijo.

Pero no lo era. Alma entendía la teoría, pero nunca lo había hecho, y habían pasado casi dos décadas desde la última vez que había tenido un makaris para experimentar. Según ella, ese acto requería una grandísima concentración; primero hay que ver el alma y luego acceder a una mínima porción de magia del caos para tocarla.

Para su disgusto, Call acabó trabajando con Alma, mientras que Aaron se quedó con Tamara. La idea de tocar el alma de alguien a quien casi no conocía le hacía sentir frío, temblores e incomodidad.

Pero tenía que intentarlo. Cerró los ojos y trató de hacer lo que ella le decía: intentó ver su alma como había visto la de Aaron. Pero no era lo mismo. Aaron era uno de sus mejores amigos. Con Alma era como jugar al escondite en la oscuridad, palpando sin saber dónde. Pero consiguió captar su alma cuando menos lo esperaba. Y no solo la rozó; la sintió, alargada y plateada, agitándose como un pez fuera del agua. Antes de apartar de ella sus pensamientos, llegó a tener la impresión de sentir una voluntad de hierro, una gran tristeza y un repentino terror. Jadeante, abrió los ojos justo a tiempo para ver los de ella quedarse en blanco.

Alma se desplomó sobre el montón de almohadones que el Maestro Rufus había conjurado desde alguna otra parte del Magisterium.

Call echó una mirada y vio a Aaron coger a Tamara en brazos cuando esta se desmayó elegantemente. Aaron la sujetó durante un momento, hasta que ella abrió los ojos con un parpadeo, rio y se incorporó, sonriendo a Aaron.

Rufus había corrido junto a Alma.

—Sigue inconsciente —dijo—. Pero está bien. —Parecía muy serio—. Buen trabajo, chicos.

Lo había hecho. Había pulsado el alma de otra persona. Pero no le había gustado nada. Nada en absoluto.



Llegó el viernes. A Callum lo despertó *Estrago* lamiéndole los pies desnudos, lo que le daba un poco de asco y también le hacía cosquillas. Medio dormido, se dio la vuelta en la cama e intentó protegerse los pies metiéndolos bajo las sábanas. Pero con eso solo consiguió que *Estrago* se subiera a la cama y le lamiera la cara.

—Fuera... puff... ¡baja! —balbuceó Call mientras se cubría la cabeza con una mano y apartaba al lobo con la otra. A veces, saber dónde había metido la lengua *Estrago* era peor que no saberlo.

Se puso el uniforme, aún adormilado, y se preguntó si podría pulsar el alma de *Estrago* para que le dejase dormir quince minutos más. Pero decidió que, con lo de ser caotizado y todo eso, seguramente a su alma ya le habrían hecho suficiente.

Call salió a la sala y llamó a la puerta del dormitorio de Tamara. Le tocaba a ella acompañarlo en el paseo de la mañana. Oyó un gruñido desde dentro y, al cabo de

unos minutos, Tamara abrió la puerta, con tanta cara de sueño como tenía él y con el brazalete púrpura ya en el brazo. Eso le recordó que tenía que ir a buscarlo. Salieron al pasillo con una correa en la mano, que no se molestaron en ponerle a *Estrago*.

—Hoy es el día —dijo Tamara a medio camino de la Puerta de la Misión, y señaló su brazalete—. Todos estarán esperando grandes cosas de nosotros en la prueba, pero he estado charlado con otros alumnos y el Maestro Rufus se ha pasado tanto tiempo hablándonos de la «responsabilidad personal» y enseñándonos a vosotros la magia del caos que creo que no estamos preparados.

Call se concentraba en no tropezar. Por las mañanas siempre tenía la pierna agarrotada, y era complicado no poner demasiado peso sobre ella antes de que se le hubiera calentado. Asintió. Él siempre creía que no estaba preparado para nada, pero no le gustaba que Tamara lo pensara también.

—Quizá podamos emplear la magia del caos —sugirió—. Puede ser nuestra arma no tan secreta.

Tamara resopló.

—Claro, si quieres que todos piensen que habéis hecho trampa.

—¡No es hacer trampa! —insistió Call—. Es la magia de Aaron y la mía.

Tamara alzó las cejas.

—¿Pensarías eso si no fueras un makaris?

—Seguramente, no —respondió Call, razonable—. Pero soy un makaris.

Ella le hizo una mueca que significaba que estaba o molesta o divertida. Call nunca estaba muy seguro si esa expresión de Tamara iba para un lado o para el otro; y eso que la ponía mucho, sobre todo cuando estaba con él.

Estrago hizo sus necesidades mientras Call disfrutaba del aire fresco y pateaba unas cuantas hojas. Regresaron adentro y descubrieron que por fin los magos habían considerado que las cosas que se habían quedado en sus antiguas habitaciones eran inofensivas y se las habían devuelto. Aunque Call tuvo la tentación de mirarlo todo, cogió a *Miri*, se lo colgó enfundado y se fue al comedor con Tamara. Aaron ya estaba en su mesa, con Jasper y Rafe, muy encorvado sobre el plato, como si quisiera desaparecer.

Tamara se sentó y miró a Jasper.

—¿Y bien? ¿Has descubierto algo útil?

Jasper alzó una ceja, mirándola.

—Vete, Rafe.

—¿Por qué? —gritó Rafe—. Por el amor de Dios, ¿por qué? —Agarró su plato y se fue a otra mesa, mientras Jasper lo miraba con las cejas alzadas.

—No os preocupéis por él. Siempre está de mal humor por la mañana —explicó—. Bueno, pues he hablado con Celia. Tuve que emplear todos mis encantos para sacarle algo.

Aaron parecía alarmado. Call puso los ojos en blanco.

—Por favor, no más consejos masculinos —le rogó Aaron—. Solo dinos lo que te

ha dicho, si es que te ha dicho algo.

Jasper parecía un poco decepcionado.

—No hay rumores sobre ningún otro makaris, solo sobre vosotros. Aunque parece que se habla mucho de vosotros, si queréis saberlo. De cómo derrotasteis al Enemigo. De si vais a comenzar a experimentar con vuestros poderes. De si tenéis novia.

—¿Por qué iban a tener novia? —Tamara parecía sorprendida.

—Un voto de confianza, Tamara —protestó Call.

—Lo que quería decir... bueno, tampoco es que tengáis tiempo.

—Cuando se trata de amor, encuentras el tiempo —sentenció Jasper, mirándolos con superioridad.

Tamara gruñó.

—¿Y los rumores? ¿Quién los ha empezado?

Jasper negó con la cabeza.

—Todavía no lo sé. Celia dijo que creía que quizá uno de los chicos mayores.

Tamara tragó aire.

—¿Creéis que podría haber sido Kimiya? —preguntó—. Trató fatal a Aaron.

—Pero ¿por qué se iba a inventar algo así? —inquirió Aaron—. Me conoce... al menos un poco.

—No creo que fuera ella —intervino Call—. Habló como si le hubiera sorprendido que Aaron no fuera quien ella pensaba, no como alguien que hubiera lanzado un rumor sobre él.

Jasper lanzó una seta al aire, la pilló con la boca y la masticó.

—Solo ha pasado una semana. Ya averiguaré más cosas.

—Muy bien —dijo Aaron—. Si sobrevivimos a la prueba de hoy, quizá lleguemos a tener respuestas.

Call casi se había olvidado de la prueba. Gruñó.

Cuando estaban saliendo del comedor, se les acercó el Maestro Rufus. Tenía una sonrisa siniestra en la cara y una gran bolsa colgando del hombro.

—Vamos, aprendices. Creo que os va a gustar lo que tengo hoy para vosotros.



A Call no le gustó.

Volvían a estar en la enorme sala donde se realizaban muchas de las pruebas, incluida la de luchar contra los wyverns durante el Curso de Hierro. Pero estaba vez ¡estaba ardiendo! Bueno, quizá no todo, pero sí una buena parte. Call notó que el calor lo envolvía al instante, tostándole ligeramente, como una rebanada de pan a punto de quemarse.

En el centro de la sala saltaban las llamas. Pero no estaban colocadas al azar: seguían un dibujo. Líneas de llamas corrían paralelas unas a otras, dejando entre ellas

lo que parecían pasillos. A Call le recordó a los dibujos que había visto de laberintos de setos, con gente perdida en las filas de árboles y matorrales. Pero este estaba hecho de llamas.

—Un laberinto de fuego —dijo Aaron, mirándolo.

Tamara también lo observaba, con las llamas reflejadas en los ojos. El fuego se alzaba y bajaba, salpicando chispas. Call se preguntó si Tamara estaría pensando en su hermana.

Una de las alumnas del Curso de Oro, seguramente una aprendiz del Maestro North, se acercó y, con cuidado, le entregó al Maestro Rufus tres cantimploras del montón que cargaba. Rufus asintió y se volvió hacia sus aprendices.

—Son para vosotros —dijo, mostrando las cantimploras, cada una grabada con sus iniciales: *AS*, *CH*, *TR*—. El agua es el elemento opuesto al fuego. En estas hay un poco de agua para que podáis extraer su magia mientras recorréis el laberinto. Recordad que podéis usarla toda y atravesar las paredes de fuego o reservar vuestra magia. No voy a deciros cuál es el mejor curso de acción; tendréis que emplear vuestro buen juicio.

Call estaba convencido de que el Maestro Rufus sí les estaba diciendo qué era preferible, aunque no quisiera admitirlo.

—Lo único totalmente prohibido es volar por encima del laberinto. Eso os descalificaría inmediatamente. ¿Entendido? —El Maestro Rufus los miró uno a uno con seriedad.

Call asintió.

—¿Porque es hacer trampa?

—Y peligroso —añadió Tamara—. El calor sube. El aire por encima del laberinto debe de ser abrasador.

—No te equivocas —dijo el Maestro Rufus—. Una cosa más: iréis por libre. —Miró fijamente cada una de sus sorprendidas caras—. No como un grupo, sino solos.

—Espera, ¿qué? —exclamó Tamara—. ¡Pero se supone que tenemos que proteger a Call! No lo hemos perdido de vista en todo este tiempo.

—Creíamos que era un reto en grupo —añadió Aaron—. ¿Para qué sino los brazaletes?

Rufus miró hacia los otros Maestros, que estaban con sus aprendices, preparándolos para entrar en el laberinto. Algunos de los alumnos mayores estaban saludando, entregando cantimploras, y respondiendo preguntas. Los asistentes. Call vio destellos de muñequeras doradas y plateadas, vio a Alex y a Kimiya. Esta los miró y movió la mano saludando a Tamara, pero su hermana no le devolvió el saludo. Sus oscuros ojos eran como de piedra.

—Es un reto de equipo; se hará la media de vuestras puntuaciones —explicó el Maestro Rufus—. Esta prueba es para demostrar que es importante para cada uno de vosotros asumir la responsabilidad de la educación de los otros aprendices de vuestro grupo. Es importante que sepáis funcionar juntos, pero también es importante que

sepáis hacerlo solos.

»No os preocupéis por Call —añadió el Maestro Rufus—. Preocupaos de vosotros mismos y de vuestra puntuación. Cada uno entrará en el laberinto desde un punto diferente. Vuestro objetivo es llegar al centro. La primera persona que lo consiga ganará un día entero sin clases, para pasarlo en la Galería con el resto de su equipo.

Call sintió de repente un feroz deseo de ganar. Todo un día libre, metido en los estanques calientes, viendo pelis y comiendo dulces con Tamara y Aaron. ¡Sería maravilloso!

También se alegró de que nadie fuera a vigilarlo durante la prueba. Agradecía lo que estaban haciendo sus amigos, pero estaba acostumbrado a estar solo y eso le pesaba. Era una prueba, creada y dirigida por los Maestros, lo que significaba que nadie estaba a salvo. Pero seguramente él no corría mayor peligro que los demás.

La voz del Maestro North resonó por todo el campo de fuego, amplificadas por la magia del aire. Les volvió a explicar las reglas, hizo hincapié en que estaba prohibido volar y entonces comenzó a leer los lugares de partida de cada uno. Call buscó su marca: BY9.

—Buena suerte —les deseó a Aaron y Tamara, ambos aferrados a sus cantimploras y mirándolo preocupados. Call sintió una repentina calidez, y no era por el fuego. Su dos amigos estaban a punto de entrar en un laberinto ardiente y estaban preocupados por él, no por ellos mismos.

—Ten cuidado —le dijo Aaron, mientras le daba unas palmadas en la espalda. Sus ojos verdes eran tranquilizadores.

—Podemos hacerlo —aseguró Tamara, con parte de su usual entusiasmo—. Antes de que te des cuenta, estaremos chapoteando en la Galería.

Aaron y ella se colocaron en sus puestos. Call oyó la voz del Maestro North, que se alzaba por encima del crepitar y el clamor de las llamas.

—Alumnos... Preparados, listos, ¡ya!

Los aprendices echaron a andar. Había muchos caminos que entraban en el laberinto. Call siguió el suyo, que le llevaba al interior del fuego. Este ardía alrededor de él. A los otros alumnos solo los veía como sombras a través de las ondeantes llamas rojas y naranjas.

El laberinto se bifurcaba en dos senderos. Call tomó el de la izquierda sin ninguna razón en especial y avanzó por él. El corazón le latía con fuerza y notaba la garganta quemada por el aire sobrecalentado que estaba inhalando. Al menos, no había humo.

«El fuego quiere arder». Recordó lo que él había replicado, con ironía, la primera vez que oyó el Quincunce: «Call quiere vivir». En ese momento, las llamas ardieron bajas y Call pudo ver por encima de ellas.

No vio a nadie. El corazón se le aceleró al darse cuenta de que ni un solo estudiante estaba a la vista. Parecía estar solo en el laberinto, aunque sí podía ver a

los Maestros apoyados contra la pared.

—¿Aaron? —llamó—. ¿Tamara?

Se esforzó por oír por encima del crepitar del fuego. Le pareció captar su nombre en un tenue susurro. Fue rápidamente hacia el sonido, pero en ese momento las llamas crecieron de nuevo, tan altas como postes de teléfono. Esa crecida de las llamas casi pilló a Call, que se tambaleó, apartándose, con el borde de una de las mangas ardiendo. Lo apagó de una palmada, pero le picaban los ojos, casi cegándolo, y tosía con fuerza.

Cogió la cantimplora y la abrió, esperando ver el familiar destello del agua. Agua de la que podía extraer un poder con el que apagar las llamas.

Pero estaba vacía.

Call la agitó cerca de la oreja, esperando equivocarse, esperando oír el salpicar del líquido. La puso boca abajo sobre la mano, para que cayese aunque fuera una sola gota. No había. No había nada, excepto un mínimo agujerito en la base. Parecía que la habían taladrado.

—¡Maestro Rufus! —gritó—. ¡Mi cantimplora no tiene agua! ¡Tienes que parar la prueba!

Pero las llamas siguieron bailando alrededor. Una llamarada salió en su dirección y Call tuvo que saltar hacia un lado para esquivarla. Perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla, y estuvo a punto de meter toda la cara en una pared de fuego. El dolor le subió por el costado. Por un momento, al ponerse en pie, no estuvo seguro de si la pierna mala le aguantaría.

—¡Maestro Rufus! —comenzó a gritar de nuevo—. ¡Maestro North! ¡Quién sea!

¿Por qué habría pensado que podía estar solo? ¿Por qué había confiado en que los Maestros lo mantendrían a salvo? ¿Si Tamara o Aaron estuvieran con él, podría pedirles un poco de agua! Pero entonces, sus pensamientos dieron un giro brusco: ¿y si ni la cantimplora de Tamara ni la de Aaron tenían agua? ¿Y si la misma persona que había ido a por él quería asegurarse de que no le pudieran ayudar en ningún caso?

Tenía que encontrarlos.

Comenzó a caminar de nuevo, sin prestar atención al creciente calor que lo rodeaba. De vez en cuando, bolas de fuego se escapaban de la pared y volaban en cualquier dirección, como bengalas. Esquivó una al torcer una esquina. Torció otra esquina y se encontró ante una pared de fuego.

Era un camino sin salida.

Frenó de golpe y se volvió, dispuesto a deshacer sus pasos, pero se encontró con otra pared. El laberinto había cambiado y el fuego que lo rodeaba parecía querer alcanzarlo con lenguas de llamas, chamuscándole; el aire comenzó a apestar a pelo y ropa quemados.

El fuego se tragó el grito de angustia de Call. Claro que el laberinto había cambiado. De no ser así, no habría necesidad de emplear agua; tenía que haber puntos donde fuera imprescindible usar la magia.

Justo entonces, una de las paredes se acercó más. Call pudo ver los ribetes metálicos de sus botas brillando de un color rojo anaranjado. A no ser que quisiera acabar asado, tenía que encontrar la salida del laberinto. No podía volar; Tamara tenía razón, en el aire sobre las llamas haría todavía más calor.

Aire.

«Un momento —pensó Call—. El fuego necesita aire, ¿no? El fuego se alimenta de aire».

Tenía una idea.

Estiró la mano izquierda, como había visto hacer a los magos cuando invocaban el poder para sus hechizos. Como hacía Aaron. Y su voluntad se estiró también, más allá del fuego que lo rodeaba, más allá de la roca bajo sus pies. Más allá del agua que corría en los arroyos y torrentes muy por encima de ellos. Más lejos que el aire. Alcanzó el espacio que existía y el que no, yendo más allá de él hasta la nada. Hasta el corazón del vacío.

El calor del fuego se desvaneció. Call ya no sentía la piel ardiendo y escociéndole. De hecho, tenía frío. Un frío del espacio exterior, donde no había calor, solo la nada. En el centro de su palma, una espiral negra comenzó a bailar. Se alzó más y más de su piel, como una espiral de humo.

«El fuego quiere arder.

El aire quiere subir.

El agua quiere fluir.

La tierra quiere atar.

El caos quiere devorar».

El caos se alzó de la mano de Call, cada vez más rápido. Se había convertido en un tornado negro que giraba alrededor de su muñeca y su mano. Lo notaba, espeso y aceitoso, como unas arenas movedizas que se lo tragarían. Subió más la mano, tan alto como pudo, hasta que estaba apuntando hacia lo alto de las llamas.

«Devora —pensó—. Devora el aire».

El tornado estalló hacia fuera. Call ahogó un grito cuando un ruido como un estallido sónico quebró el aire. Las llamas comenzaron a sacudirse salvajemente de un lado al otro mientras el humo negro les corría por las puntas, extendiéndose como una nube, devorando el oxígeno. El fuego necesitaba oxígeno para vivir. Call lo había aprendido en clase de ciencias. Su negro caos estaba devorando el oxígeno que rodeaba las llamas.

Al fin pudo oír otros ruidos: a los demás aprendices gritando de sorpresa y miedo. Las llamas hicieron un ruido como si les estuvieran arrancando las entrañas, y desaparecieron, desplomándose en montones de ceniza requemada. De repente, se pudo ver toda la estancia. Los otros alumnos estaban repartidos por la sala, algunos aferrando sus cantimploras, todos mirando alrededor, sorprendidos y asustados.

El humo de Call todavía flotaba en el aire. Oscuro y sinuoso, parecía haber engordado con el aire que se había tragado. Call comenzó a boquear y recordó algo

que también había aprendido en clase de ciencias: el fuego necesitaba oxígeno para sobrevivir, pero las personas también.

El humo comenzó a flotar hacia abajo, buscándose, enrollándose. El Maestro Rufus avanzaba a toda prisa hacia el destrozado laberinto.

—¡Call! —gritaba—. ¡Deshazte de él, Call!

Preso del pánico, Call extendió el brazo de nuevo con la mano abierta, tratando de alcanzar el caos, de atraerlo hacia él. Lo notó resistirse. Quería alejarse y ser libre. Quería que lo dejara en paz. Estaba estirando tanto la mano que los dedos se le estaban volviendo garras dolorosas.

«Regresa».

De repente, el oscuro humo de caos se hizo un nudo y cayó al suelo. Call soltó un grito; luego vio que el caos iba como una flecha hacia Aaron, que también tenía la mano estirada. Entró en su palma y desapareció.

El Maestro Rufus se detuvo, derrapando a unos cuantos palmos de Call. Aaron bajó la mano despacio. Call vio a Tamara, con las mejillas manchadas y la boca abierta. Por encima de los montones de ceniza y los grupos de alumnos asustados, Call y Aaron se miraron.



Tamara fue la única de los tres que acudió al comedor esa noche. Les llevó comida a Call y Aaron: una bandeja de líquen, setas, tubérculos y el pudín de color púrpura que le gustaba a Call.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Aaron.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, supongo. —Tamara sabía mentir bastante bien, así que Call no le quitó ojo, convencido de que, dijera lo que dijese, la verdad era mucho peor—. Todos tenían preguntas, pero eso ha sido todo.

—¿Qué clase de preguntas? —inquirió Call—. ¿Si estoy loco? ¿Si me estoy volviendo malvado?

—No seas paranoico —replicó Tamara.

—Probablemente piensan que yo soy el que está loco —intervino Aaron, suspirando. Lo peor era que Call tuvo que reconocer que, seguramente, así era. A pesar de que Aaron los había salvado a todos (y los había salvado de Call, lo que le hizo recordar su lista de Señor del Mal del curso anterior, porque estar a punto de matar a todos los grupos de aprendices del Curso de Cobre le hubiera dado un montón de puntos), su dominio de la magia del caos seguramente los había asustado.

—Esto está a punto de acabar —les dijo Tamara—. Vamos a ayudar a Alma y ella va a hacer que Jennifer... bueno, no sé qué va a hacer exactamente. Pero sabremos quién asesinó a Jennifer, y eso significa que sabremos quién va a por ti. Así que comed. Vais a necesitar todas vuestras fuerzas.

—¿Y quién ha ganado? —preguntó Call.

—¿Qué? —Tamara parecía desconcertada—. ¿Qué quieres decir?

—¿Quién ha ganado la prueba? —repitió Call—. ¿Quién va a ir a la Galería? ¿Han elegido a quien estaba más cerca del centro o han decidido cancelar todo el asunto?

—Nosotros vamos a ir —contestó ella lentamente, como si estuviera tratando de ser compasiva con alguien a quien acabara de dar malas noticias—. Tú has ganado, Call.

—¡Oh! —exclamó él. No estaba muy seguro de cómo tomarse esa noticia. En su momento, nadie le había felicitado. El Maestro North había aparecido rugiendo sobre las cenizas para zarandear a Call por los hombros y preguntarle en qué había estado pensando. Y cuando Call le enseñó la cantimplora vacía con el agujero en el fondo, su expresión se volvió hosca y extraña.

El Maestro Rufus había mirado alrededor fríamente, como si estuviera estado pensando en lo que le gustaría hacerle al culpable. Call conocía esa sensación, aunque le preocupó que, durante un momento, la mirada del Maestro Rufus pareció quedarse en Anastasia.

A veces, cuando estaba en el comedor, pensaba que era imposible que la persona que quería matarlo pudiera quedar disimulada entre todos los demás.

—Tamara tiene razón —dijo Aaron, mientras cargaba un tenedor de liquen—. Tenemos que descansar y prepararnos para esta noche. Hemos usado tanta magia que necesito una siesta o me quedaré dormido con los brazos alrededor de un oso caotizado, que me comerá.

Call, que un montón de veces se dormía abrazado a su lobo caotizado, rio por lo bajo. Luego se puso a comer. Aaron y él se lo pulieron todo en momento. Al acabar, también se sentía somnoliento y algo mareado, como si su piel no fuera suya. Recordó que Aaron vomitaba y se desmayaba después de usar mucha magia del caos, pero él nunca se había sentido así antes. Se levantó y fue a tumbarse un rato.

Cuando se despertó, enredado entre las sábanas, con el uniforme y las botas aún puestos, no recordaba haberse metido en la cama. Al otro lado de la puerta se oían voces. Debían de haber ido a buscarles ya.

Call se puso en pie y fue a la sala común.

Alex estaba sentado en el sofá hablando con Tamara. Los dos iban vestidos de negro, como ninjas. El cabello castaño de Alex quedaba medio escondido bajo una gorra oscura, y Tamara llevaba un jersey negro holgado y *leggings*. Alex le sonreía de un modo distinto, de un modo que Call solo le había visto usar con Kimiya.

No le gustó nada.

—Mi madrastra me ha enviado para ayudar —dijo Alex, volviéndose hacia Call—. ¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? ¿Toda esta... escapada nocturna? Es un asunto serio.

—No sabía que tú ibas a estar metido en esto —repuso Call, y Alex parpadeó un

poco, como sorprendido por el tono. Tamara le lanzó una mirada de reproche.

—Es el hijastro de Anastasia —le recordó—. Y un mago del aire. Podrá ayudarnos.

Aaron entró en la sala, también vestido de negro, aunque no se había cubierto el brillante cabello. Asintió mirando a Call.

—Te hemos dejado dormir todo lo posible.

—La magia del caos que has usado hoy en la prueba no ha sido ninguna tontería —comentó Alex—. Ya veo que me va a costar estar a vuestra altura.

Call y Aaron se miraron. Era una mirada que decía que a ninguno de los dos les hacía ninguna gracia tener que volver a emplear sus poderes de makaris. Call se sentía totalmente vaciado.

—Será mejor que te cambies y te pongas algo oscuro —añadió Alex—. No queremos que nos vean desde la carretera.

Call volvió a su dormitorio y se puso unos vaqueros negros y el jersey más oscuro que encontró, que era azul marino. Al final se le ocurrió coger a *Miri* y metérselo por el cinturón de los pantalones. Luego despertó a *Estrago*, que estaba dormido en la cama con la lengua colgando sobre la colcha.

—Vamos, chico —le dijo—. Es la hora de la aventura.

Cuando volvió a la sala, con *Estrago* pegado a los talones, los otros ya le esperaban. Alex abrió la puerta para salir. Tamara le lanzó una mirada y siguió a Alex.

Call salió al pasillo y miró alrededor, sorprendido. Todo era normal: la pared de piedra del corredor y el camino que se extendía en ambos sentidos, pero notaba algo raro en el aire, como si vibrara a su alrededor.

—Camuflaje —explicó Alex en voz baja. Había alzado la mano derecha y hacía una serie de complicados movimientos con los dedos, como si tocara el piano—. Cambiar la estructura molecular del aire que nos rodea hace que a la gente le resulte mucho más difícil vernos pasar.

Call miró a Tamara con una ceja alzada, como pidiendo confirmación. Ella se encogió de hombros, pero se la veía impresionada. Lo que también le molestó; si alguien había hecho magia impresionante ese día, ese era, sin duda, Call.

Aunque seguramente no debería tomárselo así.

No pudo evitar preguntarse si Aaron estaría pensando lo mismo, ya que un minuto después un pequeño fuego nació de la palma de Aaron, para iluminarles el camino.

—Vamos —dijo este—. ¿Salimos por la Puerta de la Misión?

Alex asintió. Se pusieron en marcha, con la luz de Aaron proyectando sombras contra la pared: el alto Alex, luego Aaron, después Call y Tamara, y detrás de ellos, el trote de la sombra de *Estrago*.

Se cruzaron con muy poca gente, y como Alex había dicho, nadie pareció verlos, ni a ellos ni a sus sombras. Celia estaba con Rafe, hablando de algo en voz baja.

Cuando pasaron junto a ella, arrugó la frente, pero no hizo nada más. Incluso el Maestro North se cruzó con ellos, con el rostro fijo en un montón de papeles, y ni siquiera alzó la vista.

Call se preguntó cuándo pensaría el Maestro Rufus enseñarles un truco tan fantástico como ese, y se dio cuenta de que, probablemente, nunca. Solo serviría para ponerle las cosas más difíciles cuando tuviera que encontrar a sus propios aprendices.

Salieron por la Puerta de la Misión. *Estrago*, acostumbrado a que lo sacaran por ahí para pasear, se dirigió hacia su árbol y plantas de costumbre. Alex hizo gestos indicando otra dirección.

—Por aquí —llamó Call a su lobo, tan alto como se atrevió—. Vamos, chico.

—¿Adónde vamos? —preguntó Aaron.

—Alma nos está esperando —contestó Alex, y los condujo a la carretera de tierra por la que subía el autocar hasta el Magisterium al inicio de cada curso. Era bastante inclinada, pero avanzaron rápido; mucho más rápido que si hubieran ido por el bosque, como hicieron en su Curso de Cobre, o si hubieran corrido entre los árboles presas del pánico, como hicieron Call y Tamara cuando raptaron a Aaron en el Curso de Hierro.

«Las carreteras son estupendas —pensó Call, reflexivo, mientras se prometía usarlas más—. Menos ser raptado por elementales».

Torcieron un recodo y vieron una furgoneta con el motor en marcha cerca de un gran grupo de rocas. Alma se asomó por la ventanilla.

—No pensaba que fuerais a tener el valor de presentaros —dijo, huraña—. Subid.

Alex abrió la puerta de la furgoneta y todos se apiñaron dentro. En cuanto se cerró la puerta, Alma partió, conduciendo mucho más rápido de lo que Call creía estrictamente necesario. *Estrago* comenzó a gemir.

—Creo que podremos adelantar al camión en la Ruta 211. La cuestión es cómo hacer que pare sin tener que echarlo de la carretera. Y antes de que digáis: «¿Qué más da?», los animales podrían resultar heridos. —Alma tenía la peligrosa costumbre de volver la cabeza para mirarlos mientras les hablaba, para ver su reacción. Call tenía muchas, muchas ganas de recordarle que no debía apartar los ojos de la carretera, pero tenía miedo de que eso la sorprendiera y le hiciera dar un volantazo que los despeñara por el barranco.

—Vale —fue lo único que se atrevió a decir.

—¿Y cómo es que no podíais hacer esto vosotros, tú y el resto de la Orden del Desorden? —preguntó Alex.

Alma suspiró, como si la pregunta fuera estúpida.

—¿De quién crees que van a sospechar primero? La Orden lleva operando en los bosques que rodean el Magisterium desde que se nos permitió quedarnos; atrapamos, marcamos y a veces matamos animales caotizados, esto último solo cuando es imprescindible. La Asamblea sabe que estamos totalmente en contra de que sacrifiquen a esos valiosos sujetos de pruebas, así que nuestros miembros tienen que

tener una coartada sólida.

—Realmente te llega al corazón lo mucho que le importan esos animales —susurró Aaron a Call, en un arranque de sarcasmo poco frecuente en él. Call estaba de acuerdo. *Estrago* no era un valioso sujeto de pruebas, era su lobo mascota. Deseó que todos esos animales tuvieran un lugar mejor al que ir que no fuera o con la Orden o la muerte.

—¿Y cuál es tu coartada? —preguntó Tamara.

—¿Yo? —respondió Alma—. Los registros indicarán que esta noche estoy con Anastasia Tarquin, un miembro prominente de la Asamblea. Ha sido muy amable permitiéndome el acceso a los elementales y se nos ha ido el santo al cielo, probando nuevos experimentos.

—Y nosotros, ¿qué? —preguntó Call, volviendo a lo que consideraba la cuestión principal.

—Eso es problema vuestro —dijo Alma, mientras salía de la carretera y entraba en la autovía. Pasaron ante la gasolinera donde, el año anterior, habían esperado al mayordomo de Tamara, Stebbins, para que los recogiera. Por un momento, Call quiso imaginarse que iba a alguna parte sin ninguna razón especial, solo por diversión. Aunque quizá no con Alma, eso hubiera sido muy raro.

Alma soltó una seca carcajada y aparcó. Todos salieron en masa de la furgoneta, agradeciendo el aire fresco. Hacía frío; el aire raspó a Call en las mejillas y el mentón cuando miró alrededor. Se hallaban en una bifurcación, donde la Ruta 211 y la Ruta 340 se separaban. En ese momento, no había nadie en ninguna, y la luna colgaba sobre ellos, enorme y pálida, iluminando las líneas blancas pintadas en el centro de la calzada.

Alma miró su reloj.

—Llegarán en unos cinco minutos —anunció—. No más. Tenemos que pensar cómo cerrarles el paso. —Miró a Call, como si se preguntara si él sería una barrera adecuada.

—Yo lo haré —dijo Alex. Se colocó en una zona de hierba que se hallaba frente a la bifurcación.

—¿Qué va a hacer? —susurró Tamara, pero Call solo meneó la cabeza. No tenía ni idea.

Observó a Alex alzar las manos y hacer los mismos movimientos de piano que había hecho antes.

El color y la luz bailaron ante él. Alex se echó hacia atrás mientras la luz y los colores aumentaban. Call le contemplaba con un ligero punto de envidia. Así era como siempre había pensado que debía ser la magia, no la oscuridad letal que le salía a él de las manos.

—Ahí están —avisó Tamara en un susurro, señalando.

Y sí, Call vio un gran camión negro que se acercaba a la bifurcación desde el este. Los faros eran brillantes puntitos en la distancia, pero se acercaban muy rápido.

—¡Date prisa, Alexander! —urgió Alma.

Alex apretó los dientes. Era evidente que lo estaba dando todo, y Call sintió una punzada de arrepentimiento por haberle contestado mal antes. La luz ante Alex se había oscurecido, y el color parecía haberse solidificado en diferentes formas: una mezcla de barreras de tráfico, amarillas y naranjas, con un cartel que decía *CARRETERA CORTADA* en grandes letras negras. Eran enormes y parecían completamente sólidas.

—¡Alex, apártate! —le avisó Tamara. Cansado, Alex fue hacia ellos. Alma los llevó a todos detrás de la furgoneta justo cuando el camión se detenía frente a las barreras.

Era uno de esos camiones articulados de gran tonelaje sin nada en especial ni nada escrito a los lados. Cuando el conductor descendió de la cabina, se hizo evidente que no había nada mágico en él. Incluso llevaba una gorra de béisbol. Fue hasta la barrera y la miró ceñudo. Desde el camión se oyó una voz.

—¡Muévelas! —dijo una voz, claramente irritada y claramente acostumbrada a ser obedecida—. ¡Tenemos que cumplir un horario!

—¿Y si la carretera está mal? —preguntó el primer tipo—. La gente no pone estas cosas sin ninguna razón.

Call no estaba seguro de si la ilusión de Alex podría soportar el contacto físico. Tenía que hacer algo. Miró a Alma y entrecerró los ojos; de repente, entendió perfectamente por qué les había enseñado a Aaron y a él a pulsar el alma.

—Tenemos que dejarlos fritos —susurró.

Aaron asintió, pero se le veía un poco cansado. Los dos habían empleado un montón de magia del caos ese día, y no podrían apoyarse el uno en el otro como contrapeso si ambos estaban exhaustos. Tendrían que intentar no ir demasiado lejos.

Call notó un cosquilleo en la piel. El caos acudió a sus dedos con facilidad, a pesar de lo cansado que estaba. Se le ocurrió la desagradable idea de que quizá el cansancio hiciera más fácil su magia, y que si se cansaba lo suficiente, el caos podría devorarlo sin que se diera cuenta.

El otro hombre bajó de la cabina y miró enfadado al primero. Iba vestido de verde oliva, como los otros miembros de la Asamblea. Call recordó haberlo visto antes, pero no sabía dónde. Tamara tragó aire secamente. Ella lo conocía, claro. Seguramente, era alguien importante.

Alex se había quedado un poco boquiabierto, e incluso Alma parecía estar a punto de dejar correr todo el asunto. Call tenía que actuar rápido, antes de que todos se echaran atrás. Habían ido allí a liberar a los animales que estaban atrapados en el remolque del camión, animales como *Estrago*, que estaban en peligro. Pensando en eso y mirando a *Estrago*, apretado contra el suelo, su resolución se afianzó.

—A la de tres —susurró a Aaron—. Pulsar el alma. Encárgate del conductor, yo me ocupo del otro.

Aaron puso una media sonrisa, y Call se preguntó si tendría ganas de probar ese

hechizo en una situación real. Quizá él también estuviera pensando en los animales.

Empleando su magia, buscó el alma del miembro de la Asamblea. Era diferente de buscar la de Alma en el entorno seguro del Magisterium, donde podía tomarse todo el tiempo necesario y ella estaba preparada. El alma del miembro de la Asamblea era resbaladiza, difícil de enganchar, como si estuviera escapando de él. Casi podía verla: una cosa plateada que daba una clara impresión de estar retorcida en sí misma en complicados lazos. Call fue a por ella de prisa, sin la finura que había empleado antes. Notó que la magia del caos conectaba con ella como dándole un tortazo, en lugar de una ligera presión.

Al menos, esta vez no era un apretón.

El hombre cayó al suelo. Cuando Call volvió a centrarse en sí mismo, notó que estaba caído de espaldas. Aaron y Tamara estaban agachados sobre él.

—¿Sabes quién es ese? —preguntó Tamara—. ¿Sabes a quién acabas de dejar inconsciente?

Call negó con la cabeza. Claro que no lo sabía.

—Al padre de Jasper —le informó Tamara.

—Guau. —Call sabía que el padre de Jasper estaba en la Asamblea; lo había visto en la fiesta en la que murió Jennifer. No podía creerse que lo hubiera olvidado. Por fin entendía la expresión que habían puesto los demás—. ¡Soy lo mejor! Jasper se va a cabrear tanto...

Chocó los cinco con Aaron.

—Sois tan inmaduros... —replicó Tamara, y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

Estrago ladró y se levantó apoyando las patas en el pecho de Call. Este le rascó la cabeza y miró alrededor. El padre de Jasper yacía tranquilamente en la carretera, con su túnica verde oliva abierta alrededor sobre el asfalto. De cerca, era un tipo muy corriente con el cabello castaño y la barba bien recortada.

El cuerpo inerte del camionero estaba en la cuneta junto a la carretera. Mientras Call miraba, Alex se acercó al padre de Jasper. Lo hizo levitar un poco sobre el suelo y comenzó a moverlo hacia el arcén.

Alex parecía exhausto, gris y pálido, como si hubiera agotado toda su energía. Call miró alrededor. ¿Dónde estaba Alma? ¿No debería estar ayudando a Alex?

—Está allí —contestó Aaron, como si le hubiera leído el pensamiento, y señaló.

Alma se hallaba ante la puerta trasera del camión, que estaba cerrada con una cadena y un enorme candado. El cabello blanco se le agitaba por el viento. Hacía gestos con las manos, de donde le saltaban chispas: magia del metal. El aire olía a hierro al rojo vivo.

—Oh, no —susurró Tamara, cuando el candado se soltó y la puerta trasera del camión quedó suelta. Alma la cogió por abajo y la levantó, como si alzara la verja levadiza de un castillo.

—Están aquí —avisó, y luego lanzó un grito.

Del camión comenzó a brotar una riada de animales caotizados. *Estrago* lanzó un largo aullido mientras los animales huían de su confinamiento: lobos, perros, comadrejas furtivas y ratas veloces, ciervos y zarigüeyas, e incluso osos, bestias grandes con ojos como torbellinos multicolores.

—¡Creía que estarían en jaulas! —gritó Alma mientras los animales corrían en todas direcciones—. ¡Rápido! ¡Tenemos que reunirlos y encerrarlos!

Los animales no le hicieron ningún caso. Corrió tras ellos e hizo levitar a unos cuantos para meterlos otra vez en el camión, pero era muy difícil mantenerlos dentro mientras metía más.

—Podemos hacerlos desaparecer —dijo Aaron tranquilamente—. Enviarlos al vacío.

—¡No! —exclamó Call. No podía hacer eso, incluso si los animales eran terroríficos. Incluso si algunos se dirigían hacia ellos. Los tres y *Estrago* retrocedieron hacia la furgoneta. De repente, a Call le pareció muy pequeña.

—Rápido. —Alex se acercaba cojeando. Los animales se movían detrás de él, corriendo por la carretera, persiguiéndose unos a otros. Eran inquietantemente silenciosos, a diferencia de los animales normales. Call oyó un gruñido bajo, pero era de *Estrago*—. Tenemos que hacer un hechizo de lazada. Formar una especie de valla a su alrededor con el aire.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Call.

Alex negó con la cabeza.

—Estoy agotado. —Lo cierto era que tenía muy mal aspecto. Hasta el blanco de los ojos se le veía gris.

—Nosotros también —repuso Aaron, señalándose a sí mismo y a Call.

Alex se volvió hacia Tamara.

—Tamara, te puedo enseñar a hacerlo. No es muy difícil.

—Puedo hacerlo, aunque sea difícil —le replicó ella, con voz de acero—. Dime qué tengo que hacer.

—¡Ah! —exclamó Aaron. Algo había pasado muy cerca de él, algo escurridizo y oscuro, con ojos ardientes. Apretó la espalda contra la furgoneta y empujó a Call con él. *Estrago* intentó lanzarse sobre ese algo, pero Call le ordenó que se quedase quieto.

Alex hablaba con Tamara en voz baja y ella asentía. Antes de que terminara la explicación, ella ya había alzado las manos y comenzaba a moverlas. No movía los dedos como Alex, era más como si rasgara las cuerdas de un arpa. Call supuso que cada uno hacía magia de forma diferente.

Casi notaba el poder que emanaba de Tamara. Solo que, en vez de aire, fue fuego que saltaba como ascuas, formando un gran círculo alrededor de los animales que escapaban. Pero mientras la valla se formaba crepitando, encerrando a la gran mayoría de animales, el resto se escapó; algunos fueron hacia el bosque, otros hacia cualquier lugar que vieran. Aterrorizados por el fuego, tenían los ojos enloquecidos y salvajes. Muchos enseñaban los dientes.

«¿Cómo será tener el caos en el interior?», se preguntó Call. Quería tocar una de sus almas, descubrir lo que les habían hecho. Pero solo había tiempo para reaccionar.

Un zorro le saltó a Alma al cuello y ella se lo quitó de encima. Otro se le lanzó a la pierna. Una serpiente se arrastró por la hierba que había bajo la furgoneta y desapareció.

—¡Cuidado! —Alex tiró de Tamara hacia un lado cuando dos enormes osos se lanzaron contra la furgoneta, con sus cuerpos como tanques. Alex y Tamara se estrellaron contra el suelo mientras Call alzaba las manos para lanzar a los osos lo que pudiera: un chorro de fuego o de negro caos. Pero fue como raspar el fondo de un pozo seco. Le temblaron las manos, pero no pasó nada.

Y el oso ya estaba sobre él.

Oyó gritar a Aaron mientras el oso le daba con la garra y lo lanzaba al suelo de un solo golpe. Call rodó hacia un lado, atontado, y el oso se alzó sobre él, rugiendo. Call vio que Aaron extendía la mano, pero a él parecía sucederle lo mismo: solo unas chispitas le salieron de los dedos. No había magia.

Call llevó la mano hacia atrás para coger a *Miri* y, en ese momento, *Estrago* saltó. Las fauces del lobo caotizado se cerraron sobre el cuello del oso, hundiéndose en el espeso pelaje. El oso lanzó un gemido gutural. *Estrago* se le puso sobre la espalda, clavándole las garras y los dientes. El oso sacudió todo su peso para intentar sacárselo, pero el lobo aguantó con fuerza. Finalmente, el oso consiguió hacer caer a *Estrago*. Este se fue al suelo con un gemido, y el oso se alejó pesadamente hacia el centro de la carretera.

Call se puso en pie mientras desenfundaba a *Miri*. Una rápida mirada a *Estrago* le informó de que estaba bien. Aaron había encontrado un palo y lo empleaba para mantener a raya al otro oso. Alex, que había llevado a Tamara detrás de la furgoneta, corrió hacia ellos, justo cuando el oso consiguió tirar el palo de Aaron. Alex apartó a Aaron de un empujón y se volvió hacia el animal, extendió las manos y la magia del aire le salió de las palmas.

Pero el oso no era un animal corriente. Los ojos le giraban de color rojo y naranja cuando golpeó a Alex con las garras. Este soltó un grito y cayó sobre una rodilla. Su jersey brilló rojo y húmedo bajo la luz de la luna; tenía una sangrienta herida en el hombro.

—¡Alex! —Tamara salió corriendo del otro lado de la furgoneta. Call podía haberle dicho a Alex que Tamara no se iba a quedar sin hacer nada. Aaron movía las manos, como si estuviera tratando de alcanzar la magia del caos, pero nada parecía suceder.

—¡Aaron! —gritó—. ¡Cógelo!

Le lanzó a *Miri*. Aaron cogió el cuchillo y lo blandió hacia el oso. La sangre saltó a chorro cuando la hoja penetró en las costillas de la criatura. El oso rugió y entrecerró los ojos cuando Tamara se le acercó, con más fuego surgiéndole de las manos.

Ante el fuego y el cuchillo, el oso dio la vuelta y comenzó a alejarse rápidamente. Pero el daño estaba hecho: la concentración de Tamara se había desplazado y las vallas de fuego comenzaron a desmoronarse. Los animales caotizados se estaban desparramando aún más lejos, y algunos avanzaban hacia la furgoneta, con los ojos girando en la noche.

Call cojeó hacia sus amigos. Alex se desplomó sobre la hierba. Había más sangre en su jersey. Call oyó la voz de Tamara, frenética, y vio a Aaron mirándose las manos, vacías de magia. Estaban todos vacíos. No podían hacer nada, y los animales seguían acercándose.

«Pero eso no es exactamente cierto, ¿verdad?» dijo una vocecilla dentro de él. Había una cosa que sí podía hacer. Recordó a los caotizados en la tumba del Enemigo. Recordó cómo le habían escuchado. Porque su alma los había creado.

«Tengo que controlarlos —pensó Call—. Tengo que hacer algo».

Su alma había creado a esas criaturas.

—¡Eh, vosotros! —dijo, y la voz le salió débil e insegura—. ¡Todos! ¡Quietos!

Los animales seguían avanzando. Call tragó saliva. No podía acobardarse. Todos estaban en peligro. Podían morir. Incluso el padre de Jasper, que estaba tumbado en la cuneta, sin protección y, con suerte, sin la marca de cientos de pisadas de ardillas caotizadas.

Call respiró hondo y buscó su alma, el alma que había habitado otro cuerpo antes que el suyo. Un cuerpo que había tomado el caos y lo había introducido en esas criaturas.

—¡Escuchadme! —gritó—. ¡Caotizados! ¡Sabéis quién soy!

Los animales se detuvieron de golpe. Call también. Oía latir su propio corazón. ¿Funcionaba? Alzó la voz.

—¡Caotizados! ¡Volved al camión! ¡Obedeced!

Fue como si esa orden corriera por el aire después de decirla.

Las palabras le resonaron a Call en la cabeza. En los extremos de su visión habían aparecido puntos negros. Los animales se estaban moviendo; parecía que algunos regresaban y se iban uniendo desde todas las direcciones. Pero a Call se le había nublado la vista. Buscó a Aaron, su contrapeso, pero la magia de Aaron era tan débil que no pudo encontrarla. Estaba solo en la oscuridad. Desesperado, se dejó caer en la nada.



CAPÍTULO CATORCE

Call se despertó de golpe, tratando de coger aire. Se hallaba en la enfermería. El Maestro Rufus hablaba con alguien, seguramente con la Maestra Amaranth. Era una excelente maga sanadora, aunque le gustaba hacer cosas como colgarse serpientes sobre los hombros.

—Creo que la prueba fue demasiado para él. ¿Estás segura de que se pondrá bien? —preguntó el Maestro Rufus.

—Está bien, solo agotado. —Por su tono, no era la primera vez que respondía a esa pregunta—. Que los dos chicos emplearan su magia a la vez de esa manera... No estoy segura de que debas seguir permitiéndoles ser el contrapeso del otro. ¿Qué pasaría si ambos fueran demasiado lejos?

—Lo tendré en cuenta —repuso el mago. Call notó que le ponía la mano en el hombro y se quedó con los ojos cerrados, fingiendo dormir—. Nuestro trabajo es mantenerlos a salvo. Debemos mantenerlos a todos a salvo o estaremos condenados a repetir el pasado.

—Bueno, al menos no fue tan inconsciente como el joven Alex Strike, que se las arregló para caerse sobre un montón de estalagmitas. Te aseguro que los del Curso de Oro se van volviendo más tontos cuanto más se acercan al final.

—He oído lo de su accidente —repuso el Maestro Rufus como si nada, pero había algo en su voz que hizo pensar a Call que quizá supiera más de lo que dejaba ver.

El Maestro Rufus le apretó el hombro y se marchó de la enfermería. Call oyó sus pasos alejarse. Mantuvo cerrados los ojos. En alguna parte de la sala, la Maestra Amaranth tarareaba mientras hacía algo en un recipiente de cristal.

«Contaré hasta treinta —pensó Call—. Entonces haré que me despierto. Así no sabrá que estaba fingiendo delante del Maestro Rufus».

Comenzó a contar... pero se quedó dormido.



Cuando se despertó de nuevo, Tamara estaba junto a él. Intentó hablar, pero ella le cubrió la boca con la mano. Olía a sándalo.

—¿Puedes levantarte? —le susurró—. Mueve la cabeza para contestar.

Él se encogió de hombros, y ella, exasperada, le apartó la mano.

—No despiertes a Alex y no des a la Maestra Amaranth ninguna razón para entrar aquí. Ha tardado una eternidad en marcharse.

—No lo haré —contestó Call, también en un susurro, y salió de la cama. Las piernas le aguantaron. Lo cierto era que se sentía bastante bien. Descansado. Aún llevaba la ropa con la que se había desmayado en la autovía—. ¿Qué ha pasado?

—Shhh. Ven. —Lo condujo fuera de la enfermería. Ya en el pasillo, Call lanzó una última mirada atrás antes de cerrar la puerta. Parecía que Alex dormía, con un vendaje en el hombro. No se veía a la Maestra Amaranth por ningún lado.

Aaron y Alma les esperaban en el pasillo. Al igual que Tamara, Aaron llevaba el uniforme de la escuela. Se le iluminaron los ojos al ver a Call y se acercó para palmearle la espalda.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Un poco dolorido, pero sí, mucho mejor.

Miró a Alma, que llevaba un amplio vestido de algodón y una larga chaqueta de lana gris. Tenía los brazos envueltos con vendas.

—¿Estás cubierta de mordiscos de zorro? —preguntó Call.

La expresión de Alma se oscureció. Aaron meneó la cabeza y le hizo a Call un gesto de cortarse el cuello, sin que ella lo viera.

—¡No hablemos de eso! —replicó Alma, de mal humor.

—De acuerdo. —Call se preguntó si Alma se arrepentía de haber abierto la puerta del camión. En gran parte, era culpa suya que a sus amigos y a él casi les hubieran matado unos osos—. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Cumplisteis vuestra parte del trato —respondió Alma—. Todo está preparado para que yo cumpla la mía.

Eso significaba que Jennifer estaba cerca, en alguna parte. Tenía que estarlo. Call se estremeció al pensarlo; no sabía si estaba preparado para ver a otro muerto hablando. Le recordaba demasiado a la cabeza de Verity Torres y sus acertijos. Eso era sin duda cosa de Señor del Mal.

La expresión de Aaron reflejaba que él también tenía las mismas dudas. Pero Tamara parecía decidida.

—Bien —dijo—. Acabemos con esto de una vez.

Alma comenzó a andar por el pasillo. La siguieron. A diferencia de Alex, Alma no parecía interesada en hacer ninguna clase de magia para ocultarlos. Debía de ser

tarde, y los corredores estaban bastante desiertos. Se pegaron a las paredes y aprovecharon las sombras.

—¿Alex está bien? —preguntó Tamara.

Call notó un picor en la piel. Era normal que ella se preocupara por Alex, se dijo, incluso si nunca antes le había prestado atención. No significaba nada.

—He oído hablar a los Maestros —informó Call—. O al menos, a Rufus hablando con Amaranth. Se va a poner bien. Ahora que ya lo sabes, se lo puedes decir a Kimiya.

—Kimiya no sabe que está herido —respondió Tamara confusa.

Call hizo un amplio gesto con la mano.

—Bueno, nunca sabes lo que te pierdes cuando te quedas inconsciente, ¿no?

—Shhh —siseó Alma, haciendo un gesto para pedir silencio. Habían entrado en la parte del Magisterium donde se hallaban los alojamientos de los Maestros. En silencio, fueron hasta la habitación de Anastasia.

Alma dio tres rápidos toques a la puerta, hizo una pausa, y repitió la llamada. Al cabo de un momento, Anastasia abrió la puerta. Llevaba un vestido blanco de crepé con una larga capa blanca encima, bordada con hilo negro. Se había recogido el cabello blanco en un moño alto. Hizo un gesto para que entraran.

Pasaron al interior de la habitación y Call estuvo a punto de lanzar un grito. Todo el lugar estaba impoluto, como siempre, pero sobre la desnuda mesa de mármol del centro de la sala yacía Jennifer.

Parecía dormida. La larga melena negra se le extendía alrededor de la cabeza. Estaba descalza, y llevaba el mismo vestido ensangrentado de la fiesta. Tenía las manos colocadas sobre el pecho.

—Su cadáver ha estado en el Collegium desde el asesinato —explicó Alma mientras cerraba la puerta—. La han tratado contra la putrefacción, para cuando pueda servir de prueba.

Call se preguntó si así había sido cómo Constantine había conservado la cabeza de Verity Torres durante todos aquellos años. Sintió como si, hiciera lo que hiciese, se acercara más y más a la vida de Constantine y a sus decisiones. Era como hallarse en una trayectoria de colisión consigo mismo.

—¿Y no van a notar que no está? —preguntó Aaron.

—Devolveremos el cadáver al Collegium antes de que lo busque nadie —les informó Anastasia.

Call pensó en lo rápido que viajaban los elementales y en la particular habilidad que tenían los miembros de la Asamblea para controlarlos. Si Anastasia empleara a uno de los elementales del Magisterium, seguramente podría devolver a Jennifer al Collegium en un momento. Pero si Anastasia y Alma eran capaces de robar un cuerpo del Collegium, entonces seguramente el espía también había conseguido hacer un montón de cosas sin que nadie se diera cuenta.

Después de todo, ella o él era el mejor makaris de su generación.

—Os explicaré lo que tenemos que hacer —dijo Alma a Call y Aaron—. Vais a tener que aprender una técnica bastante difícil, y vais a tener que aprenderla enseguida.

Call recordó a Alma intentando enseñarles a pulsar almas. Era difícil aprender de alguien que entendía la teoría y lo había visto hacer, pero nunca lo había hecho realmente. Aaron y él habían tardado horas en conseguirlo. Call no creía que, en esta ocasión, dispusieran de horas.

—Y tú —dijo Anastasia a Tamara—. Tú tienes que evitar que nadie busque a Callum o a Aaron.

—¿Qué? —preguntó Tamara.

—Seguramente, la Maestra Amaranth vaya a ver a sus pacientes antes de que acabemos. Ve a la enfermería y dile que Callum ha vuelto a su habitación y que, si quiere, se pasará mañana por la enfermería. Tenemos que asegurarnos de que no se organice un revuelo, con toda la escuela buscando a Call, mientras estamos en medio de un experimento mágico ilícito.

Tamara suspiró.

—Muy bien. Iré.

—¿No debería ir uno de nosotros contigo? —preguntó Call. No le gustaba que ninguno de ellos pasara solo por el Magisterium con el espía suelto. Miró a Aaron para ver si él pensaba lo mismo, pero su amigo, con la cara blanca, estaba contemplando el cuerpo de Jen sobre la mesa.

—Me llevaré a *Estrago*. Al menos, así estaré haciendo algo más que solo mirar. Odio no poder ayudar —dijo Tamara, mientras se dirigía a la puerta. Luego se volvió, agitando las trenzas. Sonreía—. Buena suerte hablando con los muertos.

Cuando Tamara salió, Call se sintió muy solo. Únicamente eran Aaron y él, dos viejas locas y un cadáver.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Tal y como yo lo entiendo —comenzó Alma, recordándole a Call que probablemente no estaba nada segura de cómo hacerlo—, tenéis que imaginaros la magia del caos pasando por el cerebro del muerto, como sangre. Debéis enviarle la energía del caos, activándole la mente.

Eso parecía difícil. Y no muy concreto.

—¿Activar la mente? —repitió Aaron. Parecía tan perplejo como Call.

—Sí —intervino Alma, con más seguridad—. La magia del caos imita la chispa de la vida y permite a los muertos comunicarse.

Anastasia señaló el cuerpo de Jen.

—Call y Aaron. Acercaos y mirad a la chica.

No muy convencidos, se aproximaron a la mesa. Los ojos de Jen estaban cerrados, pero tenía una mancha de sangre en la mejilla. Call la recordó riendo en la ceremonia de los premios. Costaba aceptar que nunca más volvería a sonreír o a sacudirse el cabello o a susurrar un mensaje o a correr por los pasillos.

Eso era lo que Constantine quería impedir, pensó. Esa sensación de que algo no estaba bien. La desaparición de la vida y el significado. Trató de imaginarse cómo se sentiría si la persona que yacía allí fuera alguien a quien realmente amara, Alastair o Tamara o Aaron. Era fácil comprender qué había motivado a Constantine.

Se obligó a volver al presente. Entender las motivaciones de Constantine no era lo que debía estar haciendo. Lo que debía estar haciendo era encontrar al espía.

—Buscaos el uno al otro —explicó Alma—. Emplead al otro como contrapeso. Tenéis en vuestro interior el poder del caos, de la nada absoluta. Empleadlo para llegar a Jennifer. Lo que estáis buscando es el alma. La máxima expresión de la existencia.

Eso tenía un poco más de sentido, pensó Call. Quizá. Aaron y él intercambiaron una rápida mirada antes de cerrar los ojos.

En la oscuridad, Call se equilibró. Como había practicado, ya le resultaba más fácil caer en ese espacio interior. Era como si todo se apartara rápidamente, incluso el dolor de la pierna, y todo se volviera negro y silencioso, pero de un modo reconfortante, como una manta. Buscó y notó a Aaron con él. El yo de Aaron, su esencia, una alegre fiabilidad sobre un núcleo más oscuro de determinación y rabia. Aaron también le buscó a él, y Call notó que se llenaba de fuerza. Pudo ver a Aaron, su silueta, brillante contra la oscuridad.

Otra tenue silueta flotó hacia ellos. Un cabello que parecía blanco, como el negativo de una foto, se arrastraba tras ella.

Jen.

Call abrió los ojos de golpe, y casi gritó. Jen no se había movido de la mesa, pero tenía los ojos muy abiertos, con el iris nublado. Aaron también la miraba, asombrado y un poco asqueado.

La boca de Jen no se movió, pero de sus labios salió una voz plana.

—¿Quién me llama?

—Um, ¿hola? —dijo Call. Cuando estaba viva, Jen siempre lo había puesto nervioso. Era una de las chicas mayores populares. Si ya le había costado hablar con ella entonces, hablarle en ese momento lo ponía mucho más nervioso todavía.

—Somos Call y Aaron —continuó—. ¿Nos recuerdas? Nos preguntábamos si podrías decirnos quién te asesinó.

—¿Estoy muerta? —preguntó Jen—. Me siento... rara.

También sonaba rara; había una resonancia en su voz, un vacío. Call no pensaba que su alma estuviera presente, no realmente. Eran más como restos de ella, un recuerdo que había quedado atrás al partir. Solo oírla hablar lo asustaba tanto que temía ponerse a reír del pánico. El corazón le golpeaba dentro del pecho y le costaba respirar. ¿Cómo podía decirle que ya no vivía?

Se recordó que no era realmente «ella». No tenía sentimientos que él pudiera herir.

—¿Nos puedes hablar de la fiesta? —preguntó Aaron, tan educado como siempre.

Call le lanzó una mirada agradecida—. ¿Qué pasó esa noche?

Jennifer retorció la boca como intentando sonreír.

—Sí, la fiesta. Lo recuerdo. Me estaba divirtiendo con mis amigos. Había un chico que me gustaba, pero él me evitaba y luego... luego se apagó la luz. Y me dolía el pecho. Intenté gritar, pero no pude. ¡Kimiya! ¡Kimiya! ¡Aléjate de él!

—¿Qué? —preguntó Call—. ¿Qué pasa con Kimiya? ¿Qué ocurrió? ¿De quién debe alejarse? No es ella la que te hizo eso, ¿verdad?

Pero Jennifer parecía estar perdida en el recuerdo; su cuerpo se sacudió y sus palabras se convirtieron en un grito largo y continuo.

Call tuvo que centrarse en la magia. Cerró los ojos e intentó volver para ver la tenue silueta de Jen, esa versión en negativo. En la oscuridad, la encontró, difuminada y maltrecha. Si quisiera, sabía que podría hacerle decir palabras que no eran las suyas. Pero necesitaba que Jen tuviera su propia voz, no la de él. Así que persiguió esos brillantes restos de alma; se alegró de que la hubieran embalsamado muy poco después de que partiera. Canalizó más magia del caos hacia ella, para juntar todos los restos.

Cuando abrió los ojos, el rostro de Jen se había relajado.

—Jennifer, ¿me oyes? —preguntó.

—Sí —contestó ella con una voz plana y sin inflexión—. ¿Qué ordenas?

—¿Qué? —Call miró a Aaron, que se había puesto muy pálido.

—Oh, no —exclamó Anastasia. Se llevó las manos a la boca, una sobre la otra. Alma había abierto mucho los ojos y extendió la mano como si tratara de detener algo que ya había acabado—. Call, ¿qué has hecho?

Call miró a Jennifer y ella le devolvió la mirada con unos ojos que ya comenzaban a girar.

—Call —susurró Anastasia—. Oh, no, otra vez no... otra vez no.

—¿Qué? —Call retrocedía, y la impresión se extendía en él. «¿Qué?» parecía ser todo lo que podía decir o pensar—. Yo... yo no... Nunca había hecho eso...

«Pero sí lo he hecho, cuando era Constantine. Lo he hecho cientos, miles de veces».

Jen se sentó. Su melena negra le rodeaba los blancos hombros. Sus ojos eran un remolino de fuego.

—Ordena, Maestro —le dijo a Call—. Solo deseo servir.

—¡Eres tú! —exclamó Alma, mirándole con creciente horror—. Pequeño makaris... ¿por qué nadie me lo dijo?

Aaron se colocó ante Call para protegerle de la mirada horrorizada de las dos mujeres, y de los ojos fijos y ardientes de Jennifer.

—Nunca deberías haber sugerido que hiciéramos esto —dijo enfadado—. Es horrible. Y robar su cuerpo, eso también ha sido horrible.

—Marchaos, los dos —dijo Anastasia—. Nosotras nos ocuparemos de esto.

Call notó la mano de Aaron en el hombro, y un momento después, este se lo había

llevado de la habitación, de vuelta al pasillo. Call tiró de las mangas de su sudadera para cubrirse las manos. Estaba helado y le temblaba todo el cuerpo.

—No quería hacer eso —aseguró—. Solo estaba tratando de sujetar su alma.

La mirada de Aaron se dulcificó.

—Lo sé. Podría habernos pasado a cualquiera de los dos.

—No es cierto —replicó Call entre dientes—. Solo yo soy el Enemigo de la Muerte.

Aaron le apretó el hombro y le soltó.

—No eres el Enemigo —afirmó—. Y hubo un tiempo en que el Enemigo solo era un makaris, como nosotros. Quizá la primera vez lo hiciera por casualidad. Esa es la razón —añadió en voz aún más baja— por la que todos nos tienen tanto miedo.

Call miró la puerta cerrada de Anastasia.

«Oh, no, otra vez no», había dicho ella. ¿Creía que Call ya lo había hecho antes o lo que quería decir era: «Oh, no, otro Constantine no»?

Comenzó a caminar hacia su habitación. Aaron le siguió con las manos metidas en los bolsillos del uniforme.

—Creo que Anastasia lo sabe —dijo Call—. Sabe quién soy realmente. Y quizá Alma también.

Aaron abrió la boca como para decir: «Eres Call», pero la volvió a cerrar. Habló un segundo después.

—Anoche te vio controlar a todos esos animales caotizados. Y dijiste unas cuantas cosas raras antes de desmayarte. Nada demasiado claro... solo algo sobre que los animales sabían quién eras tú.

—Con suerte, se lo tomará como un alarde de lo más extraño —repuso Call—. ¿Alex me oyó?

—No. Se había desmayado.

Pensar en Alex le hizo recordar a Kimiya. Se tensó de nuevo.

—Tenemos que encontrar a Tamara. Tenemos que contarle que Jennifer ha dicho algo sobre su hermana.

—Kimiya no mató a nadie —soltó Aaron, sarcástico—. Además, sería un poquito raro si de repente resultara ser el mejor makaris de nuestra generación. Vaya despiste, magos.

—No, no digo que lo haya hecho ella —respondió Call, mientras trataba de extraer algún sentido de todo lo que tenía en la cabeza, que, además, le había empezado a doler—. Quiero decir, si Jennifer llamaba a Kimiya o quería llamarla poco antes de su muerte, entonces, quizá Kimiya sepa algo. Tal vez algo que no creyera importante antes.

Aaron asintió.

—Ojalá supiéramos más, pero al menos hemos conseguido una pista.

—Aaron —Call tenía otra pregunta sobre la noche anterior, pero no estaba muy seguro de querer saber la respuesta—, ¿está bien el padre de Jasper?

—¿Ves? ¡Sí que crees que Jasper es nuestro amigo! —exclamó Aaron.

—Si su padre está mal debido a nosotros, entonces sí.

—El padre de Jasper se encuentra perfectamente. Nos aseguramos de que estuviera bien antes de atarle y vendarle los ojos. Le oí maldiciendo justo antes de alejarnos en la furgoneta. —Aaron sonrió, como si hubiera ganado una apuesta. Call se alegraba de que uno de ellos pudiera sonreír.

Fueron hasta la enfermería, pero Tamara no estaba allí. Alex tampoco; su cama estaba vacía.

La Maestra Amaranth, que rehacía una de las camas con la magia del aire, miró a Call con severidad.

—Me gustaría que alguien me escuchara cuando le digo que se quede en la cama hasta que yo decida que está lo suficientemente bien para irse —dijo.

—¿Qué le ha pasado a Alex? —preguntó Aaron.

—Lo he matado —respondió la Maestra Amaranth, y soltó una seca carcajada al ver la expresión de sus rostros—. Lo cierto es que le he dado permiso para irse; le he revisado las heridas y habían sanado. Estaba bien cuando se ha ido. No como tú.

—¿Has visto a Tamara Rajavi? —preguntó Call.

—Sí, vino a decirme que habías vuelto a tu habitación porque no te gusta la enfermería. No sé qué os pasa, chicos. La enfermería es el lugar más seguro de toda la escuela. Los elementales se aseguran de que así sea.

Call miró alrededor temeroso. Nunca se había dado cuenta de que había elementales observándole cuando se hallaba en la enfermería. Teniendo en cuenta todas las veces que se había marchado de allí, supuso que no tenían órdenes de evitar que la gente entrara y saliera. No sabía qué vigilaban, quizá las enfermedades, pero se sintió mejor sabiendo que, cuando estaba inconsciente, no podía entrar alguien y atacarle; al menos, no sin disparar una alarma.

—¿Te ha dicho adónde iba? —preguntó Aaron.

La Maestra Amaranth lo miró perpleja.

—Es muy temprano. Supuse que iba de vuelta a vuestras habitaciones para que pudierais dormir todos un rato antes de ir a clase. Bien, Callum, ya que estás aquí, quizá podrías pensar en quedarte el resto de la noche.

—No —respondió él, fingiendo que no le dolía la cabeza—. Me encuentro bien. Estoy bien.

—Vale, pero no deberíais estar rondando por los pasillos a estas horas. Volved a vuestra habitación. Callum, ven a verme mañana después de las clases para que te eche un vistazo. Y no más magia del caos durante unos días, ¿de acuerdo?

Call, pensando en la magia que ya había empleado esa noche, asintió sintiéndose culpable.

Fueron hacia su habitación. Ya estaban ante la puerta y Call iba a abrirla con su brazalete cuando oyeron pasos apresurados por el pasillo. Se volvieron y vieron a Alex corriendo hacia ellos. Tenía una mirada frenética y un morado reciente en la

cara.

Se detuvo ante ellos y apoyó las manos en las rodillas para recobrar el aliento.

—Tamara —dijo con voz asfixiada—. ¡Se ha llevado a Tamara!

Aaron y Call se miraron confusos.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Aaron.

—El espía —contestó Alex—. Ha cogido a Tamara.

Call se quedó tieso. De repente, el corazón le latía con fuerza en el cuello.

—¿De qué estás hablando, Alex? —preguntó.

—Dinos exactamente qué ha pasado. —Aaron parecía tan preocupado como Call—. Exactamente.

—Cuando desperté, me marché de la enfermería —explicó Alex—. Vi a Tamara, que iba hacia la Puerta de la Misión con *Estrago*. Fui tras ella porque quería agradecerle que me ayudara anoche. —Se incorporó—. Le grité, pero no me oyó. Salió afuera, y ya era de noche. Me pareció ver algo moviéndose entre los árboles, así que corrí hacia ella. Pero no llegué a tiempo. Alguien la cogió. No estaba lo bastante cerca para verle la cara, pero sin duda era un adulto. Les lancé magia, pero él me envió un enorme rayo de algo. Me tiró de espaldas y, para cuando pude ir tras ellos, ya había perdido el rastro entre los árboles. —La camiseta azul de Alex estaba manchada de sangre donde cubría los vendajes, alrededor del hombro. La herida se le debía de haber abierto.

—Os necesito para ir tras ellos —continuó Alex—. Sea quien sea ese tipo, es poderoso. No creo que pueda luchar contra él yo solo.

Aaron y Call intercambiaron una mirada de pánico.

—Tenemos que decírselo a alguien —repuso Aaron.

—No hay tiempo. —Alex sacudió la cabeza como un loco—. Primero, tendríamos que convencerles de que estamos diciendo la verdad, y para entonces, puede haberle pasado cualquier cosa.

Call recordó la terrible noche en la que el Maestro Joseph y Drew raptaron a Aaron. Recordó el horrible elemental del caos. Entonces tampoco tuvieron tiempo de avisar a nadie. De haber esperado, Aaron habría muerto.

—Muy bien —dijo—. Vamos.

Corrieron tras Alex hacia la Puerta de la Misión y salieron a la noche. Call corría tan rápido como podía, con la pierna aullándole de dolor.

—Por aquí —jadeó Alex, señalando un camino que se metía en el bosque. La brillante luz de la luna lo iluminaba. Era una bonita noche, llena de estrellas y luz blanca. Hasta los árboles parecían relucir.

Corrieron hacia el camino, pero tuvieron que ir más despacio porque el suelo estaba cubierto de piedras y ramas, que hacían que correr fuera peligroso. Call intentó imaginarse a Tamara siendo empujada por ese camino por un adulto aterrador, alguien que la estaba amenazando, tal vez incluso hiriéndola. Luego intentó no imaginárselo, porque la rabia casi pudo con él.

—¡*Estrago!* —exclamó de pronto.

Alex, que iba delante lo más rápido que podía, se volvió a medias.

—¿Qué?

—Has dicho que estaba paseando a *Estrago* —contestó Call—. ¿Ese tipo también cogió a *Estrago*?

Alex negó con la cabeza.

—Escapó corriendo, hacia el bosque.

—*Estrago* nunca haría eso —replicó Call—. No la abandonaría.

—Quizá la esté siguiendo —sugirió Aaron—. *Estrago* puede ser muy astuto; es mucho más listo que un lobo normal.

—Seguramente eso es lo que ha pasado —dijo Alex—. No tengas miedo, Call. Vamos a coger a ese tipo.

Call no tenía miedo. Recorrió el bosque con la mirada buscando a *Estrago*. Si su lobo estaba con Tamara, entonces seguramente podrían escapar. Tamara y *Estrago* eran un equipo formidable.

—Has dicho que era un adulto, ¿verdad? —preguntó Call, sin hacer caso del comentario condescendiente de Alex. Como era mayor que Call, seguramente pensaba que sabía más. Y quizá así fuera, pero no lo sabía todo.

Call pensó de dónde venían. Habían dejado a Anastasia y Alma con una Jennifer caotizada, así que no podía haber sido ninguna de ellas. Tenían una crisis totalmente separada y diferente de la que ocuparse. A Call no se le ocurría ningún otro adulto que hubiera estado actuando de un modo raro. ¿El Maestro Lemuel? Hacía un año que no lo veía, y no parecía muy coherente sospechar de él solo porque nunca le hubiera caído bien.

—¿Podría haber sido uno de los miembros de la Asamblea? —preguntó—. Pero ¿por qué coger a Tamara?

La respuesta se le ocurrió en cuanto acabó de formular la pregunta en voz alta.

«Para hacerme salir del Magisterium».

—¿Por qué has dicho que era el espía? —insistió Call—. Aún no sabemos quién es.

—Bueno, es lo más razonable —contestó Alex—. ¿Quién podría ser si no alguien que esté tratando de hacerte daño?

—Lo que significa que nos dirigimos hacia una trampa —concluyó Aaron—. Vamos a tener que ir con mucho cuidado y no hacer ruido. Quienquiera que sea, sabe que vamos tras él. Es muy probable que se asegurara de que lo vieras. ¿Puedes hacer otra vez eso que nos vuelve invisibles?

—Buena idea —dijo Alex mientras levantaba las manos. El aire se arremolinó alrededor, alzando hojas.

Call frunció el ceño. Eso tenía sentido: que fuera el espía el que se había llevado a Tamara, que lo hubiera hecho para que Alex los hiciera salir del Magisterium. Más o menos. Tenía más o menos sentido. Pero ¿cómo sabía el espía que Alex iría a buscar

a Aaron y a Call en vez de ir a buscar a los Maestros?

¿Y cómo sabía el espía que Alex estaría allí?

Eso tenía una respuesta. El espía, o quien fuera, sabía que cogiendo a Tamara y a *Estrago* conseguiría que, finalmente, Call y Aaron salieran del Magisterium. Irían a buscar a sus amigos.

Aunque podrían haber ido acompañados de todos los magos del Magisterium.

Pensándolo bien, Call no recordaba ver ninguna señal de una explosión mágica cerca de la entrada. Estaba oscuro, pero incluso en la oscuridad habría notado el característico olor a ozono o a madera quemada.

Miró a Alex y frunció el ceño. Ya se hallaban lejos del Magisterium y la oscuridad iba en aumento. El bosque se cerraba a los lados, y Call no podía ver la expresión de Alex.

—Este es el camino hacia la aldea de la Orden del Desorden —dijo Aaron, interrumpiendo los pensamientos cada vez más preocupados de Call—. Pero está abandonada. Alma dijo que se vieron obligados a marcharse cuando la Asamblea comenzó a capturar animales.

—Quizá ahí sea donde la retiene el espía. —Alex sonaba excitado, pero no como si eso fuera una gran aventura ni como si estuviera preocupado por Tamara. Había una ansiedad en su voz que a Call no le gustó nada.

El bosque era profundo y se notaba extrañamente vacío sin los animales caotizados, resonando con su ausencia. De vez en cuando, se oía la distante llamada de una lechuza. Tenían el viento de espaldas, y los empujaba a avanzar. Pero Call cada vez arrastraba más los pies.

Alex era su amigo. Cuando Call llegó al Magisterium, Alex había sido amable con él, a pesar de que era un niño malhumorado y Alex era listo y guay, y tenía muchos amigos. Y luego Alex había hablado con él cuando Kimiya le rompió el corazón. Call había creído de verdad que Alex le tenía simpatía.

Pero Alex tenía acceso a muchas cosas. Era el asistente del Maestro Rufus. Podía haber cogido la cantimplora de Call y haberle hecho un agujero. Podía haber tenido acceso a lo que fuera que Rufus hacía con sus muñequeras para que abriera la puerta de su habitación. Podía haber usado eso para esconder a Skelmis en el dormitorio de Call. ¿Quizá Anastasia le había dejado bajar con ella a la cámara de los elementales? Call supuso que sí; a fin de cuentas, era su hijastro. ¿Hubiera notado si Alex desaparecía durante un momento? Además, el curso anterior... había sido él quien le había dicho que los magos habían decidido matar a Alastair, aunque el Maestro Rufus le había explicado a Call que eso no era cierto.

Pero ¿por qué iba a hacer Alex todo eso? Call observó su rostro impassible mientras avanzaban en la plateada oscuridad. Ya casi estaban en la aldea de la Orden. Call veía el gran claro frente a ellos, las sombras de las cabañas.

Recordó la boca de Jennifer moviéndose y sus últimas palabras: «Kimiya, Kimiya, aléjate de él». ¿Quién había estado cerca de Kimiya durante la fiesta? ¿De

quién le advertía que se alejara?

Solo sus amigos. Y su novio.

Alex. No tenía sentido. Y sin embargo... Algo seguía preocupándole, le había estado preocupando desde que habían encontrado a Alex ante su puerta. Sin aliento, frenético, con sangre en la camisa azul.

Camisa azul. Los engranajes giraban en la cabeza de Call. La imagen de una fotografía rota, Drew con el Maestro Joseph y alguien más, alguien que llevaba una camisa azul con unas rayas negras en las costuras de los hombros.

—Tengo frío —dijo Call de repente—. Alex, ¿puedes prestarme tu sudadera?

Alex le miró perplejo. Aaron le miró perplejo. Call no solía pedir prestada la ropa de otra gente. Pero Alex se sacó la sudadera de todas formas y se la pasó a Call.

Call se quedó clavado en el sitio. La camisa azul de Alex tenía dos rayas negras en los hombros.

Los dos chicos se detuvieron y lo miraron. Aaron tenía una expresión preocupada.

—Alex —dijo Call, con la voz más tranquila que pudo poner—, ¿de qué conocías a Drew?

Alex alzó lentamente la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó—. Tú lo mataste.

Aaron se quedó parado. El viento aullaba entre las ramas de los árboles que les rodeaban.

—¿Por qué dices eso? —Miró a Call y luego a Alex—. ¿Qué está pasando?

—Es Alex —respondió Call. Se sentía muerto por dentro—. Él es el espía.

Alex dio un paso hacia Call. Aaron extendió la mano, como si quisiera impedir que Alex se acercara más.

—Apártate de Call —le advirtió—. Soy un makaris, Alex. Podría hacerte mucho daño.

Pero no le hizo caso.

—Drew era como mi hermano —explicó Alex—. El Maestro Joseph me reclutó en mi Curso de Cobre; necesitaba un mago del aire con talento. Y no había nadie con más talento que yo. Hasta que llegasteis vosotros dos.

Call tragó aire.

—Mi padre era viejo —continuó Alex—. Casi ni se enteró cuando entré en el Magisterium. Joseph se convirtió en mi padre. Me enseñó junto a Drew. Nos dio clases extras. Por eso fui lo suficientemente bueno para ser el asistente de Rufus. Y vaya si se rio Joseph cuando se lo conté. —Una gran sonrisa surcó el apuesto rostro de Alex—. Anastasia fue más difícil de engañar, pero también la convencí con mi actuación del buen hijastro. Estaba demasiado ocupada fingiendo que le importaba mi padre para fijarse mucho en mí. —Le ardían los ojos—. Mientras tanto, Joseph me lo explicó todo. Me dijo la verdad sobre el Enemigo de la Muerte. Me dijo la verdad sobre ti.

—¿Así que has sabido quién soy durante todo este tiempo? —preguntó Call.

Alex casi ni parecía oírle.

—¿Sabes lo desagradecido que eres? —prosiguió—. Joseph se preocupa por ti más que por nada en este mundo. Los dos tenéis poder, pero tú, Call... tú eres especial. ¿Sabes lo que significa ser especial? ¿Tienes la menor idea de lo que estás despreciando?

—Si eso significa ser como tú —replicó Call—, entonces, no lo quiero.

Alex retorció el rostro. La mano de Aaron destelló, protectora, con el fuego ya creciendo en la palma, pero en ese momento, unas sombras surgieron de golpe de entre los árboles a ambos lados de ellos. Figuras vestidas de negro, con máscaras negras ocultándoles el rostro. Unas fuertes manos agarraron a Call y a Aaron.

—Llevadlos a la aldea —ordenó Alex.

Call recibió un empujón para que avanzara, y se tambaleó. A Aaron y a él los fueron empujando bruscamente por el camino. No tenía ni idea de quién lo sujetaba, pero no podía ser un caotizado; Alex no era capaz de controlarlos.

¿O sí? «El mejor makaris de vuestra generación».

No, si Alex pudiera emplear el caos, hubiera alardeado de ello, Call estaba seguro. Al final resultaba que no hacía falta que uno tuviera nada que ver con el caos para ser un aspirante a Señor del Mal.



CAPÍTULO QUINCE

Call intentó soltarse del tipo que lo agarraba, pero no pudo. Era demasiado fuerte. Trató de llevar el fuego a sus manos, pero en cuando le chispearon, alguien le dio en la cabeza por detrás haciéndole perder la concentración, con lo que la llama se extinguió.

Un momento después, lo tiraron sobre la hierba en el centro de la aldea abandonada de la Orden del Desorden, con sus vacíos edificios resplandeciendo tenebrosos bajo la luz de la luna. Había mochilas, comida y una pequeña hoguera encendida.

Alex no trabajaba solo. Los individuos enmascarados, fueran quienes fuesen, debían de haber estado esperando allí a que él los llamara.

Call rodó hacia un lado, buscando a Aaron. Este también estaba tirado en la hierba y un enmascarado muy corpulento tenía una bota sobre su espalda. Call intentó ponerse en pie, pero le volvieron a tirar al suelo.

—Dejadles que se sienten —dijo Alex. Call consiguió ponerse de rodillas y vio a Alex yendo hacia ellos. Un enorme guante de cobre le cubría la mano derecha hasta el codo.

El Alkahest. El destructor de makaris.

Call lo había usado para destruir el cuerpo de Constantine Madden. No podía imaginar lo que su poder haría a una persona viva. Tomaría el caos de su alma, o de la de Aaron, y lo usaría para hacerlos pedazos por dentro.

—¿Asustado, makaris? —Alex movió los dedos de metal del Alkahest y luego rio al ver la expresión de Call. Este intercambió una rápida mirada con Aaron, que estaba arrodillado a su lado. Tenía algunas ramitas en el pelo, pero no parecía herido. Por suerte.

Al menos, aún no.

«Que Alex siga hablando —pensó Call—. Hazle hablar y no te asustes, y no le permitas hacer daño a Aaron».

—¿Y Tamara? —preguntó—. ¿Le has hecho daño? ¿Dónde está?

Eso hizo que Alex riera aún más.

—Realmente eres un idiota, ¿lo sabías? No tengo ni idea de dónde está Tamara. Ni me he molestado en raptarla. ¿Por qué hacer todo ese esfuerzo cuando podía simplemente decirlo lo que os he dicho y me ibais a creer igual? Seguramente, ella y tu estúpido lobo estarán durmiendo. Supongo que se pondrán muy tristes cuando despierten y averigüen lo que os ha pasado.

—¿El Maestro Joseph sabe que has cogido el Alkahest? —preguntó Aaron—. ¿Te ha dicho él que hagas esto?

Alex echó la cabeza atrás, pero esa vez su risa sonó forzada.

—No sabe nada de mis planes; cogí el Alkahest y en su lugar dejé una ilusión. No durará para siempre, pero sí lo suficiente. Desde que comenzó a enseñarme, le he oído hablar de ti. De que el glorioso Constantine iba a regresar y de que debíamos prepararnos. El asombroso Constantine Madden, que era tan importante que Drew tuvo que mentir para entrar en el Magisterium y fingir que ni me conocía. Y luego resulta que eres tú. ¡Qué gran decepción!

—Lamento oírlo —replicó Call con acidez.

—¿Y por qué quieres matarle? ¿Venganza? —inquirió Aaron. Call se alegró de que él también le estuviera haciendo hablar, porque estaba tan asustado que no le resultaba fácil—. ¿Eso no hará que el Maestro Joseph se enfade?

—Solo necesita un makaris —respondió Alex, alzando el Alkahest—. Y ahora he averiguado cómo convertirme en uno. He reconfigurado el Alkahest. Ahora no solo te arrancará la magia del caos, sino que canalizará tu habilidad hacia mí.

—¡Eso es imposible! —exclamó Call, pero recordó el poder que había entrado en él cuando el Alkahest devoró el cuerpo de Constantine Madden. Quizá sí se pudiera hacer.

—Dice el chico que lleva muerto catorce años —se burló Alex—. ¿Alguna vez piensas en él? En el pobrecito Callum Hunt, muerto antes de que pudiera decir su primera palabra. Asesinado por ti, Constantine, igual que asesinaste a lo más parecido a un hermano que yo tenía. Igual que asesinaste a tu propio hermano. Nunca pretendiste tener ese poder. Y ahora, te lo voy a arrancar y seré un mejor Enemigo de la Muerte de lo que tú nunca pudiste ser.

—Muy bien —repuso Call—. Pero no le hagas daño a Aaron.

Aaron dejó escapar un sonido ahogado. Alex puso los ojos en blanco.

—Eso es, Aaron, tu precioso contrapeso. ¿Por eso lo despreciaste todo, Call? ¿Por tus amigos?

—¿Despreciar qué? —quiso saber Call, casi en estado de pánico. Tenía que creer que alguien aparecería desde el Magisterium. Que alguien iba a encontrarlos. Alex

estaba loco, había perdido la cabeza—. ¿Ser Constantine? Nunca lo quise ser.

—No mates a Call —intervino Aaron—. Toma la magia de mí.

—Tanta nobleza me da náuseas —replicó Alex. Su muñequera de oro brilló cuando se echó hacia atrás un mechón de cabello castaño. Bajo la luz de la luna, parecía un espectro. Un espíritu malvado—. Pero si hace que te sientas mejor, ese era mi plan. Matar a Call, hacer que pareciera un accidente, y luego apoderarme de tus habilidades de makaris, Aaron, matándote en el proceso. Pero ahora que estáis los dos aquí, delante de mí, me resulta difícil escoger.

—El Maestro Joseph te matará si haces daño a Call —argumentó Aaron—. Saltó delante de él para protegerlo en la tumba del Enemigo, ¿lo sabías? ¡Hubiera sacrificado su vida por él!

—Siempre ha creído que Call cambiaría de opinión y se uniría a él —explicó Alex—. Que querría luchar contra la muerte, pero la verdad es, Call, que eres demasiado cobarde. Alguien que no quiere este poder no debería tenerlo. En realidad, le estoy haciendo un favor al Maestro Joseph.

Fue hacia Call. Aaron intentó soltarse, pero lo volvieron a tirar al suelo. Un fuego negro comenzó a crecerle en las manos.

—¡Aléjate de Call!

Alex se volvió hacia él con el Alkahest.

—¿Es que no lo entiendes? —le dijo con desdén—. Si haces algo contra mí, te mato, y luego mataré a Call igualmente. Y lo haré despacio.

Aaron cerró los puños. Call notó que tensaba todo el cuerpo, preparándose para saltar, o para intentar escapar...

—¡Quietos! —Una voz resonó en el claro. Era Tamara, con *Estrago* a su lado. El lobo pegaba las orejas a la cabeza y gruñía. Tamara tenía la mano extendida, y un fuego rojo le ardía en la palma—. No puedes hacerme nada con esa cosa, Alex. Yo no soy una makaris.

—¡Tamara! —gritó Call—. ¿Cómo nos has encontrado?

—*Estrago* —explicó a gritos—. Estábamos en la habitación y de repente se puso a gruñir y a tirarse sobre la puerta, aunque ya lo había sacado a pasear. Abrí la puerta y me trajo aquí. —Miró fijamente a Alex—. Y le abriré el cuello a cualquiera que se acerque a mí, así que ni lo penséis.

Tamara avanzó hacia ellos y los enmascarados dieron un paso atrás. El fuego ardió más alto. Call se preguntó quiénes serían. ¿Devotos del Maestro Joseph? ¿Gente corriente sin magia que había sido encantada? Tenía que admitir que entre su plan, sus enmascarados y sus alardes, Alex estaba ganando puntos de Señor del Mal a patadas.

Call intentó levantarse, pero le sujetaban con firmeza. Vio a Aaron debatiéndose a su lado.

—Oh, qué bien —dijo Alex—. Público.

Tamara parecía furiosa. Call esperó ver a los magos del Magisterium tras ella,

pero no había nadie. Sabía que era su culpa. Durante tres años, Tamara y Aaron habían estado guardando sus secretos, ocultando cosas importantes a todo el mundo, incluyendo al Maestro Rufus. Ya no buscaban la ayuda de nadie, incluso cuando realmente la necesitaban.

Alex los señaló con el Alkahest.

—Quizá deba dejar que elija el Alkahest. Quizá lo use con los dos y vea qué ocurre. Tal vez me quede con la magia de ambos. ¿Qué os parecería eso?

Call consiguió cogerle la mano a Aaron. Este pareció sorprendido por un segundo, pero luego cerró la mano sobre la suya.

Call quería decirle a su mejor amigo lo mucho que lo sentía, que todo eso era culpa suya por ser Constantine Madden. Pero Aaron habló sin darle esa oportunidad.

—Al menos, moriremos juntos —dijo. Y luego, increíblemente, sonrió a Call.

«No vamos a morir —quiso decirle Call—. Vamos a vivir».

Pero cuando iba a hablar, un destello de luz los cegó. Tamara había lanzado un rayo de fuego. Alex lo esquivó y alzó la mano para lanzar magia del aire que redirigiera el fuego. El rayo fue hacia Call.

El hombre enmascarado que le sujetaba se tambaleó hacia atrás y aflojó la presión; su camisa estaba ardiendo, y él gritaba. Call se puso en pie rápidamente, sin hacer caso del dolor de la pierna. Aún cogía la mano de Aaron, y tiró de él para levantarlo también. Todo pareció suceder al mismo tiempo.

—¡Estrago, ve! —gritó Tamara.

Estrago era como una mancha negra en el aire que corría hacia Alex. Aaron se soltó de Call y el oscuro caos apareció en su palma. Alex alzó la mano, con el Alkahest vibrando de energía. Aaron estiró la mano hacia delante, pero la luz negra que le salió de la palma se desvió y tumbó a uno de los enmascarados, sin alcanzar a Alex. Los afilados dedos del Alkahest se abrieron y una ráfaga de luz cobriza voló de él.

El tiempo pareció congelarse. Esa luz era todo lo que el caos no era: brillante, ardiente y fría como el filo de una cuchilla. Call supo sin la menor sombra de duda que cuando le diera, le mataría.

Cerró los ojos.

Algo lo arrastró desde atrás. Cayó al suelo y rodó sobre la hierba. El rayo de luz no le alcanzó por centímetros; solo notó que le chamuscaba la mejilla mientras rodaba hacia delante, y, después, se quedó de lado y alzó la cabeza. Vio cómo el rayo alcanzaba a Aaron.

La fuerza del impacto alzó a Aaron del suelo y lo envió volando. Se estrelló contra la hierba a varios pasos, con los ojos abiertos y vidriosos, mirando hacia el cielo.

—No —gritó alguien—. ¡Aaron, no, no, no!

Call pensó que era su propia voz, pero era la de Tamara. Estaba tirada en la hierba junto a él.

Había sido ella la que le había tirado. Le había apartado de la trayectoria del Alkahest. Le había salvado la vida.

Pero no la de Aaron.

Call se tocó la mejilla. Le quemaba. Quizá el Alkahest solo hubiera quemado a Aaron. Trató de ponerse en pie para ir hasta él, pero las piernas no le aguantaron. En vez de eso, buscó a Aaron con los sentidos.

Recordaba lo que había sentido cuando había tocado el alma de Aaron. La sensación de vida, de algo que existía en el mundo, brillante y sólido.

Ya no había nada de eso. Aaron solo era un cascarón. Su alma se había ido, dejando solo brillantes sombras de su identidad.

Call se volvió hacia Alex, que se había sacado el Alkahest del brazo. Claro, ahora también podía matarle. Ahora tenía el poder de Aaron. Casi parecía vibrar, como una estrella a punto de convertirse en supernova. La piel le titilaba y ondeaba con cintas de luz y oscuridad.

—Poder —masculló Alex. Extendió la mano y la oscuridad se alzó en volutas como el humo—. Lo noto. El poder del caos, corriéndome por dentro...

—No si yo puedo evitarlo —gritó Call, extendiendo la mano. Un rayo de luz negra le brotó de la palma hacia Alex. Estaba seguro de que lo mataría, de que lo enviaría gritando al vacío.

Se alegraba.

La lanza de magia voló hacia Alex. Este alzó la mano y la cogió. Por un segundo, se quedó mirándola maravillado, y Call lo miró también, con una sensación desagradable en el estómago. Alex era un makaris. Podía controlar y manipular el caos. Y era un mago mejor, mayor y con más experiencia que Call.

Y entonces Alex gritó. *Estrago* había salido de la oscuridad y le había clavado los dientes en la pierna.

Alex le lanzó caos, pero *Estrago* fue más rápido que él y se apartó, sin dejar de gruñir. Atacó de nuevo, y esta vez, Alex no tuvo tiempo de reaccionar: *Estrago* lo tiró al suelo y le abrió la camisa con los dientes.

—¡Sacádmelo de encima! —gritó Alex—. ¡Sacádmelo de encima!

Varios encapuchados corrieron hacia él; *Estrago* soltó a Alex, que se puso en pie tambaleándose, sangrando por varias partes. La piel aún le ondeaba, y tenía el rostro retorcido. Call recordó lo que había sentido en la tumba, cuando se había manifestado su magia del caos. Lo fuera de control que se había sentido, lo asqueado.

Alex estiró la mano hacia *Estrago*, pero esta vez, la magia que le salió se descontroló. La oscuridad se derramó en todas las direcciones. Manaba en hilillos que se alzaban en el aire y en nubes que iban hacia el cielo. Todo lo que tocaban se deshacía. Una de las cabañas de la Orden del Desorden se derrumbó cuando el caos absorbió sus cimientos. Tres árboles cercanos fueron totalmente devorados. El propio suelo quedó lleno de agujeros cuando partes de él desaparecieron en el vacío.

Dos enmascarados gritaron al ser tragados por el caos antes de disiparse.

Alex se miró la mano horrorizado y, al mismo tiempo, claramente asombrado.

—¡Coge el Alkahest! —dijo con voz ronca a uno de sus enmascarados—. ¡Tenemos que salir de aquí! —Miró a Call un momento y luego hizo una mueca de desprecio—. Ya me encargaré de ti más tarde —siseó, y se marchó corriendo del claro, acompañado de sus seguidores que habían sobrevivido.

A Call casi ni le importó. Se volvió y vio a Tamara arrodillada junto al cuerpo inerte de Aaron. Sollozaba, y le temblaba todo el cuerpo. *Estrago* fue hacia ella y le rozó el hombro con su negro hocico, pero ella siguió llorando, con el rostro mojado por las lágrimas.

Call ni notó que movía los pies, pero ya estaba allí, dejándose caer junto a Aaron, frente a Tamara. Tocó la mano de Aaron, la mano que le había cogido hacía solo unos momentos. Estaba fría.

Tamara seguía llorando. Había empujado a Call apartándolo de la trayectoria del Alkahest. Le había salvado la vida.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó él de repente—. ¿Cómo has podido hacerlo? Aaron era el que se suponía que debía vivir. No yo. Soy el Enemigo de la Muerte, Tamara. No soy el bueno. Lo era Aaron.

Lo miró durante un largo momento.

—Lo sé —contestó ella, con lágrimas en los ojos—. Pero, Call...

Se oyó un grito desde más allá de lo que quedaba de la aldea.

—¡Allí! —exclamó alguien. Entre los árboles, Call vio esferas flotantes. Los magos habían ido a buscarlos, después de todo, igual que habían ido a buscar a Drew aquella otra noche. Y también habían llegado demasiado tarde. Siempre era demasiado tarde.

El Maestro North, el Maestro Rufus, Alma y varios otros Maestros entraron corriendo en el claro. North y algunos otros estaban boquiabiertos observando la devastación, los trozos de tierra que simplemente ya no estaban, las casas derrumbadas, los árboles destrozados. Pero Rufus... Rufus estaba mirando a Aaron. Apartó a los demás y corrió junto a cuerpo de Aaron; se dejó caer sobre una rodilla para tomarle el pulso.

Call sabía que no lo encontraría. Ya no había Aaron. Ningún contrapeso para su alma. Solo la sensación de vacío, la sensación de que le habían arrancado algo que nunca podría reemplazar.

Comprendió que Constantine Madden hubiera querido destrozar el mundo después de la muerte de su hermano.

Rufus cerró los ojos. Los hombros se le encorvaron. En ese momento, Call lo vio viejo; viejo y quebrado.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el Maestro North—. Parece que haya habido algún tipo de batalla. —Frunció el ceño mirando a Call—. ¿Qué has hecho?

La rabia estalló en la cabeza de Call.

—¡No he sido yo! —gritó—. ¡Alex Strike y sus... sus esbirros! Tiene el Alkahest

y ha matado a Aaron. ¡Estáis dejando que se escapen! ¿No se supone que sois profesores? ¡Detenedlos!

—¡No! —exclamó Alma, avanzando hacia Call a grandes pasos, con los ojos brillantes. Lo señaló con un largo dedo—. No lo vi al principio, pero ahora te veo, Constantine. Tú has matado a Aaron. Tú has montado todo esto para ocultar tus crímenes, incluido el asesinato de Jennifer.

Call se quedó anonadado. Alma no podía estar diciendo lo que parecía estar diciendo. Ni siquiera sabía qué contestar. No podía, no con el cuerpo de Aaron junto a él.

—Silencio —le dijo el Maestro Rufus a Alma, sorprendiendo a Call—. Es evidente que ha habido una batalla, pero no tenemos ninguna razón para pensar que Call miente. E incluso si lo hiciera, Tamara está aquí como testigo.

—Call dice la verdad —aportó Tamara—. Ha sido Alex Strike. Ha sido Alex todo este tiempo.

Alma negó con la cabeza.

—¡No creas a ninguno de los dos! ¿No te has preguntado cómo controló Callum a ese animal caotizado que tiene al lado? ¿O cómo derrotó al propio Enemigo de la Muerte? ¿O por qué no era un makaris cuando comenzó el año pasado, pero se convirtió en uno en el momento exacto en que se suponía que había muerto Constantine? Ahora tenemos la respuesta. Constantine puso su alma dentro de Callum Hunt. Estáis mirando al monstruo con la forma de un niño. Le he visto meter el caos dentro de un alma y crear un caotizado. ¡Sé que es él!

Call pensó que estaba desvariando; nadie iba a creerla. Pero tampoco nadie la contradecía.

—No te preocupes, Callum —dijo el Maestro North, pero había algo raro en su voz. Un tono imperativo—. Llegaremos al fondo de todo esto. Ven conmigo.

—No puedo dejar a Aaron —replicó Call.

—Todos vamos a volver al Magisterium —aseguró el Maestro North.

—¡No! —gritó Call. Estaba cansado de mentir, cansado de todo eso—. ¡Tenéis que perseguir a Alex! ¡Tenéis que encontrarle! Lo admito, ¿vale? Todo lo que ha dicho Alma es cierto, excepto que yo haya matado a Aaron. ¡No lo he hecho! Sí, soy el Enemigo de la Muerte, pero os juro que esto no lo he hecho yo sino Alex. Os juro que yo nunca haría daño...

Fue lo último que dijo antes de que le cargaran de cadenas.



CAPÍTULO DIECISÉIS

La celda de Call en el Panopticon tenía tres paredes blancas y una que era totalmente transparente, para que lo pudiera ver en todo momento la gente que vigilaba desde la torre en el mismo centro de la prisión. A ninguna de las paredes parecía afectarle la magia, así que no importaba cuántas veces intentara quemarlas o devorarlas, o quebrarlas o congelarlas; nada funcionaba. Dos veces al día, le pasaban una caja blanca por una placa de la ventana. Dentro había agua y comida casi sin sabor.

Aparte de eso, nada cambiaba.

No le habían dado ningún libro, ni papel, ni lápiz, ni nada que pudiera hacer, así que Call se pasaba los días sentado en su camastro, odiando a todo el mundo y a sí mismo en especial.

Llevaba allí una semana. Una semana repasando la batalla final en el claro, imaginando cómo podría haber sido diferente, imaginando a Aaron vivo y, a veces, en las garras de la autocompasión, incluso imaginándose muerto. En ocasiones, se despertaba de sueños en los que Aaron le estaba hablando, bromeando sobre ir a la Galería u ofreciéndose a pasear a *Estrago*. Otras veces, se despertaba de sueños en los que Aaron le estaba gritando, diciéndole que era él quien se suponía que tenía que morir.

«Call quiere vivir».

Call pensó una y otra vez en su añadido personal al Quincunce. Su característica definitoria: su deseo de vivir. Al menos, esa era la conclusión a la que había llegado. Pero Call no quería ser la persona que estaba viva porque su mejor amigo había muerto. No sabía si quería vivir en un mundo sin Aaron.

Quería recuperarlo. Era como un rugido en su alma, la tristeza de una pérdida terrible. El conocimiento de lo que Constantine debía de haber sentido al perder a

Jericho.

Call no quería entender cómo se había sentido Constantine.

Quizá estaba mejor en la prisión, donde no podía hacer daño a nadie, donde por fin estaba siendo castigado por algunos de sus crímenes. Tal vez fuera mejor que nadie fuera a verlo, ni siquiera su padre. Y sobre todo Tamara, que seguramente no podría vivir con la culpa de haber hecho la elección incorrecta. Y tampoco el Maestro Rufus, que probablemente deseaba que Call nunca se hubiera presentado a la Prueba de Hierro.

¿Cómo podía alguien tener la mala suerte de elegir de aprendiz al Enemigo de la Muerte, y no una vez sino dos?



Call estaba tumbado en el suelo, mirando el techo, cuando unos pasos a una hora inesperada le hicieron volver la cabeza. En el exterior de su celda, vestida con un largo abrigo blanco y con el pelo recogido bajo un sombrero blanco, estaba Anastasia Tarquin.

Lo miró y alzó ambas cejas en un gesto que a Call le recordó al Maestro Rufus. Quería decir: «Me estás divirtiendo ahora, pero no me divertirás mucho tiempo».

A Call no le importaba. Continuó en el suelo. Un guardia, una mujer que siempre golpeaba la bandeja de comida de Call con un vigor innecesario, le llevó una silla a la Asambleísta. Anastasia se sentó y la guardia se alejó. Call había supuesto que en algún momento aparecería un miembro de la Asamblea para tomarle algún tipo de declaración o interrogarle. Seguramente debería alegrarse de que fuera Anastasia, pero no se alegraba. No quería hablar con ella. No quería hablar con nadie, y alguien a quien conocía era peor que un extraño.

—Acércate —le dijo Anastasia, que se había sentado con las manos sobre el regazo.

Con un suspiro, Call se arrastró hasta la ventana y se incorporó para sentarse.

—Muy bien, pero me tienes que contestar a dos preguntas.

—De acuerdo —repuso ella—. ¿Cuáles son?

Call vaciló, porque aunque le había estado dando vueltas a esos dos asuntos durante las horas más largas de la noche, no sabía qué haría con las respuestas.

—¿Tamara está bien? —consiguió decir, con una voz que le salió ahogada—. ¿Está teniendo muchos problemas?

Anastasia le sonrió levemente.

—Tamara está segura. Cuántos problemas tendrá, aún está por ver. ¿Estás satisfecho?

—No —contestó Call—. ¿Estrago? ¿Está bien? ¿Le han hecho daño?

La sonrisa de Anastasia no varió.

—Tu lobo está con los Rajavi y perfectamente a salvo. ¿Suficiente?

—Supongo —respondió Call. Saber que Tamara estaba bien y que *Estrago* seguía vivo era el primer alivio que había tenido en todo ese tiempo.

—Bien —repuso Anastasia—. No tenemos mucho tiempo. Tengo algo que decirte. No me llamo Anastasia Tarquin.

Call parpadeó sorprendido.

—¿Qué?

—Hace mucho tiempo, tuve dos hijos que fueron al Magisterium —continuó—. No somos una familia de legado. Admito que mi propia magia me resultaba incómoda y que me tomé muy poco interés en su educación. No conocí a ningún profesor, no asistí a ninguna reunión; dejé que mi esposo se ocupara de todo. Resultó ser un error fatal. —Respiró hondo—. Cuando dije que conocía a Constantine y Jericho Madden, y que tenía una deuda con ellos, te estaba diciendo la verdad. Porque, verás, yo era su madre, lo que significa que soy tu madre, en todos los sentidos que importan.

Call había sospechado muchas cosas de ella, pero jamás eso. La miró boquiabierto.

—Pero... pero ¿cómo? El Magisterium... sabrían...

—No hay modo de que lo sepan —explicó Anastasia—. Fue hace mucho tiempo, y como he dicho, casi ni conocía a los magos. Pero cuando mis dos hijos... murieron... el Maestro Joseph se puso en contacto conmigo. Mi esposo, tu padre, ya se había suicidado. —Su voz no tenía ninguna emoción—. Joseph me explicó lo que había hecho Constantine, cómo había transferido su alma. Tomé la decisión de estar presente para mi hijo en su nuevo cuerpo como no lo había estado antes. Deje el país y volví a mi país de origen. Allí, robé la identidad de una mujer de mi misma edad: Anastasia Tarquin. Alteré mi aspecto. Practiqué mi magia con una devoción recién hallada. Luego, al regresar del extranjero como una poderosa maga, me casé con Augustus Strike para obtener un sitio en el consejo. Nadie supuso quién era yo ni mi auténtico propósito.

—¿Tu auténtico propósito? —A Call le daba vueltas la cabeza.

—Tú —respondió ella—. Por eso fui a la escuela. Por eso me uní a la Asamblea. Todo ha sido por ti. Y eso no ha cambiado. —Anastasia se levantó y puso la mano contra el claro cristal de la pared, como si no deseara nada más que atravesarlo y poder tocar la mano de Call con la suya. Sus ojos estaban tristes, pero mostraban decisión—. Esta vez voy a salvarte, hijo mío. Esta vez te voy a liberar.